ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO II)

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO II — LA REVOLUCIÓN

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

LA REVOLUCIÓN

MANUEL JOSÉ DE LAVARDEN

VICENTE LÓPEZ Y PLANES

ESTEBAN DE LUCA

JUAN RAMÓN ROJAS

EUSEBIO VALDENEGRO Y LEAL

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

Dr. MANUEL JOSÉ DE LAVARDEN

Se ha enrostrado al movimiento intelectual habido en esta parte del territorio americano, en que se levantara la nueva y gloriosa nación Argentina, la pobreza y escasez de mérito de la producción literaria de la época colonial.

El cargo recaería sobre el valor de la influencia de la cultura española en estas lejanas comarcas, apenas se quisiera encontrar una razón para explicar ese atraso; pero, preferimos aceptar el hecho como indubitable, y reconocer, como lo reconoce el Sr. don Marcelino Menendez y Pelayo (1), que nuestra literatura empieza con la emancipación.

Si; nuestra poesía nació con la libertad, demostrando con eso la musa argentina, que: «no quiso ensayar el vuelo de sus alas, mientras no columbró los vastos horizontes del siglo XIX.» (2)

Trasunto de aquella situación es la siguiente estrofa, puesta al frente del primer periódico que se publicó en Buenos Aires, reverdeciendo el antiguo esplendor de los tipos de la imprenta de los Niños

(1) «Antologia de poetas hispano-americanos» T. IV, pág. LXXXIX.

(2) Don J. M. Gutierrez. Manuscrito existente en la Biblioteca del Senado Nacional. Núm. 1.

Expósitos, que eran los que habian usado los jesuitas en las misiones paraguayas:

«Al inocente asido á la cadena
La esperanza consuela y acaricia.
Suena el hierro en los pies, y dale pena;
Mas canta, confiado en la justicia.

En ese primer número del primer periódico argentino, el Miercoles 1 de Abril de 1801, se publicó una poesía que constituyó un acontecimiento literario en la colonia, y mereció una verdadera ovación de aplausos á su autor, el Dr. D. Manuel Lavarden, á quien, según la crónica del mismo periódico: no se le podía negar, ni su claro talento, ni su buen gusto, ni su escogida erudición, urbanidad, decoro y, en fin, las prendas más dignas de un literato y mas acreedoras á la estimación y aprecio público.

Esta composición, valió á Lavarden el que lo proclamasen el primero de los poetas de su tiempo, y, hasta lo llamaran hijo de Apolo, otros poetas como Prego de Oliver y Medrano, miembros todos de la *Sociedad Literaria y Patriótica*, que reflejaba, en los nombres de sus socios, el hermoso resplandor de las inteligencias que prepararon la revolución de Mayo.

Don Manuel José de Lavarden nació en Buenos Aires el 9 de Junio de 1754. El señor don Arturo Reynal O'Connor, ha publicado la partida de bautismo de Lavarden, encontrada en la parroquia de Catedral Sud (1), haciendo desaparecer toda duda á este respecto.

(1) Los poetas argentinos, pág. 142.

El señor don Juan María Gutierrez, da á Lavarden el nombre de Juan Manuel, y el documento fehaciente nos habla de Manuel José. Hemos visto en la colección del señor Gutierrez, que actualmente forma parte de la Biblioteca del Senado Nacional, varias cartas autógrafas del poeta, firmadas todas así: Manuel de Lavarden.

¿Son los dos personajes uno mismo, ó se trata del padre y del hijo (como supone el señor Reynal O'Connor) y esto ha servido para confundir al señor Gutierrez?

Creemos que se trata de uno mismo, pues, el nombramiento real de Auditor de guerra de la Capitanía General del Rio de la Plata, está extendido á nombre de don Juan Manuel de Lavarden, habiendolo propuesto, para este cargo, el Virrey don Pedro de Cevallos, que lo llama Juan Manuel Lavarden, diciendo de él, que era abogado de crédito y conocimiento.

Todos los documentos que hablan de la actuación del célebre Lavarden, en el Colegio San Cárlos, prueban que el poeta y el profesor de 1773 son uno mismo, y que éste es tambien el autor del notable discurso de 1778, en que el *doctor Lavarden* impugnó la tesis sobre el Criterio, sostenida por el alumno D. Manuel de Irigoyen dentro de la teoria cartesiana.

El P. Castañeda Vega, nos habla del poeta Lavarden, recordandolo así: «el relator que fué de la Junta de Temporalidades y Auditor de guerra del ejército reconquistador, al mando de D. Santiago Liniers» (1).

(1) «Doña Maria Retazos» núm. 10, del 16 de Agosto de 1821.

Por último, la correspondencia cambiada entre Lavarden y el Dr. D. Manuel Basavilbaso, respecto al Siripo, prueba que el autor de este drama es también el mismo Dr. Manuel de Lavarden; y la correspondencia de Lavarden con el Dr. D. Gregorio Funes, de Córdoba, fechada en 1802, que está suscrita por Manuel de Lavarden y contestada á D. Manuel Joséf de Lavarden, prueba que en todos los casos se trata siempre de la misma persona. En carta de fecha 15 de Julio de 1802, dice el Dean, á Lavarden (1): «Si la impugnación prosaica mereciese alguna atención, saldremos de nuevo á la palestra. *Para la de poesía invocaré en mi auxilio la Musa Americana: quiero decir, al amigo D. Manuel Joséf de Lavarden.*»

Lavarden es el poeta de mas numen de la época colonial anterior á la revolución de Mayo, y, con Lopez, Azcuénaga, Medrano, Rivarola y Belgrano, forman los eslabones que unen la Confederación con la Colonia.

La oda «Al Paraná», no es una tentativa de descripción poética americana, como dice con displicencia el señor don Marcelino Menendez y Pelayo (2), sinó una oda ó canción, de la forma más acabada y perfecta entre las composiciones de su género, aunque se la compare con las que en la misma época se publicaban en la madre patria, donde Quintana no había lucido

(1) El original autógrafo está en la Biblioteca del Senado Nacional, en la Colección Gutierrez. Está publicada en la obra: «Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX« del señor J. M. Gutierrez, en la pág. 125.

(2) «Antología de poetas hispano-americanos» Tom .IV, pág. CXV.

aún la magnificencia de su estro, y la vieja escuela languidecia entre los voluptuosos melindres de Melendez Valdés y las afectadas hinchazones de Cienfuegos.

La oda de Lavarden, es un verdadero canto ó himno: por la naturaleza del asunto, la elevación de sus pensamientos, la finura del lenguaje, la elegancia del estilo y la riqueza de su colorido. Esta composición, es notable, por la profusión de imágenes que la engalanan, por la naturalidad de su invención, y verdad, propiedad y sabor local en todas sus expresiones.

Es un canto entusiasta á la grandeza del inmenso rio *primogénito ilustre del océano.* Es un apóstrofe, el más gallardo y solemne, que se dirige al país, representado por uno de sus relieves topográficos más notables, pintándolo malhumorado y ceñudo en el retraimiento del rio; y concitándolo á salir de sus antros y escondrijos, es decir, á abandonar la vida de las logias, en donde se urdía el movimiento separatista, y echarse á la calle *por el paso franqueado por el heroismo,* ya que su ardimiento había sido entonces provocado por el bronce marcial en la metrópoli:

Si el aspecto sañudo de Mavorte,
Si de Albión los insultos temerarios
Asombrando tu cándido caracter,
Retroceder te hicieron asustado
A la gruta distante, ...
. . . .
Desciende ya, dejando la corona
De juncos retorcidos y dejando
La banda de silvestre camalote,
Pues que ya el ardimiento provocado

Del heroico Español, cambiando el oro
Por el bronce marcial, te allana el paso.
. . . .
. . . . Acá tus hijos,
Hijos en que te gozas, y que á cargo
Pusiste de unos genios tutelares
Que por divisa la bondad tomaron,
Céfiros halagüeños por honrarte
Bullen, y te preparan sin descanso
Perfumados altares en que brilla
La industria popular, triunfales arcos
En que las artes liberales lucen;
Y enjambre vistosísimo de naos
De incorruptible leño, que es don tuyo,
Con banderolas de colores varios
Aguardándote están . . . .

Francamente, no comprendemos como pueden haber pasado desapercibidas al claro talento del Sr. Menendez y Pelayo, las alusiones de este lenguaje figurado.

La oda de Lavarden, tiene todas las características de una diana: sus vistas son de auroras, sus versos son vibrantes y animosos; sus frases, valientes y decisivas; su estilo, alegre y bullicioso; su ritmo, como de batalla; y sus arranques: conjuros y promesas. La circunstancia de haber sido publicada en el primer número del primer periódico que apareció en Buenos Aires, nos la hace ver como el primer resplandor de una alborada, y sentir como al primer toque de clarín que anunció al país sus futuros destinos.

Por lo demás, dejo la palabra á nuestro mejor crítico el Sr. D. J. M. Gutiérrez, quien juzga á esta composición del siguiente modo: «La invención es original y

sencilla: la falta por algunos años del crecimiento periódico del gran rio. Le finge retraido por los horrores de la pasada guerra extranjera, y le invita á que descienda en su carro de nácar, tirado por caimanes, vertiendo abundancia y frescor, desde la gruta distante, en donde, entre perlas nevadas y topacios ígneos, tiene volcada su urna de oro. Píntale rodeado de céfiros, de genios y de ninfas; ceñido con bandas de silvestres camalotes, coronado de lirios y arrebatado por caballos marinos á las regiones patagónicas.

Mas no solo el poeta se trasluce en esta composición, sinó, el observador guiado por los buenos principios científicos. No era desconocido, para Lavarden, el auxilio que ofrece la química para proceder con acierto en las faenas de la agricultura, y, en esto, se mostraba discípulo de la escuela progresista á que pertenecían sus compatriotas Vieytes y Belgrano. El sabía explicarse la economía de la naturaleza en sus recónditos procederes y sabía también, como Virgilio y Delille, revelar sus misterios á los profanos, en el lenguaje de las musas» (1)

La oda de Lavarden, fué saludada con encomios poco acostumbrados, por dos de los más lucidos ingenios de la sociedad del Río de la Plata en aquel tiempo: D. José Prego de Oliver, Administrador principal de la Aduana de Montevideo, y D. Manuel Medrano, Oficial del Real Tribunal mayor y Audiencia de cuentas. Ambas poesías se incluyen en esta colección.

(1) Manuscrito de la Colec. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado.

Descubriendo el caracter simbólico de la poesía de Lavarden, dice Medrano:

Multitud lastimosa que, eclipsando
De la santa verdad el claro aspecto,
Con la ponzoña del error dañasteis
Supersticiosa, el admirable ingenio:
. . . .
Venid, venid volando á las llanuras
Del argentino majestuoso suelo,
Y la ficción sublime realizada
Vereis, del docto hermano de Aristéo.

Son muy pocas las composiciones de Lavarden que han llegado hasta nosotros. Incluimos dos décimas acrósticas que sacamos de un manuscrito de D. J. M. Gutiérrez, existente en la Biblioteca del Senado, y, además, dos sonetos sobre un mismo asunto, que están también allí. Estos últimos son bastante inferiores. (1)

El Sr. A. Reynal O'connor (2), dice que es de Lavarden una fábula titulada «Nuevo renombre de Apolo», dedicada á D. José Prego de Oliver, «en elogio de las elegantes canciones con que se ha dignado animar los Genios del país». Nosotros no hemos podido comprobar este dato, y D. J. M. Gutiérrez tampoco parece que lo haya sabido.

La personalidad literaria de Lavarden, ha sido indiscutida en su época. Sus más fuertes y eruditos contradictores en teorías filosóficas, se han expresado á este

(1) No. 56 del Catálogo especial. «Colección de poesías y versos impresos en Buenos Aires ó escritos por argentinos, reunida y arreglada por orden de fechas y tamaños por Juan María Gutiérrez. Segundo volumen. No está foliada».

(2) Obr. cit. pág. 208.

respecto en términos los mas elogiosos. El P. Maziel, que se creía ofendido por la crítica irreverente que le hicieran los del grupo de Labarden (con motivo de los sonetos que publicó en elogio del virrey Loreto), llega á decir de él: (1) «Es un genio, de orden superior, por la singularidad y universalidad de sus talentos. Adornado de los más bellos conocimientos, revela, sobremanera, el numen poético de que le hizo gracia la naturaleza. Y la perfecta comprensión de todos los preceptos y primores más recónditos de la poesía, le hace lugar en las primeras gradas de nuestro parnaso español».

Lavarden ejercía en Buenos Aires las funciones de árbitro, casi inapelable, de la producción literaria de su época, y sabía responder á esta consideración, con el ejercicio siempre culto, mesurado y justiciero de sus funciones de crítico.

Pruébalo así, la forma magistral con que puso término al tumulto que promovieron los sonetos del P. Maziel. Aquella celebrada sátira, publicada por primera vez por D. J. M. Gutiérrez (2), setenta y nueve años después de haber sido escrita, revela los profundos conocimientos literarios de su autor, la facilidad que tenía para el verso y la elegante cultura con que sabía poner de manifiesto las bellezas y los lunares de las composiciones que juzgaba.

Dice el Sr. Gutiérrez: (3) «Lavarden era muy joven

---

(1) Carta particular á un amigo citada por Dn. Juan María Gutierrez en su obra: «Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX». 1865, pág. 52.

(2) Estudios biográficos, etc. pág. 56.

(3) Ob. cit. pág. 64.

cuando compuso esta sátira y revolvía en la mente otros proyectos literarios de más importancia, contando por poca cosa lo que hasta entonces había producido. Sentíase con vocación para la tragedia clásica, en que figuran con aparato altos personajes, y así se proponía, según su propio testimonio, dramatizar la muerte de Alejandro y la pérdida de Jerusalén por la traición de Tancredo. Tenía prisa en ofrecer á su patria las primicias de su musa, y, sin que fuese elección suya, obedeciendo á alguna indicación respetable, y, probablemente para despertar la afición al teatro, recién fundado en Buenos Aires, escribió el «Siripo», tomando el asunto de los fastos de la conquista del Río de la Plata.

La tragedia «Siripo», se representó por primera vez en el teatro ó Casa de Comedias de la Ranchería, una de las noches del carnaval de 1789; y, siguiendo la costumbre de la época, se leyó primero una Loa, escrita en verso suelto, por el mismo Lavarden, la cual versaba sobre la condición de los *expósitos*, en cuyo amparo se había instituído, hacía poco tiempo, una casa que se sostenía con el producto de las funciones teatrales

Respecto á esta tragedia, dice don J. M. Gutiérrez: (1) «Sin más que la presente muestra, sería arriesgado discurrir acerca del mérito de los caracteres y de la consecuencia en la conducta de los personajes, que es una de las primeras cualidades del drama. Sin em-

---

(1) Estudios biográficos, etc. Obra cit., pág. 89.

bargo, puede asegurarse que, si á este respecto no se trasluce creación alguna en el «Siripo», hay originalidad, y hasta atrevimiento acertado, si se quiere, en el asunto tratado en los términos que lo ha hecho nuestro compatriota.

El se ha ajustado, en cuanto es posible, á la historia, y ha buscado la poesía en la verdad. Cuando Lope de Vega traslada á la escena los personajes de Ercilla, no se inspira en la crónica de la encarnizada guerra de Arauco, sino en su imaginación. La naturaleza que describe no es la de Chile, grandiosa y virgen, sino la que mejor se acomoda con los idilios en que figuran como actores Caupolican y Fresia. El arroyo en que estos dos amantes se entregan á los solaces del baño, no es un tributario del Bio-Bio sino una de las fuentes en que se desalteraban las ninfas en los paisajes mitológicos de la Arcadia poética.

Lavarden (1) ha huido de todo lirismo. No ha enredado ni detenido la acción de su drama con guirnaldas de flores endecasílabas. Los personajes más obran que discurren, y caminan al desenlace según la regla que Horacio daba á sus amigos los Pisones: *Semper ad eventum festinat.* Labarden pertenecía á esa escuela que ha producido entre nosotros una serie de poétas que comienza con él y acaba con el autor de Dido. Escuela que merecería estudiarse por la lógica con que procede y porque ha sabido ser original al mismo tiempo que imitadora. De esa escuela es la oda « Al

---

(1) Dn. J. M. Gutierrez escribía Labarden con b, pero no nos explicamos la razón desde que la correspondencia particular del poeta, que él logró recoger, está firmada por Manuel de Lavarden.

Paraná » en que se agrandan las maravillas de la naturaleza midiéndolas con los instrumentos que la observación proporciona á la ciencia; que ha sabido hallar poesía en el agua surgente de las perforaciones artesianas; que supo en la lira de Luca transportarse al porvenir alabando las transformaciones que la industria y la población habían de causar en nuestros desiertos, y cantan en fin nuestras glorias militares con los varoniles acentos del « Triunfo Argentino » y el canto « A la batalla de Ituzaingo ».

El «Siripo», está vaciado en el molde de la escuela clásica francesa en cuanto su asunto lo permite y la condición de algunos de sus personajes lo tolera. Sin gran esfuerzo se nota el parentezco que hay entre algunas de sus excenas y el Cid de Corneille y la Ifigenia de Racine.

Sabemos que este drama se ha representado tres veces hasta el año 1813 en que se dió por última vez, en conmemoración del aniversario patrio, el 28 de Mayo, según se desprende de la relación de las fiestas publicada en hoja suelta por la imprenta de los Niños Expósitos, de donde transcribimos lo siguiente: « El día 28 por la noche se representó la tragedia del Siripo, obra célebre de un ingénio americano, y muy digna de ocupar nuestro teatro en las circunstancias por su asunto ».

Nada cierto se sabe respecto al lugar ni á la fecha del fallecimiento de Lavarden. Don J. M. Gutiérrez dice (1): « Así que la madurez de los años desvaneció

(1) « Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas Sud-americanos anteriores al siglo XIX». 1865, pag. 113.

las iluciones del poder y de la gloria, el Auditor, el favorito de los Virreyes, el literato aplaudido, abandonó la capital del rio de la Plata y se soterró en un ameno rincón de la Banda Oriental, estableciéndose en la estancia del *Sauce,* á inmediaciones del pueblito del *Colla,* perteneciente á la jurisdicción de la Colonia ».

Lo único que está probado es que su muerte ocurrió al principio de la revolución, pues el P. Castañeda dice (1): « .... el Dr. Dn. J. M. Labarden, natural de Buenos Aires, Relator que fué de la Junta de Temporalidades, y Auditor de guerra del ejército reconquistador al mando de Dn. Santiago Liniers. Su claro talento, su escogida erudición, su urbanidad, y en fin las prendas mas dignas de un literato lo hicieron justamente acreedor á la estimación y aprecio público. Hubiese sido un exelente patriota si la muerte no nos lo hubiera arrebatado en los principios de la revolución ».

Toda la actuación de Lavarden fué colonial, y por lo tanto, correspondía incluirlo en el tomo primero de esta Antología, especialmente dedicado á la Colonia. Pero no siendo posible separar las épocas por límites personales infranqueables, hemos tomado á Lavarden como eslabón de continuidad entre las dos épocas que se separan el 25 de Mayo de 1810, por la influencia que él tuvo sobre los demás poetas de entonces, que le sobrevivieron y tuvieron la suerte que él no tuvo, de ser los cantores de la libertad.

---

(1) « Da. Maria Retazos », No 10 del 16 de Agosto de 1821.

Dr. Dn. VICENTE LOPEZ y PLANES

El celebrado autor de la Canción Nacional nació en Buenos Aires, el 3 de Mayo de 1787. Como casi todos los hombres de la revolución de Mayo tuvo su iniciación guerrera en las gloriosas jornadas de la reconquista, batiéndose contra las tropas invasoras al frente de una de las compañías del batallón de voluntarios Patricios de la que era capitán.

Pero su inclinación no era la de las armas, y en cuanto desapareció aquel peligro, el hombre de estudio volvió á su bufete de abogado, de donde lo sacó el movimiento revolucionario, para las bancas del Congreso y los estrados judiciales.

Secretario de la Junta del ejército auxiliador en 1810, fué también Secretario del Congreso de Tucumán.

Después de la caída de Rivadavia, el Congreso que aceptó su renuncia nombró á D. Vicente López Presidente interino de la República, el 5 de Julio de 1826

El Dr. López que ya había sido Ministro del Director Supremo D. Juan Martín Pueyrredón, estaba muy vinculado al grupo más representativo del partido directorial, que después degeneró en partido unitario; pero había sabido mantenerse ageno á la po-

lítica de intrigas de la época, mereciendo siempre el respeto y la consideración de sus conciudadanos.

Su disidencia de opinión con la Presidencia permanente fué, pues, una de las cosas que más impusieron á la opinión pública en contra de aquélla, sobre todo cuando su actitud llegó á presentar las formas de una contradicción absoluta, renunciando su banca de diputado para, en manera alguna aparecer solidarizado con la situación, y no inmiscuirse en la lucha demoledora y antipatriótica á que se lanzaban los hombres de los dos bandos.

Al recibir la honrosa distinción, de ser elegido en momentos tan difíciles, para encauzar las tendencias descentralizadoras de sus propios amigos y las miras personales del autonomismo de los caudillos que habían hecho feudo las provincias, sabiendo las dificultades que tendría que vencer, pensó en el primer momento renunciar el alto cargo, y lo hizo, remitiendo al Congreso una nota tan elevada en sus ideas como patriótica en sus sentimientos, en la cual decía:

«Esta honra, si bien ha exitado el reconocimiento de mi corazón, ha sacudido en mi alma todos los resortes del juicio, para buscar el contrapeso de las inmensas dificultades que las presentes circunstancias me imponen, y para poder llenar aquel concepto con un éxito favorable. Quisiera no descorrer el velo de estas fatales circunstancias; pero el compromiso de honor en que se me pone es extraordinario, y debo proferir ante el Congreso Nacional y ante

los pueblos, verdades que pueden ser útiles á mis compatriotas de todos los partidos: Señores representantes! *un gobierno, por el mero hecho de ser electo, no adquiere los inmensos medios de que necesita para desempeñar con suceso los árduos compromisos á que se obliga para con los pueblos.* Esos medios los posee la sociedad: son suyos propios; y los dá ó los retira á un gobierno, á proporción de su confianza ó de su desconfianza. Ahora pues, ¿cuál es el estado de la sociedad que se me llama á presidir, para dirigirla y para salvarla de tantos conflictos?

«La autoridad á cuyo ejercicio tengo el honor de ser destinado, ha sido disputada hasta aquí con pasión en el seno del Congreso, y todavía lo es sangrientamente en algunas provincias. Durante este combate, ambos partidos se han apoderado y distribuido entre sí todos los medios de gobierno nacional, *y los recursos para seguir la guerra contra el imperio del Brasil.* El uno tiene bajo su influencia la unión de las provincias que han disentido del sistema anterior, y los recursos de gente necesarios para continuar la guerra.

«El otro tiene, bajo las suyas, la unión de las provincias que han sostenido dicho sistema, y los posibles recursos del crédito, sin el cual, ó nada puede hacerse, ó hay que echar mano de exacciones tan estériles como violentas. De aquí resulta que, en la actualidad, sin una garantía recíproca que haga á cada partido ceder á la presidencia nacional sus medios respectivos de gobierno y de guerra contra el

imperio, no puede constituirse esta autoridad de un modo que sea verdaderamente obedecida en todas las provincias, y que corresponde á las extraordinarias necesidades de la época; de modo que el ciudadano destinado á ejercerla no puede llenar sus árduos compromisos. Yo me hallo, señor representante, en este caso. Mi persona sola no puede constituir esa garantía que hoy es el punto de todas las dificultades; y desde que hubiese puesto en movimiento las operaciones gubernativas, ya empezarían á faltarme los medios que posee el uno ó el otro de los partidos. Ponga cada uno de los Representantes la mano en su corazón, y verá que, si puedo exponer mi quietud por la patria, jamás debo sacrificar la honra que he adquirido á costa de una larga distancia de las contiendas políticas».

No habiendo sido aceptada la renuncia del Dr. López, declarando el Congreso que: la aceptación de ese cargo, en aquellos momentos, era absolutamente obligatoria para el ciudadano electo, asumió éste el mando el día 7 de Julio.

Restaurada la autonomía de la Provincia de Buenos Aires y habiendo sido electo Gobernador y Capitán General de ella el coronel Dorrego, apenas éste se recibió del mando, López presentó su renuncia, retirándose tranquilamente á la vida privada. Pero al poco tiempo fué llamado á desempeñar la cartera de Hacienda que era la más difícil de atender en aquellos momentos, y el Dr. López accedió á prestar este nuevo servicio á su patria, á pesar de conocer perfectamente

el estado desastroso de sus finanzas, de su crédito y de su moneda.

Los sucesos políticos que sobrevinieron después alejaron cada vez más al Dr. López del orden de ideas en que había al principio coincidido con el partido unitario, y el año 1845, en plena tiranía, desempeñaba el alto cargo de Presidente de la Cámara de Justicia de Buenos Aires.

Como poeta, el Dr. López es el representante del elemento más ilustrado de la revolución de Mayo, si bien no resulta el más inspirado ni tampoco el más fecundo.

El recuerdo de la gloriosa reconquista le dió tema para componer un canto heroico «El triunfo Argentino» que es la mejor de las poesías escritas conmemorando aquellas jornadas. El Sr. Marcelino Menendez y Pelayo, á pesar de reconocer el valor histórico de su testimonio y que en ella el poeta ha acertado á ser intérprete del sentimiento unánime y sincero de su pueblo, la clasifica de romanzón interminable y prosaico. (1)

Este juicio es de un pesimismo exagerado, y se contradice en cada una de las observaciones de forma que ha apuntado.

Olvida el Sr. Menendez y Pelayo que, en la época en que se escribió el «Triunfo Argentino» el romance endecasílabo estaba en gran auge, pues á pesar de su constante repudio hasta entonces, la propia Academia de la lengua fijó esa forma de versifica-

(1) Antología de poetas Hispano-Americanos. Tom. 40 pág.

ción para realizar en ella uno de los primeros torneos literarios con que se propuso estimular el espíritu poético del siglo XIX, y en ella consagró el triunfo de Melendez.

El Dr. López escribió ese romance en la época en que Lavarden y Prego de Oliver empuñaban el cetro de la censura literaria en una y otra orilla del Plata, por eso comienza haciendo solemne reconocimiento de esa soberanía indisputada, y con menoscabo de la dignidad de su canto, antepone el pedido de indulgencia que hace á Lavarden (á quien llama: *hijo de Apolo),* al de inspiración dirigido á su Musa.

La humildad de esta demanda en nada perjudica al poema, sino al autor; pues, ni la forma puede ser más poetica, ni los versos en que está hecha pueden ser mejores. El desarrollo de toda la composición está sostenida con dignidad, como el mismo Sr. Menendez y Pelayo lo reconoce; abundan en ella las reminiscencias virgilianas á que eran tan inclinados los poetas de entonces. El Olimpo griego es el proveedor de divinidades á las cuales invoca el poeta á cada paso; el seudoclásico amaneramiento envuelve á las ideas en expresiones más solemnes que graciosas, y á cada momento tiene uno que preguntarse si aquello está escrito para pueblos del habla castellana ó para pueblos de Horacios y Virgilios.

El prosaismo de la composición resulta más de su género que de su forma; pues la narración, que debe ante todo ajustarse á la verdad histórica, ya no puede ser levantada en alas de la imaginación; de modo

que si la versificación es correcta, el poeta ha realizado el máximum de belleza compatible con el género.

Sin embargo son muchos los trozos que pueden citarse, en que el poeta ha logrado vencer todas esas dificultades y ha vestido á su pensamiento con las mejores galas del lenguaje poético. Entre otros, el siguiente en que pinta el entusiasmo con que el pueblo corría á las armas:

La tierna madre en su regazo oprime
Y baña con sus lágrimas al hijo
Que huye sus brazos y á la lid escapa;
La esposa, el corazón mas afligido
A su consorte ofrece en los momentos
Que le roba el honor al atractivo
De su pálido seno; el tierno infante
Sus brazos cruza, que la vez de grillos
Hacen del padre en las rodillas caras,
Y se deshace en lúgubres gemidos:
Así el hijo, el consorte y aún el padre,
Sin dar estima de la sangre al grito
Corren al duelo y á los grandes riesgos.

Y la siguiente descripción que hace del ataque que llevaron los argentinos al campo de los invasores, impecable como acción y colorido:

Los oídos
Estruendo solo y confusión perciben:
El humo en densas nubes de continuo
Por todas partes sube, y de los ojos
Desaparece el día. Desprendido
De las armas el plomo, hiere, mata,
Destroza todo, y deja en los gemidos,

En los escombros y trocados miembros,
Patentizado su letal destino.
Todo es horror lo que á la vista ofrece:
La sangre, el fuego, el humo, el estallido,
El mas trágico cuadro representan.
El bronce horrendo truena: el inaudito
Estruendo entre las casas y las calles
Por écos espaciosos repetidos,
Multiplica el pavor, el llanto, el luto.
....

Podríamos criticar el pensamiento general de esta poesía, la humildad de entonación, el servilismo que demuestran todas sus expresiones, la falta de marcialidad de sus héroes, la vulgaridad de sus actitudes más preciadas, y el poco aprovechamiento en fin, de la victoria, para el objetivo político-social que (es de suponer) deseó alcanzar el poeta, fomentando los entusiasmos guerreros del pueblo argentino; pero estos defectos no son de la poesía sino de la educación del poeta, y por lo tanto, reflejos de la cultura colonial, que demuestran: el abandono, el atraso y el avasallamiento en que vivían.

Este romance heroico, mejor que ningua otra poesía de aquella época, podría servir muy bien de cabeza de proceso de la civilización española en el Río de la Plata. Conteste el Sr. Menendez y Pelayo, que tan acerbamente la ha juzgado.

¿Qué espíritu alienta sus tendencias, sus anhelos, sus entusiasmos? ¿Qué conocimientos revela? ¿Qué preocupaciones manifiesta? ¿Qué muestra saber? ¿Con qué ríe? y verá cómo, después de este análisis, el poe-

ma le parece mejor, y sobre todo, podrá entonces apreciar la magnitud del cambio realizado en el espíritu público de este pueblo, en el corto lapso de tiempo que hay entre la fecha de los versos del poema heroico y la de las estrofas del himno con que el mismo poeta saludó su libertad.

Refiriéndose á este último dice D. J. M. Gutiérrez: «Favorecidas nuestras armas por la victoria, era necesario recordar al pueblo los triunfos alcanzados en ambas margenes del Plata y en los extremos de la República, confortarle en la esperanza de nuevas glorias y anatematizar al enemigo que resistía el torrente de la opinión argentina».

«Para lograr estos fines, la asamblea, que tanto contribuyó con sus sabias y audaces determinaciones á preparar la independencia, apeló al talento y al patriotismo del P. Rodríguez y del Dr. D. Vicente López, invitándolos á componer un canto popular que alentase á nuestros soldados en la pelea y mantuviese en el pecho de todos los ciudadanos el entusiasmo de la libertad».

«En la sesión que tuvo aquel cuerpo nacional el día 11 de Mayo de 1813, se leyeron ambas producciones y la de López fué declarada solemnemente como la «Unica canción de las Provincias Unidas». Por desgracia no se dió á luz en el «Redactor» el acta de la sesión de aquel día, é ignoramos por consiguiente las circunstancias y los votos emitidos en aquel acto en que los Representantes del país, comprendiendo la influencia y el poder de la harmonía

y del estro sobre las multitudes, se constituyen jueces en un certamen poético con el fin de añadir una fuerza más á los empeños de la revolución».

«La primera edición de la Canción Nacional se hizo en 14 de Mayo de 1813, en papel y formato de la «Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires» y con tipos de la imprenta de Niños Expósitos, bajo el título de «Marcha Patriotica»: ignoramos si en las fiestas de aquel año se cantó ya con la música que conocemos, en cuyo caso habría que admirar en el maestro Blas Pareda que la compuso é instrumentó, no solo el acierto sino la prontitud en su desempeño». (1)

Si es verdad que al escribir el «Triunfo Argentino» el Dr. López no tenía aun títulos para presentarse á las puertas de los templos de Clio y de Calíope haciendo resonar su plectro de oro ó su trompa de bronce con las notas marciales de su canto, y por ello se veía obligado á requerir la benevolencia del *hijo de Apolo*, en cambio, á partir de este día, su nombre vivirá eternamente grabado en el frontispicio de esos mismos templos, como inspirado autor del canto que resume las creencias, las glorias y los ideales de la patria.

No necesitamos contestar al ilustrado Sr. Menendez y Pelayo su desgraciada crítica del Himno Nacional. Los himnos de las naciones no se discuten, ni literariamente ni de ningún otro modo. Mucho me-

---

(1) Rev. del Río de la Plata. Vol. 2 pág. 571.

nos puede ensayarse esa discusión por el pueblo que más mortificado resulta por su espíritu, sus frases y sus recuerdos.

El Dr. López es también el cantor de la victoria de Suipacha, que fué el primer triunfo de las armas argentinas alcanzado el mismo año del estallido de la revolución.

Esta oda, compuesta en estrofas regulares de seis versos cada una, endecasílabos y eptasílabos combinados, es muy clásica en su forma, muy cuidada en su lenguaje y muy moderada en su entonación; pero marca una diferencia muy notable en el estro del poeta con respecto á las poesías de fecha anterior.

Ya no aparece aquí en danza ningún personaje de la mitología griega, sino las sombras de los incas como evocaciones del alma americana, y las ninfas del Río de la Plata como graciosa encarnación del espíritu de estos pueblos. Mirando á las tumbas de la Paz, á Potosí, y á la Plata, le da al héroe el título que él acaba de fundar con su victoria, el de compatriota; y lo saluda, en nombre de toda la América, á quien con ese golpe ha libertado.

El triunfo de San Martín en las margenes del Maipo volvió á poner la lira en las manos del poeta de la Canción Nacional, que culminando esta vez en su inspiración, compuso dos poesías que son dos joyas del parnaso argentino.

La primera es la Oda que empieza:

¡Oh, si hoy mi poderío
La esfera de mis votos igualase

Para cantar el belicoso brío
De la legión Maipuana
Que hundió en el polvo la soberbia hispana!

Esta composición es bellísima y del más refinado lirismo. Imitando el relato del viaje al país de los Hiperboreos, que se lee en el himno de Apolo, del lésbico Alceo, el poeta supone que realiza en el carro del sol el giro de su curso diurno, y que, desde allí, va desparramando por el mundo la noticia de la victoria de Maipú.

Yo entre tanto ocupando
Del grande Tauro el hiperboreo alcázar
Y el humilde horizonte atrás dejando,
Con ráfagas de lumbre
Más vistosas brillara que es costumbre.

Mi mente al desplegarse
Deliciosos poemas sembraría,
Que al leerse por el mundo y meditarse
De Maipo la victoria
Perpetuasen del mundo en la memoria.

Así, dice que llegaría al Cenit, en donde entonando un canto sobrehumano, haría que de todo el orbe se levantara un aplauso unánime á los bravos de América.

Después celebraría
Tu rico suelo que llenó natura
De dones abundosos á porfía:
Suelo privilegiado
Para asilo del mundo destinado.

Y después de haber logrado que de todas partes del mundo se levantasen votos entusiastas.

Deseando gloria á los independientes
Y paz pronta y durable
Que á la España negar no sea dable.

dando por cumplida su misión dice:

Bajaré el gran carro al horizonte,
Y celajes de un gusto primoroso
Pondrían fin al día
Que te ofrecen mis votos patria mía.

Pero todavía es mejor la segunda composición titulada «*A la batalla de Maipo*».

Su comienzo no puede ser más sencillo, elegante, sentido y digno, tratándose de recordar el contraste sufrido por las armas de la patria en los desfiladeros de Cancha Rayada:

Aquella ingrata noche había pasado,
Aquella noche que á la patria un grito
De dolor arrancara.

En seguida pinta la satisfacción del ibero por el efímero triunfo, apuntando rápidamente los sórdidos afanes que aquella jornada debió reanimar en el ánimo de los dominadores de tres siglos; destaca la situación del espíritu público entre los patriotas, desalentados por aquel contratiempo de su héroe predilecto; y, apenas insinúa su desaliento, cuando, en magnifico salto lírico, haciéndose éco del redoble de los tam-

bores y presentando la vista del odiado enemigo, electriza al lector, cambia el escenario y sostiene el entusiasmo con que se asiste al cuadro de la batalla.

Magnífico es también el apóstrofe con que el poeta realza el valor moral del esfuerzo de los patriotas:

¡ Iberia, Iberia ! ¿ qué haces ?... Hubo un día
En que la Asia, la América, la Europa
Y la Africa admiraron
La terrible osadía
De tu soberbia y numerosa tropa,
Tus glorias fué, que á su cenit llegaron .
El curso natural de los Estados
Cual de toda humanal magnificencia,
Te obliga á irresistible decadencia :
¿ Quieres, insana, combatir los hados ?

La descripción de la batalla es realmente patética. La acción se precipita de golpe, sin divagaciones antojadizas, de esas que son tan comunes en estos casos, para conciliar las exigencias de la rima ó redondear el giro de un periodo. Así:

¡ El bronco trueno al trueno, el rayo al rayo,
El acero al acero, cual responden !

No se puede dar mayor idea de ardimiento, acometividad y lucha que la que encierran estos dos versos; ni se puede dar visión más hermosa que la que, en estos momentos, nos presenta el poeta:

La Patria encima de los altos Andes
Se alza, y los campos de la lid descubre :
Su bello rostro con la mano encubre ;
Son ¡ ay ! los riesgos de sus hijos, grandes !

Una de las cosas más difíciles de las odas, cual es, el sostenimiento de su entonación, ha sido admirablemente realizada por el Dr. López en esta poesía, logrando darle el movimiento necesario á la clase de acción que la motiva, con todo el ardor de los ideales y sentimientos que la impulsan y el sabor sentencioso de sus reiteradas concitaciones pacifistas, sin menoscabo de la magnificencia de su estilo ni de la nobleza de su lenguaje.

Toda la composición está esmaltada con pensamientos brillantes en que resplandecen los más nobles ideales, colocados sin esfuerzo, como artísticos broches de luz con que el *mens divinior* horaciano cerrara cada estrofa. Como último florón de la composición trae los siguientes versos:

En lumbre
Eterna brille el nombre americano;
Y arrojando al león tras el Oceano,
Ponga América el pie sobre la cumbre.

Los sonetos que compuso á la muerte del general Belgrano, y el soneto elegiaco con motivo del fallecimiento del Dr. D. Matías Patrón, lo mismo que la oda á D. Bartolomé Muñoz, demuestran el dominio que tenía el Dr. López de las distintas formas de la versificación, y su inclinación á buscar en los secretos misterios del ritmo y la armonía los mejores efectos para la expresión de sus sentimientos, siempre nobles patrioticos y cristianos.

CORONEL D. ESTEBAN DE LUCA

Esteban de Luca es una de las figuras que se destacancon con tornos más suaves y armoniosos de entre el grupo homérico de los patriotas de la revolución de Mayo.

Descendiente de una familia de ilustración y cultura tradicionales y heredero, que hacía honor á las nobles energías para el trabajo y amor á lo bello en todas sus manifestaciones, que distingue á los pueblos de la patria del Dante que era la de su padre fué, todo lo que pudo ser en aquel momento supremo de la lucha por la libertad de América, dando á su patria todo el contingente de su talento, su aptitud y sus virtudes. Así, fué: soldado, artesano, fundidor, ingeniero y poeta.

Nació en Buenos Aires el 2 de Agosto de 1786. (1)

Fué alumno del Colegio San Carlos, donde estudió latín con el Dr. D. Pedro Fernández, y filosofía con D. José Joaquín Ruiz, siendo condiscípulo de los que más tarde llegaron á ser: el general D. Tomás Guido, el coronel D. Manuel Dorrego, el respetable D. Patricio Lynch y el honorable D. Sebastián Lezica.

La reconquista contó á de Luca en el número de sus más jóvenes é improvisados guerreros, revistando

---

(1) J. M. Gutiérrez. «D. Esteban de Luca, noticias sobre su vida y escritos» 1877, pág. 6.

en las filas de la heroica defensa como subteniente de bandera del 3e. batallón de patricios; y la revolución consagró los servicios de su espada, incorporándolo al ejército libertador con el grado de capitán, de la 4a. compañía, del regimiento América, por decreto de la Junta Provisional de 27 de Junio de 1810. Su espada es uno de los primeros aceros que chispean en el ambiente de gloria que envuelve á aquellas jornadas inmortales; y su lira es la que primero resuena, trasmitiendo al orbe el anuncio de la *aurora feliz* que se iniciaba.

Como perlas del más acendrado patriotismo, sus estrofas han engarzado: la primera execración al yugo español, el primer franco anatema al despotismo de sus reyes, el primer saludo á la emancipación americana, el primer augurio de la felicidad de estos pueblos en el futuro, y el primer llamado al amoroso entusiasmo de las mujeres argentinas.

La espada de de Luca es un rayo de luz de aquella inmensa aurora; y su musa, es la alondra de la libertad.

Cuando el general D, Manuel Belgrano fundó la *Academia de Matemáticas,* con el decidido propósito de vincular socialmente unos con otros y regularizar los estudios de los jóvenes, que abandonando las aulas universitarias, ingresaban al ejército, ansiosos de cubrirse de glorias en la guerra de la independencia, nuestro ilustre poeta y soldado fué uno de los primeros en inscribirse como alumno. Y cuando, apurando los recursos de la necesidad más extrema, el entusiasmo

de aquellos hombres inmortales los convirtió de la noche á la mañana, de comerciantes ó estancieros en fabricantes balas, fusiles y cañones, en armeros, lomilleros, fundidores, mecánicos é ingenieros, de Luca fué también alumno de esa escuela práctica del primer arsenal de la patria, completando en ella sus conocimientos científicos, hasta llegar á hacerse un armero de primer orden bajo la sabia enseñanza de D. Angel Monasterio, cuya dirección sustituyó más adelante.

El decreto por el que se le nombra Director de la fábrica de armas del Estado, está redactado en términos encomiásticos poco usuales, lo que prueba el mérito de los servicios de de Luca, dice así: «Si un militar consagrado á la defensa de su país es digno del alto aprecio del gobierno, cuando en campaña cumple honrosamente los deberes de su instituto, no es menos acreedor á la gratitud pública el que, fomentando los establecimientos nacionales, descubre con sus talentos y dedicación, medios apreciables de seguridad y de defensa: sobre este principio, y habiendo el sargento mayor graduado D. Esteban Luca, encargado de la fábrica de fusiles de esta capital, presentádome una docena de espadas de caballería como primeros ensayos de la construcción de esta arma, bajo su dirección, cuyo temple y finura haría honor á las fábricas más acreditadas de Europa, igualmente que los fusiles de la primera calidad dirigidos por él mismo, he venido en acordar, se coloquen en la sala de armas de esta Fortaleza á la espectación de los ciudadanos, y

que en retribución y justo premio que merece tan distinguido servicio se le condecore al expresado D. Esteban Luca, con el empleo efectivo de sargento mayor de artillería y el título de *Director de la fábrica de armas* del Estado, dándole las gracias á nombre de la patria».

Con este motivo dice D. J. M. Gutiérrez: (1)

«Para apreciar la importancia de estos servicios es necesario echar la vista al estado en que se encontraba el país en aquella época.

La guerra de la independencia estaba comprometida con la derrota de Sipe-Sipe y sus consecuencias. El ejército al mando de Rondeau, reclamaba auxilio de soldados y de armas. El del general San Martín comenzaba á organizarse al pie de los Andes, y los corsarios al mando de Brown se disponían á zarpar desde el Río de la Plata. Armas y soldados eran de primera necesidad.

La conscripción intentada por el Directorio, podía proporcionar estos últimos: la vena del patriotismo no estaba del todo desangrada en seis años de constantes batallas; pero las armas, elemento tan indispensable como el soldado, no se hallaban en venta en los almacenes, ni la pobreza del erario podía tentar á los especuladores para que las introdujesen desde Europa. Así se explica la complacencia del Director al ver las espadas, los fusiles y las pistolas de arzón, que con materiales del país y por manos americanas, se obte-

(1) «D. Esteban de Luca, noticias sobre su vida y escritos». Opúsculo citado, pág. 12.

nían en los talleres nacionales, en fueza del empeño y talentos de un hombre fiel á la revolución desde sus primeros pasos.

Este importante auxilio que le prestaba el señor Luca, no ha sido tomado en cuenta por nuestros historiadores hasta ahora, y es de justicia la reparación de este olvido. El soldado artífice, ha sido eclipsado por el literato y el poeta en la persona del hombre que reunía ambos talentos y calidades; y bajo este segundo aspecto es como realmente se recomienda más ostensiblemente el señor Luca, en los fastos casi inéditos de los esfuerzos intelectuales de nuestra vida independiente».

Y entre tanto: en medio del fragor de los hornos, del chisporroteo de las fraguas, del ruido de los golpes del martillo sobre los yunques, y del tragín febriciente de la usina, la musa del patriotismo descendía del Olimpo é inspiraba al alma enardecida de aquel vulcano de ojos azules y cabellos rubios; y al sentir el rumor de los azarosos combates en que la patria jugaba sus destinos, entonaba sus mejores cantos al son de las aceradas cuerdas de su lira.

Así vemos, que: la heroicidad de los valientes cochabambinos lo conmueve. Sigue desde su fábrica las anhelantes peripecias de sus alzamientos varias veces sojuzgados, y poniendo en la suerte de aquel pueblo todos los entusiasmos de su alma, mira como:

Por la escarpada sierra
Y los amenos valles se derraman ;

y exclama alborozado:

Se siente á su furor temblar la tierra
A la voz de *Libertad* que ellos proclaman.

Alze su voz la crítica cuando quiera, para buscar en el sencillo artesonado de esos versos el resabio de la cultura española cuya soberanía institucional se repudiaba, y en las reglas de la métrica y la eufonía los mayores defectos de su píndarico relieve. Los cantos de la guerra no se escriben con el estro conventual de los Luis de León ó los Herrera, sino entre los arrebatos del patriotismo con las ansias desenfrenadas de la gloria.

Por eso dice el poeta:

Hoy escuela de Marte
Es Cochabamba; cíclopes sus hijos,
Que de Vulcano mejorando el arte
Entre trabajos duros y prolijos,
Activos acicalan las espadas
Que dejarán vengadas
Del adalid las muertes afrentosas
Con que inundó de llanto á las esposas.

En este género de composiciones el mérito no está en la armonía de los versos, sino en la pureza, en la verdad y en la intensidad del acento con que el poeta se hace eco de la causa popular

De los pueblos que aborrecen en sus pechos
Al impio forzador de sus derechos.

Bien puede decirse que, de este punto de vista, de

Luca no tiene rival, y que sus poesías son magníficas salutaciones á la patria naciente, desbordantes de amor, de entusiasmo y de alegría.

Al caer rendida Montevideo, último baluarte de las autoridades españolas en el Río de la Plata, y ver despejarse el horizonte por el lado del Océano que había pesado tres siglos sobre el progreso de estos pueblos con el horrible misterio de sus inmensas soledades, prorrumpe en esta ardiente manifestación de regocijo:

«Salve, patria feliz: á la constancia,
A la heróica constancia de tus hijos
Debes el gran trofeo, la victoria
En que miras destruída la arrogancia
Del soberbio tirano, que prolijos
Tormentos preparaba
Al noble defensor de tu alta gloria
Qne en los arduos combates te invocaba».

Recuerda en forma poética muy sentida la triste condición en que el destino coloca á aquella hermosa ciudad, haciéndola servir de albergue á los opresores; y la compara con la situación de todos los demás pueblo del continente que se aprestan impacientes á la guerra:

De la morada de los patrios manes
La América entretanto se levanta,
Y de los Andes en la exelsa cumbre,
Atalaya del mundo, los afanes
Ve de sus hijos en la lucha santa:

Ya los mira impacientes
Correr tras la enemiga muchedumbre,
Como rápidos corren sus torrentes.

Contempla á los hijos de América ya vencedores en Méjico, en Caracas, *del Austro á los Triones*, y dice: «*¡cual se cuenta su gloria, y cual retumba!* condensando el pensamiento de la lucha en estos dos soberbios versos de la más alta y marcial resonancia:

«Tres siglos vengan de cadena y llanto,
Vueltos los ojos hacia el val de Otumba».

El estro de Luca tiene siempre altisonancia, generosidad y gallardía, aun en sus arrebatos más ardientes. Su musa es deidad de cumbres, y su lira es de bronce con cuerdas de oro.

La victoria de Chacabuco le inspira después la oda que comienza:

Entre guerra y venganzas
Muertes y horrores, el caudillo ibero,
Entre crueles verdugos y acechanzas,
Cual Minotauro fiero
Con centellanes ojos asombraba
De Chile el monte y llano que ocupaba.

en la cual, si el estilo es menos brioso, porque la composición se resiente por el esfuerzo de la conformación dentro de los moldes del seudoclasicismo de la época, en cambio el pensamiento general es de los más levantados y serenos, y su lenguaje muy correcto.

Hablando don J. M. Gutierrez de esta misma so-

briedad y gusto por las buenas formas que distingue á de Luca, y comparándolo con don Juan de la Cruz Varela el más clásico de nuestros poetas, dice: (1)

«Luca se acerca á este último más que á ningún otro de sus contemporáneos: tiene el mismo tacto literario y apunta al mismo blanco; pero, á pesar del uniforme que viste Luca, repugna ensangrentar las ruedas de su carro olímpico en la arena de las batallas y se satisface con cantar y aplaudir la victoria desde las alturas de la filosofía que él descubre en las intenciones de la revolución. Este generoso fin justifica para él la sangre derramada para conseguirlo, y no deja de remontar en todas ocasiones á la barbarie de la conquista y á las injusticias torpes del régimen metropolitano, inculcando por este proceder indirecto una repugnancia reflexiva contra lo añejo y atrasado, en contraste con las perpectivas risueñas de libertad y progreso que vislumbra tras el polvo y humareda de la lucha armada».

Como Olmedo asoció su nombre á la fama del vencedor de Junín, y Varela comparte de la gloria de Alvear, de Luca ha vinculado su nombre con el del insigne vencedor de Maipo y Chacabuco.

Su canto *al vencedor de Maipo* es magnífico, y á nuestro juicio ésta es una de las mejores de sus poesías.

Aquella imagen de la inocente América sentada sobre la cumbre de los altos Andes, en la región de las

(1) J. M. Gutierrez. Esteban de Luca. Noticias sobre su vida y escritos 1877. Pág. 36.

nieves sempiternas, que es el trono en que la han colocado sus hijos, después de sacarla de entre el polvo vil y las cadenas en que por tanto tiempo gimió bajo la denominación del crudo hispano, desde donde contempla el grandioso y terrible cuadro que ofrece á su vista

el solio vacilante
Del monarca español, que enfurecido
Impele al mar las huestes sanguinosas
Con que intenta oprimir al suelo indiano

mirando retratados en sus rostros:

Todo el furor y rabia carnicera
de Pizarro y Cortés........

es de lo más digno, noble y majestuoso en su género, de lo más propio y rotundo como lenguaje y de lo más intensamente colorido como expresión:

«Por todas partes á sus dignos hijos
Rompiendo mira el yugo del hispano;
El grito universal de la venganza
Contra tres siglos de opresión indigna;
El ronco son del bélico instrumento,
El horrízono estruendo de las armas
Que los ecos dilatan y repiten,
En confuso rumor resonar hacen
La bóveda celeste; el patrio suelo
Retumba todo: *Libertad ó Muerte.*

Comprendemos que haya sido siempre mortificante para el amor propio de nuestra madre España la in-

sistencia con que nuestros poetas, la han tratado de tirana y opresora, de sanguinaria, retrógrada y avara; y estamos muy lejos de participar de la opinión de los que puedan ver en la energía de tales expresiones el principal mérito de nuestra poesía patria. Pero prescindiendo de ese detalle fácilmente justificable por la exaltación revolucionaria de la época, el entusiasmo de los combates casi siempre coronados por la victoria, y el cansancio natural á la prolongación de la lucha; la angustia y la desesperación de nuestros soldados-poetas, por la resistencia tan tenaz como desesperanzada que oponían los españoles; creemos que, lo rotundo no tiene nada que ver con lo justo; y que si algún cargo merecieran á este respecto nuestros poetas, él no tiene porque recaer sobre su numen, ni sobre su arte.

Resulta pues una majadería inexcusable en un hombre de verdadera ilustración y reposo (como creemos al R. P. Francisco Blanco García) eso de pretender llenar el hueco de sus conocimientos sobre la literatura de un país, con el menosprecio á *los lugares comunes del odio al despotismo* y *á las pompas de una fraseología gastada aunque halagadora entonces para oídos americanos.* Pues á no ser que el R. P., pretenda encontrar plácemes y bendiciones á España en esos cantos, ha debido recordar que la mayor parte de ellos, y sobre todo los de Luca, se escribieron entre el fragor de las fraguas donde se templaba el acero de las espadas para la guerra á muerte que se había jurado á su dominación, y era allí donde se sentía con ma-

yor ansiedad que en ninguna otra parte, el soplo abrazador del entusiasmo por la lucha. Tampoco deja de ser cómica la pretensión de que, los poetas de la revolución mirasen á España con más buenos ojos que Quintana, quien no ha visto en los conquistadores sino:

A un odioso tropel de hombres feroces
Colosos para el mal.

Pero, volviendo á nuestra oda, vamos á ver la sobriedad, la mesura y el comedimiento con que el poeta refiere nada menos que, la lúgubre sorpresa de Cancha Rayada, con cuyo recuerdo bien pudo exacerbarse su encono y su despecho.

Dice así:

«La luna con su giro silencioso
La noche acompañaba, iluminando
Con su argentada llama á los mortales;
Ningún signo fatal, ningún agüero
Pudo anunciar el mal que preparaba
La astucia del ibero á nuestras fuerzas:
A Hécate invoca y á los Dioses todos
Que en las nocturnas sombras dan auxilio
Al mortal despechado; bruscamente
El patrio campo ataca. ¡Al arma! ¡Al arma!
Prorrumpen los soldados, y á batirse,
Y á defenderse corren; más en vano
Su impertérrito brìo; se confunden
El amigo y contrario, y retirarse
A las aliadas tropas es forzoso.

Pero véamos como canta á la victoria, después de pedir á Calíope que lo inspire.

El preámbulo de la batalla es bien conciso y severo. En medio de aquel horrible silencio de que habla la historia, presenta á los ejércitos, y dice:

Unidas marchan las indianas huestes
Contra el hispano, que en horrendo fuego
Inflamando sus líneas, las recibe

y como si la rapidez y la sobriedad de la pintura por el laconismo de la expresión, fuera el mejor modo de destacar la acción principal con toda la sencillez de su grandeza heroica, dando algunas pinceladas breves, seguras y compactas, insiste en el avance en masa de los patriotas, imponiendo verdaderamente la idea, de que

nada puede
La carga detener con que se avanzan
A destrozar las fuerzas enemigas.

El efecto de este recurso se aumenta todavía más con el oportuno recuerdo de que el ejército patriótico ejecutaba esta marcha bajo una lluvia de balas enemigas, sin detener por ello su avance ni tampoco hacer uso de sus armas.

Aún está encerrado
En su mosquete el rayo de la guerra,
Aun no hacen uso del cortante acero
A pesar de que muchos ya regaron
Con su sangre la tierra y muertos yacen.

Pero llega el momento de obrar, y el poeta en su canto, como la tropa en aquel instante, lanza un grito de increpación y de venganza, que resume el estado de los ánimos después de la sorpresa de Cancha-rayada.

¡¡ Homicidas feroces!!.....

y sin más que eso, completa su propósito artístico, describiendo el ataque de los patriotas por medio del símil de una tempestad en el mar:

Como suelen
Estrellarse las olas montañosas
Del conturbado océano en los muros
De la soberbia Gades, derribando
Grandes masas, asi nuestros campeones
Entre el fuego y el humo acometiendo,
Destrozan, talan, queman y derriban
Cuanto se opone al decisivo impulso
De la terrible aguda bayoneta.

En toda la descripción de la batalla, á pesar del colorido y movimiento con que está hecha, no hay ni una sola palabra que pueda juzgarse ofensiva para España; ni siquiera una exclamación de odio general á las tiranías, de esas que el P. García Blanco llama lugares comunes del odio al despotismo, por horror á las cuales ha desdeñado estudiar la poesía argentina.

Creo que no hay erudición más fácil que aquella que consiste en hacer referencias y comparaciones en estos casos. Podría acumular en este momento aqui

todos los versos de los poetas españoles más populares, que han cantado á la guerra napoleónica, para hacer un parangón con los de nuestros poetas.

Afirmo que los españoles son muchísimo más insolentes y agresivos; si no hago esta comparación es porque creo que ello no tiene interés ninguno para nadie; pues tan poco serio me resulta el que deja de apreciar ese género de poesías por su fuerza de expresión y resonancia belicosa, como el que no las estima más que por eso.

Tan severa como la descripción del ataque es la pintura de la batalla empeñada entre ambos ejércitos:

«El aire rompen con silbido horrendo
Las balas del contrario, el suelo cubren
Cual lluvia de granizo conducida
En las alas del austro embravecido.
En la diestra el acero fulminante
Domina San Martín á la campaña,
Cercado de peligros y de muerte.
Dueño de la fortuna, de si mismo,
Su espíritu guerrero nada turba;
Los ataques dirige, manda estragos,
Como otro Jove que á la densa nube
Reventar hace en rayos formidables.

Estos dos últimos versos de insuperable corrección, completan la sublimidad de la escena que tan artísticamente ha venido preparando el poeta, á fin de tener el ambiente más digno y apropiado á la presentación del general San Martín.

El efecto obtenido así, por de Luca, es mucho mayor que el que consigue Varela, mostrándonos á Alvear en Ituzaingo en el momento en que ordena una maniobra de detalle al general Brandzen. Pues para apreciar la importancia de esa actitud, es necesario tener en cuenta la verdad del hecho histórico y el valor estratégico de la indicación; mientras que, para admirar la figura de San Martín en el canto de De Luca, no se necesita más que seguir al poeta en su descripción.

La composición termina con una apología al héroe, poniendo á la victoria en alas de la fama, y al jefe invicto por encima de Leónidas y Milciades.

Este canto á la victoria de Maipo fué muy celebrado y valió á de Luca la mas honrosa distinción. En efecto, queriendo Rivadavia festejar de todos modos la noticia de la entrada en Lima del ejército de los Andes, se dirigió á de Luca, por nota fechada el 28 de Septiembre de 1821, en los siguientes términos: (1)

«El gobierno se halla fuertemente penetrado de la importancia de este suceso remarcable, y desea que un hijo distinguido de Buenos Aires, aquel que ha tenido la gloria de cantar sus triunfos con aplauso del mundo literario, cante también la destrucción del coloso español en América y la libertad del Perú.

El gobierno conoce que un asunto tan elevado es digno de ser tratado por los talentos de Vd. y se lisonjea que será desempeñado de un modo que honreá su autor y satisfaga los votos del pueblo de Buenos Aires.»

(1) «Don Esteban de Luca» «Noticias sobre su vida y escritos» por Juan M. Gutiérrez. 1877. Pág. 43.

A esta nota contestó de Luca diciendo:

«Me ha causado el mas alto reconocimiento la honorífica comunicación de V. S. que con fecha de ayer se ha dignado dirigirme, instándome á cantar la libertad de la capital del Perú por las armas al mando del general San Martín. Este acontecimiento es tan fecundo en grandes resultados para la patria, que la imaginación de los Homeros y los Virgilios no bastaría á pintarlo con las brillantes imágenes que le corresponden. Debo asegurar á V. S. que nunca como esta vez he sentido la debilidad de los cantos de mi musa. Con todo, el asunto inspira un sagrado entusiasmo á todos los corazones; él quizá me haga superior á mi mismo, y llegue á inspirarme un tono que satisfaga en parte los deseos de V. S. que en el corto tiempo que ocupa el ministerio ha dado muchas pruebas del interés con que mira á los literatos. Para formar una composición digna de tan alto objeto debo preparar mi espíritu siendo de mi obligación el pasarla á manos de V. S. con la posible brevedad.»

Dice don J. M. Gutierrez: (1) «Antes de quince dias, el señor de Luca había cumplido los deseos del gobierno y le presentaba, por conducto del ministro Rivadavia, su: «Canto lírico á la libertad de Lima por las armas de la patria, al mando del general don José de San Martín», acompañándola con las siguientes palabras:

«Tengo el honor de pasar de á V. S. la composición

---

(1) J. M. Gutierrez. Opusc. cit. pág. 45.

poética que se ha dignado encargarme con el objeto de celebrar la libertad de Lima por las armas de la patria al mando del general San Martín. Si se consideran todos los pasos que han precedido á este suceso memorable, si se valora todo lo que han hecho para alcanzarlo los dignos hijos de la patria, se descubre luego el mas vasto campo de glorias que hayan visto las naciones. Los defensores de la libertad de la América, prodigando su sangre y sus tesoros en una causa sagrada, vengando los derechos de la humanidad oprimida por la tiranía de tres siglos, ofrecen á un gran poeta la acción mas noble y heroica para ejercitar la imaginación. Yo que no tengo la dicha de poderme contar entre estos séres privilegiados, de cuya voz están pendientes los siglos, me he visto en el mas arduo compromiso al ejecutar la pequeña obra que dirijo á V. S. Solo ha podido animarme á presentarle á mis compatriotas por el conducto del gobierno, la benignidad con que han recibido otras composiciones que he consagrado en diversas épocas á los triunfos de la patria. Yo creeré merecer la indulgencia del público, si en este asunto digno de la trompa épica de Homero, he logrado al menos, bajo un plan abreviado, reunir á la majestad del canto, el entusiasmo de la oda.

Yo he creído, que debía usar de lo maravilloso en mi composición; pero no me he valido de la intervención de las deidades alegóricas de la fábula cuando bastan á excitarlo las dificultades vencidas por el genio. Por eso es que me pareció mas acertado ha-

cer que San Martín vea á la América sobre los Andes, y las victorias de Chacabuco y Maipú, que nos prepararon la libertad de Lima que va á poner fin á la guerra de la independencia.

«Sobre todo, he tenido presente los grandes sacrificios hechos á la patria, y la suerte dichosa que gozará por ellos la posteridad.

El dichoso porvenir del nuevo mundo, fruto de nuestras vigilias, de nuestras privaciones, de nuestra sangre, es lo que debe lisonjear nuestros corazones, lo que debe inflamar á los poetas del Parnaso americano. Y, á la verdad, ¿qué imaginación bastará á representar las nuevas formas, el grado de felicidad á que llegará la América bajo el influjo de la libertad, de la tolerancia y recíproco interés que formarán los vínculos de la gran asociación americana?

«En tanto que otro genio mas feliz que el mio, logra, empleando la mas alta epopeya, cantar dignamente la época de libertad en que acaba de entrar el nuevo mundo, dígnese V. S. aceptar mi composición como un tributo que rindo al valor, á la constancia, y demás virtudes heroicas de los libertadores de la capital del Perú.»

Esta poesía de de Luca ha sido muy aplaudida por los hombres de letras de ambos mundos. El señor don Marcelino Menéndez y Pelayo llega á decir de ella, que: «contiene trozos de noble y majestuosa entonación en el género de Quintana (1); y podrá medirse

(1) Antología del poetas Hisp. Amer. Tom. 4, pág. CXXIII.

la satisfacción con que el Gobierno y el pueblo de Buenos Aires recibieron la composición, por el siguiente decreto que se dió en su obsequio: (1)

«El gobierno ha oído el «Canto lírico» que el sargento mayor don Esteban Luca le ha presentado, con una satisfacción, que solo puede expresarla por el convencimiento en que queda, de que esta producción conduce á su autor á obtener un lugar entre aquellos seres privilegiados de cuya voz están pendientes lo siglos. En su virtud decreta lo siguiente:

1—El canto lírico será impreso con toda perfección tipográfica.

2—Será presentada al autor del canto lírico una de las mejores ediciones de las poesías de Homero, de Osian, de Virgilio, del Tasso y Voltaire.

3—El Ministro secretario de gobierno queda encargado de la ejecución de este decreto.

Rodríguez—B. Rivadavia.

Con este motivo el héroe dirigió al poeta las siguientes breves líneas en que demuestra, como en todos sus actos, las virtudes características de su alma noble: el denuedo, la modestia, y la fé en el triunfo de la revolución.

«Compañero y paisano apreciable: No es ésta la primera vez que Vd. me favoroce con sus poesías inimitables: no atribuya Vd. á mi moderación esta exposición; pero puedo asegurarle que los sucesos que han coronado esta campaña no son debidos á mis

(1) Opúsculo citado pág. 51.

talentos (conozco bien la esfera de ellos), pero si á la decisión de los pueblos por su libertad y al coraje del ejército que mandaba: con esta especie de soldados cualquiera podía emprenderlo todo con suceso.

«Quedo celebrando esta ocasión que me proporciona manifestar á Vd. mi reconocimiento, y asegurarle, es y será su muy afectísimo paisano y amigo.

Q. B. S. M.

José de San Martín.

Durante los años que comprendieron al célebre período que en nuestra historia se llama del año XX, de Luca vivió alejado del torbellino político que formaban las ambiciones de algunos de los primeros hombres públicos del país; y se había entregado por completo al estudio en su laboratorio de la fábrica de fusiles. A pesar de eso, como amigo del general Alvear, fué también sindicado de conspirador, por lo que redactó una especie de manifiesto, para que todo el mundo supiera cual era su opinión sobre las cuestiones políticas del momento; y no lo estuvieran molestando con cargos gratuitos.

Miembro de aquella célebre «Sociedad Literaria» que tanto trabajó por la más pronta realización de los ideales de la revolución de Mayo, derramando en la prensa, en la escena y en el libro, la savia vivificadora de la libertad en que debía desenvolverse la cultura del pueblo argentino, fué uno de los principales colaboradores del «*Argos*» y «*La Abeja Argentina*».

En el primer número de este último periódico

apareció la poesía de de Luca «*Al pueblo de Buenos Aires*».

De Luca fué uno de los tres miembros de la Sociedad Literaria á quienes se nombró en comisión para tomar á su cargo el trabajo de la recopilación y colección de todas las producciones poéticas dignas de la luz pública que habían sido compuestas en esta capital desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el 9 de Julio de 1822 en que el ministro Rivadavia lo disponía así, por decreto de gobierno, delegando en la Sociedad Literaria la designación de las personas que los hicieran. El trabajo se realizó, publicándose un tomo de 353 páginas dividido en dos partes, la primera de « Canciones »; y la segunda, de Odas y Cantos cuyo título es: «Colección de Poesías patrióticas».

Al año siguiente, el Gobierno nombró á de Luca Secretario de la comisión confiada al doctor don Valetín Gómez, en el Brasil. Al cabo de un año, al regresar á Buenos Aires y ya en la desembocadura del río de la Plata, el 17 de Marzo de 1824, el bergantín *Agenor* en que venían encalló en el *banco inglés*, donde azotado por el grueso oleaje que levantaba el viento huracanado se fué completamente á pique,

Cediendo á su arrojo, ó quizás temerosos de no recibir auxilio oportuno y antes que verse hundir poco á poco sin poder hacer nada por su vida, de Luca y varios otros valientes se resolvieron á luchar con las olas, tratando de salvarse en una balsa; pero el intento fué fatal, mientras que sí se salvaron reco-

gidos por otros barcos, los que permanecieron en el buque naufragado.

Así perdió la patria al poeta de más numen y de mejores formas literarias de la época de la revolución de Mayo.

CORONEL DON JUAN RAMÓN ROJAS

El coronel don Juan Ramón Rojas nació en Buenos Aires á fines del siglo diez y ocho, y cursó sus estudios en el colegio de San Cárlos.

Cuando cediendo á sus inclinaciones juveniles (ó acaso á la voluntad paterna que á menudo le señalaba la senda que habían de seguir los hijos) se disponía á seguir la carrera eclesiástica, los sucesos de 1806 lo arrebataron por rumbos muy distintos, é impulsado por la corriente que llevó á tantos otros jóvenes á probar sus gallardías en la guerra, abrazó la carrera militar que abría nuevos y más vastos horizontes á su vida.

La defensa de Buenos Aires conmovió las fibras más sensibles de su alma y encendió en su mente el fuego divino de los iluminados. Por eso al evocar á los manes argentinos frente á los baluartes de Mon-

tevideo tuvo la suerte de haber sido el primer poeta que cantara las grandezas del porvenir de la patria.

En 1810 era teniente del ejército español y se encontraba en Montevideo, sirviendo en el regimiento de Murgiondo. Figuró entre el grupo de valientes que, al conocer la noticia de la revolución de Mayo, intentó producir el inmediato levantamiento de aquella; plaza, pero fracasado su intento, por causas que no son de este lugar referir, fué como sus demás compañeros perseguido, procesado y condenado á muerte, salvándose de ella, gracias á que pudo escaparse y ganar nuevamente Buenos Aires.

Regresó á tomar á Montevideo á las órdenes del general Rondeau, sirviendo en el regimiento del Río de la Plata; y durante el sitio que precedió á su rendición, compuso la «Canción Heróica».

Después se hizo artillero; y en 1815 lo encontramos trabajando con de Luca en las fábricas de fusiles que tenía el nuevo gobierno. Así, cuando de Luca fué ascendido á comandante por el hecho de haberse fundido en los crisoles de la pequeña fábrica tres piezas de campaña que llevaban por nombres «El Congreso», «La Independencia» y «Provincias Unidas», Rojas fué ascendido á capitán por el mismo decreto (1).

Fué promovido á comandante el 3 de Febrero de 1816 (2).

A las órdenes de Rondeau que lo distinguía mu-

(1) V. La Gaceta del 23 de Septiembre de 1815.

(2) V. La Gaceta del 3 de Febrero de 1816.

cho y al comando del célebre regimiento de granaderos á caballo que creara San Martín, hizo la campaña del alto Perú, asistiendo al desastre de Sipe-Sipe, y minorando con su resuelta y valiente conducta las consecuencias morales del triunfo de Pezuela (1).

¿Qué causa motivó su alejamiento del ejército á raíz del fracaso de aquella expedición?

Nada se sabe á este respecto. En 1817 ya aparece Rojas en Buenos Aires ocupado en tareas muy diferentes á las que hasta entonces había tenido. Abandonando el sable por la pluma, lo encontramos trabajando con entusiasmo por la reforma del arte dramático, tratándo de hacer prácticas las ideas y el espíritu de la revolución francesa de que se hallaba imbuida su generación.

El reglamento de la «Sociedad del Buen Gusto» que fué redactado por Rojas, es un verdadero manifiesto en este sentido, y allí se decía sin embozo que «el plantel de las buenas costumbres, el foco de los conocimientos domésticos, la punta recta de la sociedad debía estar en armonía con los demás progresos traídos entre nosotros por la revolución feliz de los espíritus» y que «América debía imitar á la parte culta de la Europa, donde la festiva Talía se presenta cubierta con el cándido ropaje del pudor que antes ostentaba con continente lascivo: siendo en su opinión ridículo que «estando en manos de todos las obras de Racine, Voltaire, Corneille, Molière, Shakes-

(1) J. M. Gutiérrez: «Juan Ramón Rojas», pág. 23.

peare, Maffei y Moratin», no se recogieran sus frutos «por seguir los absurdos góticos de los Calderones, Montalvanes y López de Vega».

El primero y más ilustre de sus biógrafos, cree ver en esta campaña de Rojas el propósito de precipitar la reforma social del país por medio del teatro; y de este punto de vista, tributa á nuestro coronel de granaderos encomios que bastarían para destacar su personalidad con caracteres inconfundibles, si su obra literaria diera más asidero para atribuirle iniciativas tan trascendentales.

Rojas tiene numen poético y en todas sus composiciones palpita su amor á la patria independiente, entrevista en su grandeza futura á través de todos los sacrificios imaginables. Sus ideas se agolpan á cada momento como escuadrones lanzados á la carga, sin mirar obstáculos á su paso ni en la dicción, ni en la métrica, ni en la rima. Pero su visión es siempre grandiosa, el tropel resulta hermoso, el desorden se explica y el desaliño fantasea más el poema, viéndose entre las breñas de sus versos al alma de un patriota alentando los entusiasmos de un soldado.

La mitología es el campo donde mas espiga su musa, pero si en esto se parece á todos los de su época, en él es en quien menos choca este recurso; porque sus frases son tan sibilinas que la imaginación acepta fácilmente la ficción de que sean dioses quienes hablan.

Rojas comparte con de Luca los laureles de la espada y de la lira, y en opinión de don J. M. Gutié-

rrez ambos son «dos gemelos intelectuales, dos hermanos en la gloria y en el verso». (1)

También como de Luca, Rojas pereció ahogado en las aguas del río de la Plata. En el N° 77 del *Argos* del sábado 25 de Septiembre de 1824, se registra la siguiente noticia: «La Gaceta Mercantil del día de ayer, publicando la noticia dada por el capitán del paquete «Pepa» pone fuera de toda duda el naufragio de la «Mosca» en el banco Ortiz, y la pérdida de la numerosa tripulación que conducía á Montevideo. Acompañamos en el sentimiento á todas las personas comprendidas en esta desgracia; pero la amistad nos obliga á singularizarnos, lamentando muy particularmente la pérdida de uno de nuestros más distinguidos compatriotas, el coronel reformado D. Juan Ramón Rojas».

CORONEL D. EUSEBIO VALDENEGRO Y LEAL

En las memorias del coronel oriental D. Ramón de Cáceres, que existen inéditas en poder de D. Andrés Lamas, (1) se encuentran los siguientes datos respecto al coronel Valdenegro:

(1) Tomamos esta información de una nota manuscrita de D. J. M. Gutiérrez, en el cuaderno II del «Diccionario de Poetas sud-americanos» que dejó en preparación.

«Era hombre de buena figura, buen poeta, arrobaba con su elocuencia, tenía el don de la palabra, y maneras muy corteses. Era un valiente oficial y llamaba la atención ya fuese en un estrado entre las damas, ya arengando á las tropas.

Este hombre hijo de una familia pobre, debía su educación á un fraile, que le enseñó á leer y escribir (eran todos sus principios).

Después, fué un calavera perdido, un gran jugador y peleador, que vivía ejercitando su oficio entre las vaquerías. De allí lo sacó Artigas, y lo hizo sargento de Blandengues, antes de la revolución. Cuando ésta tuvo lugar, lo nombró ayudante de campo.

Desde que entró en esta carrera abandonó sus malas costumbres; y como hombre civilizado y culto ha vivido en Buenos Aires y en Estados Unidos, en donde murió de enfermedad».

ANTOLOGÍA

MANUEL JOSÉ DE LAVARDEN

SIRIPO

TRAGEDIA EN VERSO

POR

D. MANUEL DE LAVARDEN

2º ACTO *

MIRANDA

Ya tu solo, Cacique generoso,
Podrías acabar pesares tantos;
No más desde hoy te quejes de Lucía;
Ella su mal ó bien deja en tus manos.
Tuya será Lucía si la quieres.

SIRIPO

Ah! si, la quiero!

MIRANDA

La quisieras, cuando
Merecer su cariño procurases
Con artes justas. Ese culto vano,
Que das al sol, por siempre te separa
De sus tan anhelados agasajos.

---

* Copia del original autógrafo existente en la Bibl. del Senado Nacional, en la Colec. Gutiérrez. El primer acto está perdido.

SIRIPO

¿Tan celosa será, que me prohiba
Hasta de la deidad el amor santo?

MIRANDA

No es deidad á quien ciego le tributas;
Esa es hechura de otro ser mas alto.
¿Será que la deidad se constituya
En estado inferior al de los hombres
A que el mismo dió ser? El don precioso
De que las criaturas disfrutamos,
La dulce libertad, será negada
Al que del universo es soberano?
Será nuestro dar regla de los giros
Con que cierra los meses y los años?
Oh! cacique!, al ilustre entendimiento
De que el cielo te dota, haces agravio.
Con que así no aclaró la luminosa
Verdad, la lobreguez de tus engaños,
Cuando viste al eclipse, tan temido,
De divinos graduar á nuestros sabios?
Sí, yo te ví que altivo le mirabas,
Mientras supersticioso terror vano
Tus timbues arrojaba por el suelo,
Tus agoreros mesmos y tus magos,
Los que la enfermedad del dios caduco
Plañian, con visible sobresalto.

SIRIPO

No es nuevo para mí cuanto me dices,
Ni me juzgues de luces tan escaso
Que á la razón me niegue. Antes de ahora,
Mi espíritu buscaba el desengaño,
No pudiendo entender como Dios era
El que de otra mostraba ser esclavo.
Yo via sus efectos invariables
Y que no era su curso voluntario,
Cual mísero mortal le contemplaba
Que procura en la noche su descanso.
Yo lo creo, ya ves; pero no es justo
Tan en perjuicio mio publicarlo,
Renunciar á la ley de mis mayores,
es renunciar á un tiempo al cacicazgo.
Y por no arrodillarme á un Dios fingido,
Que no me puede hacer ni bien ni daño,
Humillar para siempre la cabeza
Y en cualquier español tener un amo.
Mucho vale Lucía, mas el precio
Que pides por su mano, es demasiado
Para quien libre vió su primer dia
Y ha empezado á gustar del dulce mando.
Yo creo que Lucía es muy amable,
Un amante á creer más no está obligado.

MIRANDA

Depon vanos recelos. La experiencia
De cinco años de paz, el justo trato
Del español y prendas amistosas
Y honradas, además, te habrá mostrado.

SIRIPO

Serán entre vosotros los varones
Que las dóciles hembras más humanos?
La fiereza de tu hija te desmiente.

MIRANDA

Lucía te reserva sus halagos,
Para cuando te vea digno de ellos
Por el modo feliz del yugo santo.
La agua que santifica, nueva cuna
Te da para que seas numerado
Como uno de nosotros. No receles
Que padezca tu mando menoscabo.
Más bien porque Lucía en tales tierras
Es la única mujer del suelo patrio,
De todos sus patriotas el aprecio
Partir haz apacible en su regazo.

SIRIPO

Tú ¿qué dices, Lucía? ¿Porqué callas?
Qué me quieren decir tus ojos bajos?
Que imperioso tu padre te constriñe
A tomar un partido involuntario?

MIRANDA

El natural pudor....

SIRIPO *(impaciente)*

Di, tú, Lucía:
¿Merecedor me juzgas de tu agrado?

LUCÍA *(confusa)*

Cacique, cuando el nombre valeroso
Que los tuyos celebran, y de pasmo
Llena tus enemigos;....cuando el aire
Guerrero, que pregona de tu brazo
El esfuerzo y valor;... cuando tus ansias,
Que supiste mezclar con ruego y llanto...
Capaces no hayan sido de hacer suyo
Un pecho de otro afecto ya ocupado,
Del honor que obsequioso me conservas
Y que sobre mi vida inútil amo,
La fuerza poderosa me reduce
Y el duro corazón hace más blando.

SIRIPO

Luego, tú ¿ya me amabas? ¿Y qué nube
Tu alma cubrió con velo que inhumana,
Escondiendo la luz de tus favores,
De tus iras mostraba solo el rayo?

LUCÍA

Tu culto diferente...

SIRIPO

¿Me privaba
De tanto bien? ¡Sin duda era tirano!
Al sol, yo le rendí, porque mis ojos,
De objeto tan hermoso alucinados,
No habiendo conocido tu belleza,
De mi veneración digno le hallaron.

ESCENA 2ª

LUCÍA—SIRIPO—MIRANDA—LAMBARÉ

LAMBARÉ

¡Cacique!

SIRIPO (*á Lambaré*)

¿Qué te altera?

LAMBARÉ

Cayumari
Del frente del naciente ha retirado
Las vigías del campo.

SIRIPO

¿Con qué intento?

LAMBARÉ

Lo ignoro.

SIRIPO

Lambaré, corre á indagarlo.

(*dentro vocería*)

Y mira... Mas, ¿qué grita turbulenta
A lo lejos escucho?

LAMBARÉ

Será acaso
De su fidelidad...

SIRIPO

No te adelantes;
Pueden ser alegrías del vulgacho.
Anda, sabe lo cierto.

ESCENA 3ª

SIRIPO—MIRANDA—LUCÍA

SIRIPO

¡Cayumari,
Contra su fé, pudiera intentar algo!

MIRANDA (*á Lucía*)

Fuerza es volver por él.

SIRIPO

El modo altivo
Con que me habla, más bien que aconsejando
Provocando mi saña, le condena.
Su orgullo es de sus iras el amago.

LUCÍA

No te alteres, Siripo: Cayumari,
De un imprudente celo arrebatado,
Creyendo que atendiese al útil nuestro
El camino de oriente dejó franco,
Para que huyese yo.

MIRANDA

Pero su dicha,
O quizás el amor, le cierra el paso.

SIRIPO *(alborozado)*

Tú te burlas, Miranda?

MIRANDA

No lo dudes.
Esconderse á tus ojos la era salvo.

SIRIPO *(halagüeño á Lucía)*

¡Cayumari tu fuga protegía,
Y tu patria pospones á mi mano!

LUCÍA *(turbada)*

Yo mi patria pospongo... yo pospongo
(mirando á su padre)
Mi patria, por respeto de un ingrato.

SIRIPO

Ay! Cayumari fiel, de tus lealtades,
En tu crimen se ven brillar los rasgos!

ESCENA 4ª

CUYUMARI, *después* LAMBARÉ—SIRIPO—MIRANDA—LUCÍA

CAYUMARI

Un joven español pretende verte
Que por Nuño de Lara viene enviado.

LAMBARÉ

La grita es de tu gente, que conduce
A tu presencia un joven castellano.

LUCÍA

Cual es?

LAMBARÉ

Yo no le he visto, pero dicen
Los que vienen con él, que habla muy claro
El idioma timbué.

LUCÍA *(á Miranda, atónita)*

Señor, ¿qué es esto?

MIRANDA *(atónito)*

Disimula.

SIRIPO

Lucía, ¿qué te ha dado?
Mortal es tu semblante.

MIRANDA

Ven al toldo.

SIRIPO

¿Qué tienes que temer?

MIRANDA (*bajo, á Lucía*)

Vente, más malo
Es encontrarte aquí.

SIRIPO

Nada receles,
Que mi brío por tí se halla empeñado.
(*vanse Miranda y Lucía*)
Lambaré, ten cuidado de Lucía.
(*vase Lambaré*)
Yo no se á que atribuir su sobresalto.

ESCENA 5ª

SIRIPO—CAYUMARI

SIRIPO

¿Qué pedirá don Nuño?

CAYUMARI

Yo recelo
Que la guerra te mande.

SIRIPO

¿Que. En estado
Hallarse puede de mover la guerra,
De cuatro fugitivos un resago?

CAYUMARI

Tratará de vengarse uno que reste.

SIRIPO

El valor de estos hombres no es humano.

CAYUMARI (*sonriendo*)

¿Con que también le admiras? El mancebo,
Se llega de tu gente acompañado.

SIRIPO

¿Le conoces?

CAYUMARI (*mirando adentro*)

Me acuerdo haberle visto;
Yo voy á conducirle.

SIRIPO (*mirando adentro*)

¡Que bizarro!
Razón para llorar tiene Lucía,
Si era su muerto esposo tan gallardo!

ESCENA 6ª

HURTADO—SIRIPO—CAYUMARI—SALVAJES ARMADOS

CAYUMARI (*bajo á Hurtado*)

Calla, Hurtado, tu nombre, que te importa.

HURTADO

Salud goceis cacique, el fuerte y bravo
Que estas playas domina.

SIRIPO

El Dios de España
Te guarde. Di, ¿que buscas, buen soldado?

HURTADO

(1) Nuño de Lara, Alcaide de este fuerte
Que rendisteis, por vía del engaño,
De paz y humanidad, con raro ejemplo,
Para tratar con vos, poder me ha dado;
El poder que ejercita en el augusto
Y siempre invicto nombre del Rey Cárlos,
Que escuchan ambos polos con respeto,
Y con miedo el oriente y el ocaso.
Creeis solo vosotros sin resultas,
Contra su alteza el cometido agravio,
Que los que la crueldad por valor aman
Reputarán por tímido lo manso.
Nuño de Lara quiere convenceros
De la justicia de su soberano,
Cuyas armas, desde ahora vengadoras,
La fiereza y traición autorizaron.
Juan Diaz de Solis á vuestras playas,

---

(1) Nuño de Lara murió en la defensa, pero ha convenido fingirle vivo.

Ocultos (1) escondrijos de Leopardo,
La sociable cultura os conducía
Y humanidad, á bordo de sus naos.
Si erais tan inhumanos y feroces,
Para no apetecer dones tan claros,
Reclamarais entonces los derechos
Que quereis que acatemos insultados.
Vosotros le llamasteis, y más fácil
Procurasteis hacer su desembarco,
Para darle alevosos una muerte
Propia de la barbarie de estos campos.
Y nosotros, en vez de la venganza,
Tomamos, más que buenos, vuestro amparo.
Los payaguas y agaces lo atestigüen,
Mas vosotros mostradnos vuestro pago.
Yo lo diré. Gaboto, á quien la suerte
Sustituyó este pais por el Catayo,
Desembarcó, más cuerdo y cauteloso
Finjisteis estenderle amigos brazos.
Mas como las astucias dificultan
El escarmiento ajeno en nuestro daño,
Cinco años la traición y la perfidia
En el cobarde pecho habeis guardado.
Supisteis que Gaboto se ausentaba
A dar cuenta de si en el mundo anciano,
Y que sus prevenciones nos harían
De gentes y de víveres escasos.
Ya no esperastes. El volcán furioso,

(1) En el manuscrito de Lavarden dice: Incultos escondrijos etc.

De pérfidos intentos restañados
No pudo contenerse. Las astucias,
La traición y crueldad, arma tocaron.
Un tercio del presidio había salido
A forrajear, y yo, por mi mal hado,
Huí vuestro furor, con una suerte
Que otro dichosa, yo mezquina llamo.
Entonces acudisteis á los nuestros,
Entre frutos los áspides llevando,
Cuando entre las tinieblas se ocultaba
La luz que mete horror á los malvados.
Se os franquean las puertas; se abandonan
Para que descanseis los lechos blandos;
Cada uno por cuidar de su enemigo
Acuña las rendijas de su rancho.
Ya en silencio, se oían solamente
De las silvestres fieras los baladros,
Y el sueño se derrama por los miembros
Que fatigó quizás vuestro agasajo.
Duermen los españoles; mas vosotros
Estabais con las fieras desvelados,
Con la amistad y el agradecimiento
Que os combaten en valde batallando.
Del cruel Narangoré el inicuo silvo
Por una y otra boca duplicado,
Anuncia á nuestra gente y nuestras casas
El incendio, la muerte y el estrago.
Del herido primero los clamores
Avisan del peligro á los incautos,
Dudando si es del sueño fantasía

Quien duerme sin delito descuidado.
La muerte presurosa, iba siguiendo
Del vencedor cruel los gritos altos,
Y postró su guadaña sanguinaria
La flor de la nobleza por los campos.
Por los campos yacían los valientes
Con cien heridas, ya desfigurados;
Mas guardando por seña de españoles
Los troncos de las picas en las manos.
Oviedo que difunto mantenía
El bordado pendón, el fuerte Ocampo,
El ardiente mancebo Perez Vargas,
De alcurnia heroica generosa hidalgo....
¿Mas porqué refiriendo la tragedia,
Que quizas os deleita, yo me canso?
El recuerdo del mal es escarmiento
A otro delito, no al de los ingratos.
Bien visteis cuan temibles enemigos
Son los que habeis aleves insultado,
Pues no bastó á vencerlos la sorpresa,
La multitud, la noche, ni el letargo.
Visteis al grande Lara retirarse
Con pequeño escuadrón, á lentos pasos,
Y le vereis volver, cual trigre fiero
Que de imprudente mano es provocado.
Advertidos estad. Un solo medio
Os reserva su enojo, conciliando
La bondad del monarca más piadoso,
Con la satisfacción del desacato.
Prevenid su furor, reconociendo

El dominio de un Rey, el más humano,
De Cárlos el prudente, el invencible,
El tres veces piadoso y siempre sabio.
No balanceis un punto. Mas felices
Sereis y libres, siendo sus vasallos,
Que en esa libertad mal entendida,
Que os hace de mil males tributarios,
Libres os quiere hacer el que pretende
A razonables reglas sujetaros,
Los súbditos de todas las naciones
Envidiarán la suerte que os brindamos,
Pero si vuestra bárbara fiereza,
Si no haber tanto bien jamás gustado,
Os le hace baldonar, desde este punto
A sufrir su venganza preparaos.

SIRIPO

En vano, con astuta valentía,
Diestros habeis pensado alucinarnos.
No nos pusisteis miedo vencedores,
Y menos temeremos á un puñado
De míseros dispersos, que va huyendo
La inevitable fuerza de los dardos.
Superfluo es el ardid, cuando nosotros
Arrepentidos ya no os acosamos.
La muerte de Solis no fué nuestra obra.
Los charrúas sin fé la ejecutaron.
Bien es verdad que el alevoso ejemplo
Habemos ignorantes imitado.

Disculparle pudiera. Tú bien sabes.
Qué motivos tenemos de quejarnos.
¿Nos habeis defendido? Os importaba
Guardar los que mirabais como esclavos.

HURTADO

Sí, con nuestra amistad y bienquerencia
Habemos intentado esclavizaros.

SIRIPO

Las manos, con las armas ocupadas,
De amigos nunca habeis podido darnos,
Y las altas almenas de los fuertes
Asombran la humildad de nuestros ranchos.
Los nombres en señal de señorio
Habeis á nuestras cosas ya mudado:
El pariente del mar, Paraná grande,
Es Rio de la Plata; el rico lago
Apupen, ya se nombra de Santa Ana.
Porque á Sancho del Campo le agradaron
Sus buenos-aires, este nombre llevan
Las fértiles orillas...

HURTADO *(le interrumpe indignado)*

No con falsos
Y aparentes pretestos se disfraza
La hazaña fementida. Esos dictados,
Nuestro descubrimiento solo prueban,
Porque los que son propios ignoramos.

Por defenderos, mal correspondientes,
La cota y espaldar nos han grabado.
Armas que hienden son y no cadenas,
Los hierros que os pusimos en las manos,
Hicimos nuestros vuestros enemigos,
Contra ellos, fortalezas levantamos
Que perdisteis vosotros, y mil veces
Del peligro y la muerte os libertaron.

SIRIPO *(suave)*

No pretendo escusar el hecho torpe,
Injurioso borrón del nombre indiano;
Y si nuestros servicios son bastantes
A borrar tal afrenta, aseguraos
Del homenaje puro y apreciable
Que los timbués os hacen voluntarios.
No querais preferir, inadvertidos,
La pesada obediencia del vasallo,
Al noble rendimiento del que anhela
Con ansiosos ingenuos agasajos
Por desmentir de ingrato la ignominia.
Mi mano es de la paz firme resguardo.

HURTADO *(grave)*

No es tiempo ya de creeros. No hay mas medio:
La guerra ó el dominio castellano.

SIRIPO *(alterado y despues mas tranquilo)*

El dominio!... Español, mucho propones
Y tiempo he menester para acordarlo.
En prueba de mis plácidas ideas,
Admitirás por hoy nuestro regalo.
Mañana volverás.

HURTADO *(circunspecto)*

No: respondedme
Sin salir del lugar ó declarados
Quedad por enemigos. *(Siripo queda pensativo)*

CAYUMARI *(indignado)*

¿Pues, Cacique,
Escuchas tus agravios sin vengarlos?
De odiosa esclavitud oyes sereno
Proposiciones?

SIRIPO *(grave)*

Basta. Retiraos
Quiero quedar yo solo.

CAYUMARI *(fiero)*

¿Que nosotros
Podemos estorbarte?

SIRIPO *(airado)*

Yo lo mando

CAYUMARI *(como antes)*

De esa impaciencia y esa valentía,
Usarías mas bien con tus contrarios.

SIRIPO *(suave)*

Me importa quedar solo Cayumari.
A la vista mantente por un rato.

ESCENA 7ª.

SIRIPO — HURTADO

SIRIPO *(afable)*

Con que no ha de haber medio? Los agravios
No tendrán algun fin?

HURTADO

Los enunciados.

SIRIPO

Mas dime ¿si este día fuera dable,
Que nosotros la fé que profesamos
Por la vuestra dejásemos, y fuese
Mediador de las paces este pacto,
La injuria ponderada que os agita
No hubierais de olvidar?

HURTADO *(agradable)*

Por ese cambio,
Yo que con mas rencor os aborresco

Tildara la memoria de mi agravio.
Los heroicos iberos que poseen
El valor y piedad en igual grado,
Si os atendieron antes como amigos,
Os mirarán entonces como hermanos.
Pero ¿como creerán vuestras palabras?
Los modos dulces ya se han apurado,
Y ocurrir al severo de las armas,
Como á última razón, es necesario.

SIRIPO

Arte de persuadir será la guerra?
Mas que vosotros es vuestro Dios sabio,
Que la verdad enseña por arbitrios
Que mirais muchas veces como flacos.
Una hermosa mujer que á mi dominio,
Por camino indirecto, el cielo trajo,
De mi convencimiento es dulce causa
Y de tu Dios conducto extraordinario.
Tu puedes conocerla. La cautiva
Que ya de mis terrenos tiene el mando,
Y que va á coronar todas mis dichas
De la nupcial guirnalda con el lazo.
La cautiva española...

HURTADO *(atónito)*

Que española?
¡Si una que había fué del inhumano
Furor de los timbués triste despojo!

SIRIPO

Aún vive, de mi dicha por encanto.
La muy digna Lucía...

HURTADO

¡Dios piadoso!

SIRIPO

De mi amor obligada...

HURTADO

¡desgraciado!
¿Esa mujer os ama?

SIRIPO *(airado)*

Qué te admira?
No soy uno también de los humanos?
De un joven vencedor á las ternezas
Que Lucía se rinda será extraño?

HURTADO *(disimulando)*

Teneis razón, Cacique, pero cuerdo
Debierais despreciarla en este caso.
De una indigna mujer, que de su esposo
Aún tendido el cadaver sobre el campo,

(alterándose y conteniéndose),

En lugar de los gritos funerales
Escucha de otra boda alegres cantos,
Qué fé habéis de esperar? La fementida,
En término tan breve pudo amaros?

SIRIPO

Para amar un instante solo basta.

HURTADO (*finjiendo sonrisa*)

Quizás ella os amaba de antemano.

SIRIPO

Decirlo no podré, si bien es cierto
Que ha escuchado mis ruegos sin enfado.
Que turbarse, sonreirse suavemente
Y su blando mirar, indicios claros
Son del fogoso ardor, que en este día
(Sea de regocijo eternos años)
De su pecho de piedra brotar hizo
El choque venturoso de un acaso.
Cayumari resuelto y caviloso,
De un imprudente celo arrebatado,
De mí pensó apartarla. De mis vallas
El lado del naciente dejó franco,
Para hacerla que huyese sin ser vista
De los mios; mas ella (afortunado!)
Amante, agradecida, no se atreve
A abandonarme así. Me sale al paso.
(Ay de mí cual venía! Nunca el alba

Colores tan hermosos ha pintado)
Descubrían sus ojos celestiales,
Que las luces imitan de los astros,
Sus ansias interiores. Encendía
El fuego del amor sus rojos labios.
Una palabra basta. Yo, rendido
De su beldad al vencedor agrado,
En vano me resisto...

HURTADO (*serio*)

Bien, Cacique.
El tiempo que nos insta no perdamos.
Yo quiero quedar cierto. Haced que venga
Esa mujer...

SIRIPO

Así es. De ella sabraslo.
Yo voy á enviarla aquí para que quedes
Confirmado. Proponla mil reparos.
Repréndela. Procura disuadirla.
Advierte si se pone en embarazo;
Mas si en fin se resuelve á declararte,
Que es á quien ama lo imposible llano,
Ve á decir á los tuyos que el intento
De sus nobles fatigas es logrado.

(*Hurtado queda atónito*)

ESCENA 8ª

HURTADO—CAYUMARI

CAYUMARI

Bien dije yo que Lambaré cobarde
Huiría tu valor?

HURTADO (*aflijido*)

Me preservaron
No sus temores, sí mi desventura.
Me ocultó de sus ojos el airado,
Terrible cielo, que al estremo punto
Su rigor llevar quiere. ¡Hados ingratos!

CAYUMARI

Qué furores te agitan?

HURTADO

¡Ay amigo!
Novela seré yo de desgraciados.
Mi suerte me apartó del venturoso
Lugar en que felices espiraron
Mis nobles españoles la fortuna,
Y sus vueltas traidoras desarmando.
Yo solo introducido tierra adentro
Quedé, para juguete de los hados.
Hados inescrustables, si yo solo
Soy de vuestro rigor el justo blanco,
Porqué sobre inocentes descargasteis
El golpe que al culpado fuera grato?

ESCENA 9ª

LARA—HURTADO—CAYUMARI

LARA

¿Al fin de mi venganza llegó el día?
Ay Hurtado! ¡qué horribles sobresaltos
Has venido á acabar!

CAYUMARI

¿Lucía sabe
Que su esposo y amante es el enviado?

LARA

Al oir que hablaba claro nuestra lengua
De quien era se impuso. No hay cristiano
Que la entienda como él, y su alegria
Ha dicho á la manera del espanto
La noticia impensada...

HURTADO

Bien dijiste.
Temor es verdadero.

CAYUMARI

Yo me pasmo

HURTADO

Cayumari, ¿ te pasmas? ¿ Tus lealtades,
A su fuga un camino extraordinario
No abrieron? De tu celo compelido,
El frente del naciente sin resguardo
No pensaste dejar para que huyese?

CAYUMARI (*atónito*)

Y á tu noticia puede haber llegado!

HURTADO (*furioso*)

Lucía... Yo la nombro? ¡Quién pudiera
Este nombre olvidar! De ira me abrazo.
La pérfida te vende. No ha querido
Usar de tu bondad.

LARA

Ahora yo rabio.

CAYUMARI

Lucía me malquista! Así mi vida
Espone mis favores mal pagando.

HURTADO

¡Mujer engañadora! Mira como
Huye de mi presencia.

CAYUMARI

Yo no alcanzo...

LARA

No lo dudes. Yo he visto que á sus ojos
El Cacique no ha sido objeto ingrato.

CAYUMARI

Me descubre el Cacique....

HURTADO

Y se descubre
Su boda delincuente apresurando,
Para legitimar en algún modo
La vergonzosa infamia de tal acto.

CAYUMARI (*indignado*)

Así burla Lucía mis anhelos!

LARA

Mira si mi recelo era infundado.

CAYUMARI

Juzgaba que fingía

LARA

No se finge
Con tanta propiedad.

CAYUMARI (*yéndose*)

Venga tu agravio.

YARA (*yéndose*)

Y si para arrancarle las entrañas
Fuerza te falta, te tendré yo el brazo.

HURTADO

Vosotros sois testigos de su crimen
Y con razón podeis aconsejarlo.
Donde andará la infiel?

ESCENA 10ª

MIRANDA—HURTADO

MIRANDA

¿Porqué ventura
No esperada, hijo mio, te restauro?
Ay Dios! si este será de la crueza
Y de tamañas cuitas postrer cabo.
Y como te olvidaste de Lucía?
Tu finamiento habemos ya llorado.

HURTADO (*desdeñoso*)

A bien que las caricias del Cacique
En placeres habrán tornado el llanto.

MIRANDA

¿Qué dices infeliz?

HURTADO

No se me ocultan
Las pérfidas ideas...

MIRANDA

¡Insensato!

HURTADO

Del Cacique y Lucía. Su perfidia
Los lindes del pudor ha quebrantado.

MIRANDA *(triste)*

Que buen acojimiento la previenes
A una mujer del débil sexo lauro,
Que por medio á los riesgos de los mares
Y el furor de las guerras arrostrando
En tu seguida vino encadenada
Por tu amor á lugares tan estraños.

HURTADO *(furioso)*

Es mujer, es mudable, y es...

MIRANDA

¡Con que arte,
Las furias del infierno te han cegado!

HURTADO

Vos estais inocente. Yo lo creo.
Ni como su maldad había de fiaros

La pérfida sagaz. Ella temiera
En vuestra honra un verdugo necesario.
Pues sabed ¡ay de mi! mi amado padre
Que el honor de esas canas venerado
Abandona Lucía. De Siripo
El rendimiento, el ruego, los halagos
(Las palabras me ahogan) la seducen,
Y su injurioso intento colorando
Con título de esposa...

MIRANDA *(indignado)*

¿Se resuelve,
A condición de que él se haga cristiano,
A rendir su beldad á un vil salvaje
Horrible y asqueroso?

HURTADO *(atónito)*

¿Vos sabeis su delito? ¿Y la honra vuestra?
No, no habreis podido remediarlo.

MIRANDA *(indignado)*

Que aquestas mesmas lumbres de mis ojos
Me es mi apreciado honor mucho más caro.
Aun no me tiembla el pulso, y á ser cierto
Que alguien le amancillase, no mis años
Estorbaran mi saña vengativa... *
Yo he sido, solo yo, quien al Cacique
La constancia de mi hija ha subyugado.

---

* En el manuscrito de Lavarden hay, despues de este verso, otro que dice: Pero tales injurias satisfago?

Comienza tu venganza desde luego.
Indigno es tolerar agravio tanto.
Para estos casos el honor te ciñe
El duro acero que te prende al lado.

(*Con entereza*)

Mal mirado rapaz, no son mejores
Que los buenos Mirandas los Hurtados.

(*Enternecido*)

Ingrato! Quien creyera que tu fueses
Quien un honor que el sol mucho mas claro
Con sospechas indignas atildase!

(*Miranda hace que se va; Hurtado queda pensativo y humillado.*)

ESCENA 11ª

CAYUMARI—HURTADO—MIRANDA

CUYUMARI (*presuroso*)

Estais vuestras desgracias esperando?
No te detengas mas. Cierta es tu muerte.
Habemos todos padecido engaño.
Lucía está inocente. El envidioso
Lambaré me vendió, y apresurado
Corre á instruir al Cacique de quien eres:
Tu nombre se murmura ya en el campo.

HURTADO (*tierno*)

¿Lucía está inocente y me aconsejas
Que la abandone?

MIRANDA

Cielos, ¿hasta cuando?
¿En que hora tan menguada á luz viniste
Hija infeliz de un padre malhadado?
Ya es preciso morir.

CUYUMARI

Aun te detienes?

HURTADO

Que es huir ¿Ni de quien? ¿Pensais villano
Que soy un hombre solo? A pesar vuestro
Hallareis un ejército en mi brazo.

CUYUMARI

Desesperas amigo. Bien lo piensa.
Del campo á la salida yo te aguardo.

ESCENA 12ª

LUCÍA—HURTADO—MIRANDA

LUCÍA (*corriendo*)

¡Compasivo es mi Dios con una ingrata!
¿Respiras todavía esposo amado?
¿Aun duran mis delicias, dueño mío?
Mis lágrimas los cielos apiadaron.
¿Como evitarte á Lambaré sangriento?
Te miro y me parece que es milagro.
(*abriéndole la ropilla*)

Sin duda te herirían y por eso
En venirme á buscar has sido tarde.

HURTADO (*lloroso*)

Hiciéronme creer mis camaradas
Que murieras la noche del asalto.

LUCÍA

Que! ¿Tu lloras mi bien? ¿Y que la dejas
A mi terneza entonces? Los amargos
Fenecidos pesares no dilates
Que se tornaron gozos en tus brazos.
Sí, mi bien. Cuando en dulces soledades
De afanes tan crueles recorramos
El recuerdo serán del amor nuestro
Testimonios que estrechen nuestros lazos.

HURTADO

¡O consuelo infeliz! ¡Consuelo estéril,
El monstruo del furor has abortado!
Más amargo, mi bien, hace este gozo
De nuestra desventura el triste plazo.
Me perdiste y te pierdo. Ya el Cacique
Quien soy sabe.

LUCÍA

Mi Dios! Más cuando te hallo
Constante y amoroso esposo mío,
El morir junto á tí será regalo.

HURTADO

Ello hemos de morir de alguna suerte,
Y ya que es fuerza con honor muramos.
Lucía, mi Lucía, muestra el cielo
Que ha tomado nuestra honra por su cargo.
Me mandó á confortarte. Ten presentes
Tu patria y religión, y cuanto te amo.

LUCÍA

Que! ¿Ya no me conoces? ¿Tu me animas?
¿Dudas que alegre moriré á tu lado?

MIRANDA

Que intentais infelices?

HURTADO

¡Dura pena!

MIRANDA

¿Quien os cubre los ojos insensatos?
¿Tu deseas morir? ¿Y con tu muerte,
Que tu esposa te libre habrás logrado?
Morir conseguirás con el tormento
De revolver los ojos espirando,
Al ver á tu Lucía que la arranca
El violento tirano de tus brazos.
Y tu te gozarás viendo á tu esposo
En tu inocente sangre revolcado,
Que al vengativo amante que te oprime
De recreo le sirve hecho pedazos.

HURTADO

¡Suerte cruel, ni aun este triste alivio
¿Tus rigores ostentas sin contrario?
Fiel Lucía, mi bien, injustamente
Y fuera de lugar desesperamos.
Impaciente me aguarda el fuerte Lara.
El tercio de García le ha juntado.
Yo voy á ser su guía y libertarte
De la injusta opresión. Sabrá el tirano
Que los justos derechos de los hombres
(hace que se va)
No pueden tan sin riesgo ser violados.

MIRANDA

Marcha, pues, hijo mío.

LUCÍA

Que! ¿me dejas?

HURTADO

No es dejarte mi bien.

LUCÍA

Yo no me aparto
De tí. Yo he de seguir tu misma suerte.

HURTADO

¿No ves de tu flaqueza el embarazo?
Yo vuelvo á libertarte, dueño mío.

LUCÍA

Por donde has de volver? No nos juntamos
Tu ni yo por jamás. No me abandones.

MIRANDA

Nos pierde esta mujer. No la hagas caso.
No el honor de las armas aventures.
Nuño de Lara te estará esperando.
Si tu interés al público prefieres,
Serás entre traidores numerado.
¿Que se dirá de tí? ¿Como te olvidas
Que antes que amante fuiste ciudadano?

HURTADO

Esto ha de ser. Lucía yo te ofrezco
Mostrar que soy tu amante y soy soldado.
Ya sufriste lo más, poco te resta.
No está muy apartado nuestro campo.

MIRANDA

¿Pues en que te detienes?
(se va Hurtado corriendo)

LUCÍA

Yo te sigo.

MIRANDA *(deteniéndola)*

¿Que es lo que vas á hacer?

LUCÍA

¡Padre inhumano!

ESCENA 13ª.

MIRANDA—LUCÍA

MIRANDA

Basta, hija. Tú deliras. ¿Quien te ha visto
Descomponerte así?

LUCÍA

¡Cielo sagrado!
¿Que es lo que me sucede? Ay! infelice!
¿Hurtado en tan funesto desamparo
Me abandona? ¿Podrán otros respetos
Ser antes que mi amor? ¿Podré yo acaso
Posponerle á mi vida? ¿Pues mi esposo
No está ligado con iguales pactos?
¿Para esto le seguí? ¿Y así me paga?..
Lo entiendo á mi pesar. El se ha vengado.
Y donde iré yo sola, mujer, débil!
¿Que gruta será fúnebre reparo
A mi triste orfandad? ¿Los fieros tigres
Socorro me darán? Si, serán mansos
Cuando un amante, un padre y un esposo
Su fiereza les roban despiadados.
¿Pero de quien me quejo? ¿Su venganza
No he provocado yo? ¿No es justo pago
Aqueste de mi crimen? Yo no he sido
Quien con ojos risueños ha mirado,...
Infiel, á un nuevo amante que tejía

Con alevosas y sangrientas manos
La guirnalda nupcial, que coronase
Mi crimen y mi boda? Es necesario
Que la muerte le lave. Morir debo.
Yo de mi mesma juez pronuncio el fallo.
El amor lo aconseja, honor lo manda. *

MIRANDA

¿Tantas penas no bastan? ¿Mis quebrantos
Quieres aumentar hija? No apresures
Los males que vendrán mal nuestro grado

ESCENA 14ª.

SIRIPO — *despues* LAMBARÉ — MIRANDA — LUCÍA

SIRIPO *(furioso)*

¿El vil engañador donde se esconde?
¿Esta es la buena fé de los cristianos?
Y tú, si eres mujer, que mas bien creo
Que serás un espíritu, que vago
Viniste á atormentarme, el merecido
Galardón hallarás á tus engaños.

LAMBARÉ

El español huyó. Tus centinelas
Que saliese del campo le dejaron
Fingiendo que con nuevas de las paces
Volvía presuroso á sus paisanos.

---

* El manuscrito de Lavarden dice: El honor lo aconseja, amor lo manda.

SIRIPO

Pues Lambaré tu criminal descuido
Ha sido causa de trastorno tanto,
Quedaráte la nota de cobarde
Si tu mesmo no atiendes al reparo.
Redime, que aun es tiempo, tu delito,
O teme mi furor. Me has engañado.
Elige los timbués mas corredores
Alcanza al fugitivo.

LAMBARÉ

Voy volando.

ESCENA 15ª.

SIRIPO — LUCÍA — MIRANDA

LUCÍA

Tirano, si pretendes encontrarle
No sufran tus temores mas atraso.
Yo te enseño el camino. En este pecho
Hallarás á mi esposo aposentado.
Traspásalo inhumano. No presumas
Que su lugar ocupes entretanto
Que su imagen la tuya horrible muestra.
Es mas breve la senda que te allano.
Ve que es llegado un día menos triste
En que me sean tus obsequios gratos,
Y me harás el mayor si me libertas
Del enojo de haberte á tí mirado.

(vase)

MIRANDA

¡Yo no engendré tal hija! Vos la hicisteis,
Pues cuidad tambien de ella, Cielo santo!

SIRIPO

Ensalzate arrogante. En breve tiempo
Ese orgullo feroz verás postrado.
Yo sabré hacer de modo que la imagen,
Que da á tu corazón valor tamaño,
Con horrible semblante se te objete,
Y esa sombra vaga y aire vano,
Que ande con tristes ayes y gemidos
Tu sueño y tu memoria perturbando.

SÁTIRA *

Yo no nací poeta, ni presumo
Que con las hojarascas del Parnaso
En torno de mi féretro hagan humo.
No creo, que he probado por acaso
Las virtudes del agua que concibo
Que sabe á la pezuña del Pegaso.
Mas cuando los agravios apercibo,
Que se hacen á mi patria, me preparo
Escusa racional en el motivo.
Ni que yo espere aplauso será raro
Cuando escucho aplaudir por las tabernas
De Códros trasandinos el descaro.
Oh tú que dignamente nos gobiernas,
Culto censor de nuestra policía (1)
Si el celo alguna vez con ócio alternas,
Y llega por acaso la voz mía
A distraer tus graves atenciones,
Ensaya tu nativa bizarría.
Yo te pido, Señor, que me perdones,
Si me atrevo á ocupar en tu defensa,

---

* Estudios Biográficos y críticos sobre algunos poetas Sudamericanos anteriores al siglo XIX por J. M. Gutierrez. Tom. I, pág. 56. El m.s. autógrafo de Lavarden está en la Colección del señor Gutierrez, en la Biblioteca del Senado Nacional

(1) Los publicistas españoles han empleado la palabra *policia* como sinónimo de *gobierno*. Cobarrubia, hablando de los recursos de fuerza» dice: «en lo que toca al *gobierno* ó *policia* exterior ..... etc.« (Nota de don J. M. Gutierrez.)

Del rústico laud indignos sones.
Sabe la causa, sabe que tu ofensa
Se mezcla de mi patria con la injuria
Por alguno que apoca tu despensa,
Y que entre la carnívora centuria
Que evita de su gula los desmayos
Disfrazada en obsequio la penuria,
Al reclamo hospital de tus lacayos
No solo buitres, como yo creia,
Sino tambien acuden papagayos.
Tú no ignoras, señor, que el otro día
Entre sabios y necios comensales
Que corteja y tolera tu hidalguia,
Algunos de Helicón seudofiscales
A par de los relieves de tu mesa
Mondaron dos sonetos garrafales (1)
Parto inmaturo que abortó la priesa
De quien, por otra parte, no se olvida
Que no es la de un soneto poca empresa.
Algun docto con frase comedida
Mostrará de aquella obra los defectos
Sin exceder la crítica debida.
Dirá los consonantes incorrectos,
De algunos pensamientos la lindeza
Y los que tal vez haya mal electos.
Acaso notará la ligereza
Al que á las fuerzas de la ciencia fía
Lo que no concedió naturaleza,

(1) Es de Gerardo Lobo, que dijo: «Mondando soneticos garrafales». (Nota de don J. M. G).

Y dirá cuando mas sin burlería
Con tímidas razones aunque bellas
Que no se adquiere el don de la poesía,
Y que nuestro doctor sigue las huellas
Del Demóstenes Italo, que imita,
Cuya prosa se sube á las estrellas;
Pero que su renombre debilita
El argentino Cicerón cuando hace
Alarde de una musa hermafrodita.
Porque, ello es cierto, que: el poeta nace,
Y el que no lo sacó del menudillo
En vano la mollera se deshace.
Por esto hay de Pomponios baratillo,
De galenos el número da grima,
Y teologazos andan á porrillo;
Mas de poetas de cabal estima
Mucho será se cuenten dos docenas
Como no se numeren los de Lima.
Allí sí que fecundas las Camenas
Alumbran partos mil cada semana,
Por quita allá ese par de berenjenas;
Pues cualquier mulatillo palangana
Con décimas sin número remite
A su padre el Marqués una banana;
Y como el vulgo bárbaro repite
Sus glosas por la calle, se persuade.
Que con Quevedo y Góngora compite.
Por acá es al revés: para que agrade
El juguete más digno de Talía
Es preciso que Febo le traslade.

El pueblo que de libre se gloría
Produce nobles almas, que á ninguno
Quisieran conceder la primacía.
No es este vulgo vil de color bruno
Que cualquiera sandez de un viracocha
Aunque de todas letras esté ayuno,
Le parece de almíbar y melcocha
Y á ensalzarla por juro de conquista
Los beodos gaznates desabrocha.
O dígalo del pobre romancista
La musa que con cuatro pelotones
El nido de las águilas atrista.
Oiga el escarabajo los blasones
Con que distingue sus hediondas trovas
Un pueblo que por fin gasta calzones.
Oh! musa que sacudes las alcobas
De la casa de locos de mi testa,
Cuidado como agora te me abobas.
Cuéntame de cada uno la respuesta,
Pues ya que te arrufaldas de divina,
Debes haberte hallado en esta fiesta.
Mi triste chimenea deshollina,
Y si esta diligencia no es bastante,
Sópame una febea melecina (1)
Las décimas volaron, y al instante
Resonaron inmensas carcajadas,
Riendo tras los doctos el pedante.

---

(1) Este pensamiento es de Góngora; pero me parece que aunque no se pone con toda la libertad que él le añadió, no debiera copiarse por quien sabe que sabe lo que dice y no debe ignorar la nota de Mayans á ese y otros dichos semejantes de Góngora. (Nota de don J. M. G.)

Ocurrieron lectores á manadas,
Como en noche de viernes cercar suelen
La que en la esquina fríe las pescadas.
Uno dijo al oirlas: «cómo huelen
Las coplas á carnero de la tierra;
Si no son peruleras que me enmielen».
«Mal año para el hijo de la perra,
(Un campestre añadió dando un corcobo)
¡Y faltan conchavados en la hierra!
Dijo un escolarcillo que no es bobo:
«De Lobo la mitad tiene el poéta,
Mas con otra mitad no será Lobo» (1)
Un gallego, también de cuchufleta,
Sin acabar se fué refunfuñando:
«Para jaita nun es la chanzuneta»
Un guarda, sus encaros preparando
Gritó: «Favor al Rey; el papel venga,
Que este género es de contrabando».
Se le lleva si no hay quien le contenga,
Y fué no se que quidam de peluca,
Que después de toser hizo esta arenga.
«Señores, esta cosa me trabuca;
Leamos el papel con más cuidado
Porque se me ha fijado acá en la nuca.
No es poéta el autor por de contado;
Convéncelo el asunto que critica
Como á las musas poco acomodado.
La diestra vena todo lo amplifica,

(1) Quiere decir que el poeta de las décimas jamás llegará á ser un Gerardo Lobo, porque aunque tiene la mitad de Lo-bo, que es *bo*, con otra mitad que es otro *bo*, quedará siempre *bobo* ... (Nota de don J. M. G.)

Y sobre los arrullos de una gata,
Versos y pensamientos multiplica.
  Aqueste mismo caso que se trata,
Cómo lo revelara si quisiera
Algún numen del Río de la Plata!
  Pues no es la de este tal musa ratera
Que, sin criterio ni sin justo tino,
Las dulces espinelas adultera,
  Acomodando el metro granadino
A la punzante sátira buida,
Más propia del itálico asesino.
  Y lo que peor es, descomedida
La grosera sentencia de estos versos,
Que de un candil ardieran por torcida,
  En conceptos vulgares y perversos,
Con vapores pestíferos, empaña
El honor de cristales más que tersos;
  Pues cuando lanza su indigesta saña
Contra pueblo que alguno juzgaría
Grato solar de la civil España,
  Zahiere con soez chocarrería
El mérito de aquel que tiene á cargo
Velar sobre la urbana policía ».
  Mil cosas dijo el criticón amargo,
Que yo quiero dejar en el tintero,
Porque apuntarlas fuera cuento largo.
  Solo le ví poner pajizo y fiero,
Cuando volvió á leer la bella frase,
(Pueblo incivil) que ingiere el majadero.
  Temí que de furor se desmayase,

O que, según los dientes apretaba,
Sin la mitad de un labio se quedase.
  Y temblando el concurso preguntaba:
«¿Quién será el poetillo mendigante?»
Y tamaños ojazos rodëaba.
  Hallábase junto á él un estudiante
Y respondió de pronto: «Yo me abismo
Que aún esteis del autor tan ignorante:
  Hartas muestras nos da su estilo mismo,
La mestiza dicción poco sonora,
Pues el, «*donde un enfermo*», es cholinismo.
  Las leyes que citando deshonora,
El odio á nuestra patria, todo ostenta
El tal duque de Nájera do mora. (1)
  «Ah!», dijo el pelucón, caigo en la cuenta,
Yo no sé el poetastro en que se funda,
Quítenme ese papel que me revienta.
  A trabarse volvió la barahunda;
El guarda le pedía por su fuero
Y mostraba una cara furibunda.
  Queríale á revueltas un pulpero
Para envolver ají (no sin justicia)
Y un boticario entraba de tercero.
  Métese por los cascos la codicia,
Armase una tremenda safacoca,
Uno vota, otro llama la justicia;
  Mas viendo disputar una bicoca,

(1) Había un demente en Buenos Aires, llamado D. José Ortiz, que se daba este título de duque de Nájera, y á cuyo nombre se habían hecho correr las décimas satirizadas. (Nota de Don J. M. G.)

Y andar muy cerca ya las puñaladas,
Un soldado les puso punto en boca,
Y enviando de vanguardia dos puñadas
Y mostrando en reserva un gran guijarro,
Llegó Cortez y dijo: « camaradas,
Yo tomo este papel para un cigarro ».

AL PARANÁ (*)

Augusto Paraná, sagrado rio,
primogénito ilustre del oceano,
que en el carro de nacar (1) refulgente,
tirado de caimanes, recamados
de verde, y oro, vas de clima en clima,
de región en región, vertiendo franco,
suave frescor y pródiga abundancia,
tan grato al portugués como al hispano:
si el aspecto sañudo de Mavorte,
si de Albión los insultos temerarios (2)
asombrando tu cándido carácter,
retroceder (3) te hicieron, asustado

* El Telégrafo Mercantil, Núm. 1, pág. 4, Miércoles 1º de Abril de 1801.

(1) Hay en el Paraná multitud de conchas, que fácilmente se descascaran, y muestran un bruñido nácar que puede ser un ramo de industria. Los paraguayos los emplean en embutidos.

(2) Bloqueo de los ingleses.

(3) No deben olvidar los amigos del país el raro fenómeno de haberse echado menos en los cinco años pasados el ordinario crecimiento del Paraná, y las grandes resultas de este acahecimiento con respecto al comercio interior y cria de ganados. De semejante suceso no hay noticia y se ignora su causa. El año precedente volvió á su ordinario transborde.

á la gruta distante, que decoran
perlas nevadas (1) igneos topacios,
y en que tienes volcada la urna de oro, (2)
de ondas de plata (3) siempre rebosando:
Si las sencillas ninfas argentinas
contigo temerosas profugaron
y el peine de carey allí escondieron
con que pulsan y sacan sones blandos
en liras de cristal, de cuerdas de oro,
que os envidian las Dëas del Parnaso:
Desciende ya dejando la corona
de juncos retorcidos, y dejando
la banda de silvestre *camalote,* (4)
pues que ya el ardimiento provocado
del heroico español, cambiando el oro
por el bronce marcial, (5) te allana el paso,
y para el árduo, intrépido combate,
Carlos presta el valor, *Jove* los rayos.
Cerquen tu augusta frente alegres lirios
y coronen la popa de tu carro;
las ninfas te acompañen adornadas
de guirnaldas, de aromas y amaranto,
y altos himnos entonen, con que avisen

---

(1) La laguna Apuper, después Santa Ana, hoy de las Perlas, las ha dado pequeñas en su orilla. El fondo no se ha reconocido.

(2) Nace el Paraná en las minas de oro de los portugueses.

(3) Se alude al nombre del río de la Plata, que le dió el Genoves Gavot impropiamente, no criándose este metal en sus provincias, por lo que debiera mantener el nombre de río de Solís, del descubridor.

(4) El *camelote* es un conocido yerbazo que se cria en los remansos del Paraná.

(5) Aprontos navales del Superior Gobierno y Real Consulado de Comercio contra los corsarios ingleses.

tu tránsito á los Dioses tributarios.
El *Paraguay*, el *Uruguay*, lo sepan,
y se apresuren próvidos y urbanos
á salirte al camino, y á porfía,
te paren en distancia los caballos,
que del mar Patagónico (1) trajeron.;
los que ya zabullendo, ya nadando,
ostentan su vigor, que mientras llegan
lindos céfiros tengan enfrenados.
Baja con majestad, reconociendo
de tus playas los bosques y los antros.
Estiéndete anchuroso, y tus vertientes,
dando socorros (2) á sedientos campos,
dén idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que á tu exelsa mano
deudor no se confiese. Tú las sales
derrites y tú elevas los extractos
de fecundos aceites; tú introduces
el humor nutritivo, y suavizando
el árido terrón, haces que admita,
de calor y humedad, fermentos caros.
Ceres (3) de confesar no se desdeña,
que á tu grandeza debe sus ornatos.

---

(1) Hállase en la costa patagónica un marisco, que tiene en su pequeño tamaño, que será de cuatro pulgadas, la bizarra figura de los caballos del carro de Neptuno. Ignoramos si en otras partes los hay de mayor bulto, ó si lo deben á la fecundidad griega. Su cabeza remede con propiedad la del caballo, y la cola torcida acaba en alas como se pinta frecuentemente.

(2) La Sociedad Económica tenga por objeto, aunque sea único, indagar el nivel de los terrenos, para proporcionar el regadío á nuestros campos, cueste lo que cueste, sino puede ser ahora, para de aquí dos siglos. El terreno sin una piedra se brinda. Conseguido esto vea aquí el pueblo escogido.

(3) Indícanse los objetos del periódico y sociedad.

No el ronco caracol, la cornucopia,
sirviendo de clarín, venga anunciando
tu llegada feliz. Acá tus hijos,
hijos en que te gozas, y que á cargo
pusiste de unos genios tutelares,
que por divisa la bondad tomaron,
zéfiros halagüeños (1) por honrarte,
bullen y te preparan sin descanso
perfumados altares, en que brilla
la industria popular, triunfales arcos,
en que las artes liberales lucen (2)
y enjambre vistosísimo de naos,
de incorruptible leño, (3) que es don tuyo,
con banderolas de colores varios
aguardándote está. Tú con la pala
de plata, las arenas dispersando,
su curso facilita. La gran corte
en grande gala espera. Ya los sabios,
de tu dichoso arribo se prometen
muchos conocimientos mas exactos
de la admirable historia de tus reinos, (4)
y los laureados jóvenes, con cantos
dulcísonos de pura poesía, (5)

(1) Agricultura.

(2) Buenos Aires.

(3) Industria, artes, navegación.

(4) No se sabe á donde llega la riqueza de maderas que poseemos. Cada vez que se registran los montes se tropieza con un portento. Acaba de probarse para curbas el tortuoso tarañé: madera muy dura, tenaz del clavo, muy ligera y que no arde.

(5) Debe pensarse seriamente en cerrar á las arenas la entrada de los puertos de este rio.

que tus melifluas ninfas, enseñaron
aspiran á grabar tu excelso nombre
para siempre, del Pindo en los peñascos,
donde de hoy más se cantan tus virtudes,
y no las iras del furioso Janto.
Ven sacro rio, para dar impulso
al inspirado ardor; bajo tu amparo
corran, como tus aguas, nuestros versos.
No quedarás sin premio (premio santo!)
Llevarás guarnecidos de diamantes,
y de rojos rubíes, dos retratos,
dos rostros divinales, que conmueven:
uno de *Luisa* es, otro de *Cárlos.*
Ves ahí, que tan magnífico ornamento
transformará en un templo tu palacio;
ves ahí para las ninfas argentinas,
y su dulce cantar, asuntos gratos.

SONETO *

Quiero mirar el astro refulgente,
En su elevado trono al medio día,
Y el fulgor que de allí radiante envía,
A oscuras deja mi confusa mente;

Pero cuando se abate al occidente,
Por entre velos que la tierra cría,
Le observa y forma ya la mente mía,
Concepto á su alcanzar correspondiente.

Así vos, oh gran Dios, Sol de justicia,
Siendo allá en vuestra alteza incomprensible
Al limitado morador del suelo,

Al ocaso vinisteis, y propicia
Vuestra bondad, os muestra perceptible
Por entre el rubicundo humano velo.

* De la colec. de D. J. M. Gutierrez existente en la Bibl. Nal.

SONETO *

A observar alzo presumida frente
Al astro luminoso, en alto día,
Y halla la oscuridad, mi fantasía,
Del mismo resplandor en el torrente.

Mi escarmiento le busca en occidente,
Y entre vapores que la tierra envía,
Se presta fácil á la vista mía,
Claro más, cuanto menos refulgente.

Así vuestra bondad, Sol de justicia,
Al entender humano, inaccesible
De tu supremo ser allá en la alteza,

Os hizo descender é hizo propicia,
Tras velo de mortal naturaleza,
Cuanto escondido más, más perceptible.

* De un cuaderno m. s. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la biblioteca del Senado Nacional, donde se dice que han sido copiados de un manuscrito original y autógrafo de Lavarden. Han sido publicadas solo las dos cuartetas de este soneto y del anterior por el Sr. Gutiérrez, en su obra: «Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX», 1865, pg. 112.

A PEPA SOMALO *

ACRÓSTICO

Por la dama más cabal
El orbe todo os aclama,
Pues la vocinglera fama,
Apologista formal,
Sienta que eres sin igual
Objeto tan apreciable:
Moderada, respetable,
Atractiva, liberal;
Luego por un medio tal
Os has hecho memorable.

Por el margen han de hallar
El sujeto más condigno,
Para quien mi metro indigno
Acabo ahora de impetrar;
Salgan pues á analizar
Ociosas plumas lo malo:
Me dirán que no señalo
A la deidad reverente,
Lean y verán patente
Oblarlo á Pepa Somalo. (1)

---

* Esta Señora fué la madre del General D. Tomás Iriarte.

(1) De un m. s. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la biblioteca del Senado Nacional.

Dr. VICENTE LOPEZ Y PLANES

EL TRIUNFO ARGENTINO *

POEMA HEROICO

EN MEMORIA DE LA HEROICA DEFENSA DE BUENOS AIRES CONTRA EL EJÉRCITO DE 12.000 HOMBRES QUE LE ATACARON LOS DIAS 2 Á 6 DE JULIO.

> BELLUM IMPORTUNUM, CIVES; CUM GENTE DEORUM,
> INVICTISQUE VIRIS GERIMUS: QUOS NULLA FATIGANT
> PRÆLLIA, NEC VICTI POSSUNT ABSISTERE FERRO.
>
> *Virg. Æneidæ XI.*

Hijo de Apolo, (1) tu sublime acento
Suspende un tanto, mientra el furor mío,
Lanzándolo del pecho, á su sosiego
Torno mi espíritu hora enardecido.

---

* La Lira Argentina, 1824, pág. 476.

(1) El Dr. Juan Manuel Lavarden, cantor argentino.

La poesía del Dr. López está precedida de la siguiente carta: Al Exce-

Mi trompa es débil, celestial la tuya,
Por eso teme el acorrerme Clío;
Mas el triunfo alto de mi pátria amada,
Al alma inspira ardor desconocido;
Déjamelo cantar, deja que ceda
Esta vez mi rubor al patriotismo.
Grata á mi votos ven, divina usa,
Bate tus alas, baja del Olimpo,
Y pues enseñas á cantar proezas,
Anime tu favor mi plectro tibio.
Rayó una aurora (1) en que indignado el cielo

---

lentisimo señor don Santiago Liniers y Bremond, caballero del orden de San Juan, Brigadier de la Real Armada, Gobernador y Capellan General de las Provincias del Río de la Plata.

Exmo. Señor.

Cantar el Triunfo Argentino, es cantar las glorias de V. E. El conocimiento de esta verdad me impele á ofrecer á V. E. esta obrita, pequeño detalle de tan grandes proezas. Mi corazón se penetra de pesar, al ver la debilidad de mis esfuerzos. Ellos no podrán llenar jamás una materia de tanto momento. ¡Cuán sensible me es, que sobreponiéndose tanto las glorias de V. E. y de mi patria, á las de Aquiles y Eneas, no se reproduzcan en esta época, á las márgenes del Argentino, aquellos talentos de privilegio, que supieron sin ejemplar eternizar estos heroes! Sin embargo, seame lícito la satisfacción de haber hecho cuanto podía. Yo no dudo que saliendo este canto bajo la protección de un nombre como el de V. E., será al menos soportable al buen gusto de mis compatriotas.

Nuestro Señor guarde la importante vida de V. E. muchos años. Buenos Aires, 21 de Noviembre de 1807.

Excmo. Señor.

B. L. M. de su V. E. su atento y rendido servidor.

Vicente López

También está en la obra de Dn. J. T. Medina. Historia y bibliografía de la imprenta, etc., pág. 298/360.

(1) El dia 27 de Junio de 1806, en que conquistó la Capital el mayor general W. Carr. Beresford.

Permitió en desventura que los brillos
De Buenos Aires, por sorpresa infausta,
Quedaran tristemente obscurecidos.
Pero este aciago día, recordando
A sus hijos su ser y el poderío
Del Dios que fascinados ofendieran,
De su felicidad fué el gran principio.
Desde entonces sumisos venerando,
Del grande Ser los soberanos juicios,
Postrados á los pies de los altares,
Imploraron con lágrimas su auxilio.
No fueron vanos tan humildes votos,
Los oyó el cielo y suscitó propicio,
Al grande héroe del Sud, (1) nuevo Pelayo,
Que supo, como aquel, favorecido
De brazo celestial, destruir el trono
Que el contemptor de los romanos ritos
Osado levantara en este suelo,
Sosteniendo su espada el edificio
Del culto y religión de nuestros padres.
Libre ya Buenos Aires del abismo
De males que su ruina apresuraban,
Gozosa vió reflejos peregrinos,
Que preparaba á su esplendor el jefe;

(1) El señor don Santiago Liniers y Bremond, General de las fuerzas españolas destinadas á la reconquista de la capital, que la verificó el 12 de Agosto de dicho año.

Vió su celo incansable; fué testigo
Del alto esfuerzo con que su entusiasmo
Emprendió en los vecinos (1) infundirlo.
No se engañó el caudillo: halló habitantes
Dispuestos á exceder en heroismo
A falanges guerreras que sus vidas
Consagraran al bélico ejercicio.
Tanto es el fuego que sus almas nutre
Que ¡oh! ¡quién lo creyera! el parvulillo
No tanto aprende la invención de Cadmo,
Cuanto ejercita el movimiento activo
Con que el guerrero los cañones juega.
El que de Ceres los tesoros ricos
Buscando se afanaba; el que en el templo
De Palas solo hallaba regocijo;
El que en busca de próspera ventura
Siguió las huellas que estampó el fenicio,
Miran con odio el plácido sosiego;
Las armas buscan; el marcial ruido
Es continuo embeleso de sus almas,
No teniendo otro anhelo, ni otro ahinco,
Que el aprender la militar pericia.
Tiende la vista, soberano digno,

(1) No habiendo en Buenos Aires sino un pequeño resto de tropas veteranas, era necesario reducir el vecindario á cuerpos militares. Esto lo emprendió el General por medio de enérgicas proclamas, con tan feliz suceso, que en pocos dias logró ver un ejército, y por momentos hacía progresos en la táctica y disciplicina.

Honra este suelo por momentos pocos;
Ve allí acampado cabe el ancho río
Ese ejército grande; vé la veste
Militar que los orna; vé el crecido
Número de estandartes y banderas;
Vé cual se puebla de ordenados tiros
El aura conmovida; cual varían
Diestramente sus puestos al sonido
Del clarín y atambor. ¿Que tropa es esta?
Preguntarás, monarca muy benigno.
Oh! ínclito Señor, esta no es tropa,
Buenos Aires os muestra allí sus hijos:
Allí está el labrador, allí el letrado,
El comerciante, el artesano, el niño,
El moreno y el pardo; aquestos solos,
Ese ejército forman tan lucido;
Todo es obra Señor de un sacro fuego
Que del trémulo anciano al parvulillo,
Corriendo en torno vuestro, pueblo todo
Lo ha en ejército heroico convertido.
  Esta llama feliz la ha fomentado
Vuestro vasallo fiel, vuestro caudillo,
El ilustre Liniers. En su presencia
Se ve á Marte en los pechos argentinos.
Este marcial furor irresistible,
Auxiliado, Señor, del alto empíreo,
Ligará ya con eternal cadena,
A vuestro excelso trono, estos dominios.
Mas, ¿qué súbito trueno me horroriza?
¿Quién allá con horrísonos bramidos

Conturba toda la mansión del Orco?
¿Qué fantasma es aquel? ¿O que vestigio?
Alecto... Alecto...el pavoroso monstruo,
De Plutón y la noche producido,
Levanta su cabeza de culebras,
Crinada con horror; el lago Estígio,
Con ondas espumosas se embrvaece;
El Cerbero, con hórridos ladridos
Hace templar el Erebo profundo:
Así el pavor en torno del abismo,
Súbito esparce el iracundo monstruo,
Al ver la capital, al ver sus hijos,
Al ver sus habitantes que resisten
Con guerrero poder sus maleficios.
¿Será posible, brama, ardiendo en ira,
Que solo en este pueblo mi dominio
Hollado he de mirar? Yo que á Britania
Armé contra él? ¿Que la hayan abatido
Podré sufrir? Si miro indiferente
Esta victoria y los preparativos
Que le concilian eternal sosiego,
¿No se verá ultrajado el poder mio?
Si el británico orgullo así se abate,
¿Quién podrá hacer valer ya mi designio
De ejercitar mi saña entre los hombres,
Turbando el mundo nuevo y el antiguo?
No, no es posible; emprenderé de nuevo
Rendir á mi furor el argentino.
El tartáreo monstruo se resuelve
A valerse otra vez del atrevido

Bretón; su cuerpo sanguinoso arrastra
Por entre breñas y escarpados riscos,
Y llega á Albión; allí distintas formas
Toma á la vez, apura el artificio
De su pecho infernal, y así enfurecen
Al ánglico guerrero sus bramidos:
«¿Qué? el trono ilustre de la Gran Bretaña,
El templo de una gloria, en tantos siglos
Buscada entre la sangre y la fatiga,
Verá enlutada con un velo indigno?
Una porción de meros habitantes,
De Belona en el arte aún no instruidos,
Borrará impunemente tanta gloria?
Una nación que ha visto hasta el Olimpo
Encumbrado su nombre ¿sufrir puede
Ser burlada de míseros vecinos?
Vosotros sois los célebres britanos
Que os gloriais de haber solos resistido
De Napoleón al soberano esfuerzo?
Vosotros sois aquellos que habeis dicho
A la faz de la Europa, que un britano
Es bastante á rendir cuatro argentinos?
¿Qué se ha hecho, pues, vuestro marcial aliento?
¿Donde está que no os veo enfurecidos
La venganza llevar á aquellos mares?
¿Cómo olvidais el nombre esclarecido
Que Malborough os dió? Los paises cultos
Que dirán de Britania?» Más no dijo:
Contra la Capital clama la plebe,
El comercio, el gobierno hacen lo mismo;

Se alegra el monstruo del feliz suceso
Y raudo baja al infernal Cocito.
Retumba todo el hórrido Aqueronte
Al tronar de su voz; hienden sus silvos
Toda el aura letal; llama á la muerte.
Al oir la muerte el trueno repetido,
Rápida sube en su tremendo carro
Que al monstruo guerra ordena conducirlo.
Esta con rojo azote, abruma, agita
Los rabiosos caballos denegridos,
Y el carro guía á do el bretón navega.
Los bajeles de Albión el cristalino
Océano hienden y espumosa senda
Patente dejan por doquier han ido.
He ahí que abordan la marcial ribera
Y un bosque forman sobre el ancho río.
Aqueste amago el español aliento
De ningún modo abate; endurecidos
A la tierna impresión que ante su vista
Tristes cuadros presenta, nuevos bríos
Sus ánimos recobran; con faz leda
A Marte esperan, pues lo ven propicio.
Viendo el ánglico jefe la ensenada
Ofrecerle sus playas sin peligro,
Las llena diestro con sus vastas haces
Y las pone ordenadas en camino.
Esta noticia, rápida volando,
Por el pueblo discurre, y ya el caudillo
A las armas lo llama; en el momento,
Por todas calles número infinito

De ilustre juventud á los cuarteles
Correr se vé, llevando tras su brío,
Tras su heroico valor, tras su entusiasmo,
Al natural, al cuarterón y al hijo
Del tostado habitante de Etiopía.
Entre la muchedumbre, el jefe mismo
La bandera tremola, y con semblante
De una alma generosa solo digno,
Anima y dice que se acerca el anglo
Por la segunda vez á ser vencido.
No de otra suerte el general hispano
Discurre las legiones expresivo,
Que cuando el Ganges caudaloso corre
Y va tomando de los siete ríos
El tributo que plácidos le rinden.
¡Tierno eco de la sangre! ¿Quien deshizo
Al tiempo de esta alarma tus impulsos,
Que jamás aun el héroe ha resistido
Cuando á la guerra y á la muerte marcha?
¡Almas sensibles! ¡Corazones pios!
El pasmo perdonad que me enajena
Al pensar en tan alto patriotismo.
La tierna madre en su regazo oprime
Y baña con sus lágrimas al hijo
Que huye sus brazos y á la lid escapa;
La esposa, el corazón más afligido
A su consorte ofrece, en los momentos
Que lo roba el honor al atractivo
De su plácido seno; el tierno infante
Sus brazos cruza, que la vez de grillos

Hacen del padre, en las rodillas caras,
Y se deshace en lúgubres gemidos:
Asi el hijo, el consorte y aun el padre,
Sin dar estima de la sangre al grito,
Corren al duelo y á los grandes riesgos.
El dragón fuerte y el feroz marino;
El infante aguerrido, el artillero,
El castellano y diestro vizcaino,
El asturiano y cántabro invencible,
El constante gallego, el temible hijo
De Cataluña, el arribeño fuerte,
Y el andaluz; se aprestan al conflicto;
Los pardos, naturales y morenos
Pruebas dan de lealtad y patriotismo;
Vuelta triunfante ó féretro glorioso
Es del húsar (1) el único partido;
El labrador y fiel carabinero
Y el cazador, no tardan en su auxilio:
Prepárase también ¡oh Buenos Aires!
El bélico furor de tus patricios,
Y á la lid se disponen: ya están prontas
Las falanges guerreras: ¡cuanto brío
Y alegría presentan! Ya la marcha (2).
Ordena el atambor. Al enemigo
Con ansias todos de encontrarlo, corren,
Y á vencer ó morir comprometidos,

(1) Esta vos abrasa los tres escuadrones de Pueyrredon, Vivas y Nuñez, y el de Migueletes.

(2) Ordenadas las tropas despues de la alarma del 10 de Julio, dispuso el Sr. General que marchasen á sostener el paso de la puente de Galvez, en el Riachuelo, distante al Sur de la plaza 3/4 de legua.

De sus padres tras sí los votos llevan.
¡Pasmosa intrepidez! ¡Que vaticinio
Ofreciste tan próspero á la patria!
¡Oh!, cual mudaste ante los ojos mios
La palidez de las matronas indas,
Haciendo arder sus rostros amarillos
La llama que en sus ánimos prendiste!
«Andad, varones, no faltó quien dijo,
De esta gran capital habitadores:
Ledos marchad, destruid ese enemigo,
Que viene á degollar á vuestras hijas,
Vuestras esposas, vuestros tiernos niños,
Y todo lo que hasta hoy formó el objeto
De vuestro amor y paternal cariño.
Adiós nuestra esperanza, adiós campeones,
Triunfadores volved esclarecidos.»
Así por entre armónicas sonatas,
A cuyo son marchaba el argentino,
Se oyeron resonar aquestos rasgos
De algunas heroínas, y festivos
Respondían con vivas los guerreros.
Así á otras también, cual torbellino,
El varonil ejemplo las rebata
Y de farda marcial con muy prolijo
Cuidado se ornan, y despues de armadas,
Abandonan su hogar para seguirlos.
Mientras el pueblo nuestras tropas dejan,
El britano Crawfurd (1) se avanza altivo

(1) El Coronel Crawfurd que comandaba la primera columna que divisó nuestra línea y pasó hasta el Miserere.

Dando prisa y fervor á su columna.
Con laurel, que aun no tiene conseguido,
Coronado se juzga; ya en batalla
Los hispanos lo esperan; ¡con que ahinco,
Con que impaciencia anhelan se decida
La suerte de sus armas, convencidos
De su alto esfuerzo y su sagrada causa!
Pero Crawfurd se asombra; ha distinguido
La línea formidable que la entrada
Por la puente le impide; observa activo
La inmensa artillería que arrasarlo
Pavorosa le amaga, y advertido
De sus guerreros, el consejo escucha
Que no admite la acción; toma el camino
Que al paso de la Esquina recto guía (1)
Y sin óbice á puestos escogidos (2)
Sus batallones pasa. El jefe hispano,
Destaca una legión para batirlos. (3)
Hácele ver el célebre momento
De alcanzar un renombre distinguido,
De hacer patente la verdad cantada
Que el río de la Plata, el cristalino
Tributo paga á heroicos moradores.
Muestra á cada uno todo el regocijo

(1) Distante al Sudoeste de la plaza una legua y media, donde no había guarnición.

(2) A los Corrales de Miserere, llanura distante al Oeste cerca de media legua.

(3) La brigada del señor coronel del ejército don Bernardo de Velazco, compuesta del batallón de vizcainos, del de arribeños, de poco más de una compañía de veteranos, de cuatro compañías de Miñones; y la brigada del señor coronel Elio, que constaba del batallón de gallegos, etc.

De que se halla animado: á la cabeza
De la legión se pone, y hace el signo
De partir velozmente á la batalla.
Rompen las cajas con marcial ruido;
La legión se desprende de su estanza,
Y rauda marcha, con el rostro mismo
Con que otro tiempo, á encantador recreo.
No la sed ni el cansancio apaga el brío
De sus pechos fervientes: todo afrontan,
Todo afrontar nos hace el patriotismo.
Habían apenas el muy luengo espacio
Nuestros bravos guerreros ya vencido,
Cuando vén á lo lejos parda nube
De polvareda alzarse: ¡el enemigo!
¡Al arma! ¡al arma! por las tropas se oye,
Y á la par que él avanza, crece el grito
Y en mejor orden de ponerse tratan.
¿Quién Calíope sacra, al pecho mío
Podrá inspirar arrebatante fuego,
Para que cante con lenguaje digno
La primera expansión de nuestras fuerzas
Que al anglicano trastornó designios
En que afianzaba su importante empresa?
¿Quién sinó tú podrá, que al vate Argivo
Enseñaste otro tiempo las hazañas
Y los lances con que los muros Ilios
Las armas griegas de pavor llenaron?
Sí, sacra dea, bajo tus auspicios
Voy á cantar aquel primer encuentro
De los fuegos britanos y argentinos.

Luego que el gran Liniers vió ya acercarse
El batallón contrario á su recinto,
Preparada la línea con presteza,
Ordena al artillero dar principio.
Súbito truena el horroroso bronce
Y arrasa y mata el plomo despedido
Cuanto el furor de su carrera encuentra,
Cual suele el aquilón, con fiero silvo,
Arremeter los más robustos robles,
Arrancarlos de raíz embravecidos
Y esparcirlos con rabia por los aires
Envueltos en violentos torbellinos
Y el aura obscurecer con negro polvo:
Con furor el cañón aun más activo,
Obscurece, retumba, tala, quema,
Y todo lo reduce al trance mismo
Que si aquellos guerreros en el caos
Se hallaran de repente sumergidos.
A estrago tan tremendo seguir se oye
Un tristísimo y lúgubre alarido
De las míseras víctimas que yacen;
Y del espanto y del horror transidos,
Los tímidos bretones, ya la espalda
Principiaron á dar al enemigo,
Cuando sus líneas reforzadas miran:
Reanima su saña el nuevo auxilio,
Y se aferran de nuevo en el combate.
  Sostiene con ardor, el argentino,
Esta abrumante carga; triunfo solo,
Triunfo glorioso anhela embravecido,

Cual si mortal no fuera. Pero Jove,
Que los bienes, por medios no sabidos,
Dispensa al hombre aun más de lo que aspira
Cuando de ellos su esfuerzo se hace digno,
Preparaba de gloria mas tesoros,
Con que este suelo fuese enriquecido,
De esta corona en su supremo seno
Participaban otros dignos hijos,
Y este decreto de cumplirse había.
Así fué que un espanto repentino
Discurre toda la legión hispana,
Al ver la saña con que enfurecido
La carga el Anglicano. Ya el desorden
Entra en la línea, mas, aquí el caüdillo
Apura los enérgicos recursos
De su denuedo y celo, pero altivo
Avanza más y más innúmero hoste,
Y le es forzoso abandonar el sitio,
No siendo ya posible sostenerlo.
Aquel en torno queda poseído
De las armas de Albión, gimiendo todo
Bajo el más sanguinoso poderío.
Vosotros Faunos y Dríadas bellas
De esta triste verdad me sois testigos,
Vosotros visteis á las dueñas indas,
Al temblón viejo, al miserando niño,
Y al cautivo infelice, mil querellas
De lo íntimo lanzar al alto Olimpo,
Al verse todos en el trance duro
De sufrir el extremo sacrificio;

Vosotros visteis á los dignos héroes
De la inmortal Albión, envilecidos
Con el estupro, asesinato y robo;
Vosotros visteis más...¿pero, qué digo?
No quisisteis ver más, no amansillaron
Vuestros célicos ojos tantos vicios;
Vosotros huisteis á lo más espeso
De vuestros esmaltados domicilios,
Llevando de aquel campo la alegría
Y dejándolo en lloro sumergido.
El padre Febo, que mirado había
El encuentro feróz, despavorido
Sus cabellos agita y se sepulta
En las ondas del golfo cristalino.
Lanza entonces la noche al rubio día
Y el globo entolda con su manto umbrío,
Entrónase el pavor y aterra á todos,
Pues no se alcanzan los decretos divos.
Cree la plebe que torna el malhadado
Momento de arrastrar los duros grillos,
Que aun acababa de romperles Jove.
En este trance doloroso vino
A dar nervio á las almas abatidas
La briosa legión (1) que había asistido
Allá en el puente do á pasar venía
Una gruesa falange de enemigos.
Sobre las alas del espanto vuela

(1) La brigada del señor coronel del ejército don César Balbiani, compuesta de dragones, patricios, marineros, cántabros, húsares de Pueyrredón, migueletes del Cabildo, y la compañía de Terrada.

El infausto rumor: todo es perdido,
Refiere alguna lengua asaz medrosa;
Mas, los campeones de laurel amigos,
No hacen alto en lo infausto, solo atienden
Al destrozo sangriento que han sufrido
Las británicas huestes; aun es tiempo,
Se oye que dicen, de poder destruirlos.
Este vivo entusiasmo, esta energía,
Vigorizan de nuevo al argentino
Y ánsias le inspira de perder su aliento
Contra el tirano, el sanguinario inícuo
Y agresor crudo de sus pátrios lares.
Recibe á esta sazón Balbiani oficio,
Con orden que las tropas de su mando
Traiga á la plaza, abandonando el sitio,
Que llorosa la patria las llamaba,
Cifrando en ellas su potente abrigo.
No pierde instantes su celoso esfuerzo:
Los subalternos llama, y persuasivo,
El atrevido empeño les propone
De entrar en el momento al centro mismo,
Que el pueblo en riesgo... De consuno, todos
La palabra le embargan y al partido
De defender la plaza se deciden,
Entrando á todo trance; aqueste aviso,
A los bravos soldados nueva llama
En sus pechos enciende enardecidos,
A pesar de las sombras pavorosas,
Esparcidas por todos los caminos,
Do podría repente sorprenderlos

El isleño insidioso, sin ser visto.
Tan íntimo es el interés que toman
En dar al duelo patrio un pronto alivio,
Que aquestos riesgos con valor desprecian
Y se meten en ellos vengativos,
Pisan serenos el terror y espanto,
Y penetran al centro reunidos.
A favor de las sombras, los bretones
Su fatiga reparan. No esto mismo
Los argentinos hacen; todos ellos
De un furor se revisten infinito;
La defensa meditan; nada excusan
Que conduzca á este fin. Con claros brillos
Rutila apenas de Titón la esposa,
Cuando se une al Alcázar gran gentío
A guarnecer los muros y las bocas
De fuego preparadas, y un contínuo
Tumulto armado hacia la plaza corre.
A sus entradas, con fervor prolijo,
Los mayores cañones se colocan:
No así el lago Lerneo defendido
Se vió otro tiempo del dragón cruento
Que á toda la comarca el exterminio
Llevaba en sus flamígeras cabezas,
En su atroz garra, en su hálito nocivo,
Como el fuerte y la plaza Bonaerense
Lo están con los volcanes destructivos
De tanto hórrido bronce. En pos de aquesto,
La altura toman de los edificios
Situados en las calles principales,

El resto todo, y los esclavos mismos,
Que no sin parte en entusiasmo tanto
Con fervor piden armas al Cabildo,
El bretón aun no ataca; pero el pueblo
Arde en deseos de probar su brío:
No espera se aproxime; al anglo campo
Las partidas se van, y con mil tiros,
Ya matan centinelas, ya aprisionan
Algunos trozos, que de su distrito
Se alejan á robar. Algunos mueren:
Más su ardor no trepida. Con tal tino
Sus pequeños ataques ejecutan
Que el anglo de feroz tan presumido,
De su marcial destreza tan pagado,
No se atreve á ofrecer su cuerpo al tiro
Y, ó da la espalda, ó tímido pelea
De los cercos y casas guarecido.
Dos veces Febo sobre el horizonte
Naciente se ha hecho ver y fugitivo,
Y el argentino ejército no cesa
De llevar el terror al enemigo,
Más, ya el son horroroso se apercibe (1)
Del bélico instrumento: he ahí los tiros
Que al arma avisan: del terrible Marte
Ya el carro estrepitoso es conducido
Por el campo y las calles argentinas.
Levanta en medio el brazo vengativo

(1) La mañana del cinco de Julio se apercibió la alarma del enemigo á las seis a. m., y al momento respondió la nuestra, preparándose todos á la batalla.

La muerte descarnada: horrenda nota
En la vasta extensión de ambos partidos
A los que dará fin en la batalla.
Ya cada jefe con marcial estilo
Sus legiones inflama, que con vivas,
Responden á sus ecos persuasivos;
He ahí los anglos, el terror y espanto
Por las calles llevando: no hay peligro
Que á su ciego embestir estorbo sea.
En diversas columnas divididos,
Por todas partes sus fusiles brillan
En torno amenazando el exterminio.
Ya se acercan al centro, el centro tocan,
Ya los vé y se descubre enardecido
El hispano guerrero, y el combate
Horroroso principia. Los oidos
Estruendo solo y confusión perciben:
El humo en densas nubes de contínuo
Por todas partes sube, y de los ojos
Desaparece el día. Desprendido.
De las armas el plomo, hiere, mata,
Destroza todo, y deja en los gemidos,
En los escombros y truncados miembros,
Patentizando su letal destino.
Todo es horror lo que á la vista ofrece:
La sangre, el fuego, el humo, el estallido,
El más trágico cuadro representan.
El bronce horrendo truena: el inaudito
Estruendo entre las casas y las calles
Por ecos espaciosos repetidos,

Multiplica el pavor, el llanto, el luto.
Se enfurece el bretón con el peligro,
Y cadáveres huella y carga osado;
Pero más adelante, ó queda herido,
O víctima de su ira el alma exhala:
El despecho impele otros, y el perdido
Puesto recobran sin sentir los ayes
Del que yace en los últimos deliquios.
Más Tisiphone aquí furiosa vuela
Y empapa en sangre el hórrido cuchillo,
Una y mil veces: ya su ardor no sacia
La sangre que en las calles ha vertido,
Asciende á las alturas, y descarga
Rápidos golpes contra el argentino.
Estos, empero, al monstruo menosprecian,
Y recobrando pavorosos bríos,
Vengan con muertes mil, una tan solo
Que á su vista sufrió cercano amigo.
Ya no hay moderación: se precipitan
Y con arojo buscan el peligro;
Ya indecoroso juzgan mantenerse
En ventajosa altura, y este abrigo
Al momento abandonan. Como corren
Con ímpetu raptor los grandes rios
Al despeñarse de los altos Andes.
Que rabiosos batiendo con los riscos
Mil enormes peñascos arrebatan
Y los llevan rodando al precipicio;
Así los españoles á las calles
Se lanzan con furor, matando invictos,

O haciendo prisionero al anglicano
Que encuentran por doquier hacen camino.
El viendo inevitable su ruina,
Distintas casas gana fugitivo,
Y toma sus altas: hasta un templo (1)
Profana inícuo por buscar asilo
Y ofender de la torre al generoso
Denodado argentino, que impelido
De ardor sagrado, cabe el templo, un crudo
Combate empeña, ansioso de oprimirlo,
De allí arrancarlo, y con horrenda muerte
El insulto vengar que ha obrado impío.
Aproxima el cañón, y con destreza
Dispara rayos contra aquel asilo
Que ruinoso retiembla; del entorno
Se apodera la tropa, que sus tiros
Une á los fuegos que el cañón repite,
Cual Tifeo el jayan, de quien oimos
Que con cien brazos manejaba á un tiempo
Y lanzaba sus armas al Olimpo,
Extremeciendo el firmamento y tierra
Con su empuje potente repetido:
Tal cual uno de aquellos combatientes
Parece que de brazos infinitos
Está dotado: ¡tanta es la presteza,
Con que ataca y oprime al enemigo,
Y lo vuelve á atacar sin darle aliento!

(1) El templo de Santo Domingo, de que se apoderó la brigada del coronel Crawford, y el teniente coronel del 71, Pack, compuesta de cerca de seiscientos hombres.

El pavoroso estruendo de continuo
Lleva el terror hasta el britano oculto;
La bala con fragor los escondidos
Pechos taladra, y postra sepultados
En sangre y polvo á cuantos han subido.
Al ver león tanto que vomita estragos
El britano trepida, su exterminio
Aparece á sus ojos inminente,
O en el plomo tronante, ó en los filos
De tanta espada y bayoneta aguda.
Penetran los caudillos el peligro
Sin recurso en que están; se ven aislados,
Sin medio alguno de encontrar camino
Para ir á unirse con su resto armado:
El triste acento del soldado herido,
El moverse espantoso del que expira,
Los cadáveres muchos esparcidos
Por el suelo sagrado, son ejemplos
Que amenazan su vida ejecutivos,
Y llenan de pavor los pechos todos.
Cede al fin su constancia, el edificio
Sagrado entre las manos argentinas
Arroja de su seno el hoste inícuo
Que osado entrara su respeto hollando;
Presuroso se rinde y busca asilo
A su vida en los jefes españoles.
¡Tanta es la fama de sus pechos píos
Estos, al ver propicia á la victoria
Tender sus brazos para recibirlos,
Olvidando iras, por gozarla humanos,

De su memoria apartan el maligno
Proceder del contrario, y bien que el robo,
La matanza de ancianos infinitos,
Del bello sexo el crudo tratamiento,
Y en el santuario el crimen cometido
Castigo exigen y venganza claman;
Lo perdonan, con todo, compasivos,
Haciendo ver que en los hispanos pechos
Rencor no cabe, ni el sistema impío
Jamás se adopta de acabar al hombre
Que á la fuerza mayor se da rendido:
Tal es su proceder, pues todo el fuego
Que en sus pechos ardía en el conflicto,
En dulce solo compasión termina:
El uno dá sus brazos al herido
Y al hospital lo guía cuidadoso:
A la prisión los desarmados lleva;
Y si alguno este modo da al olvido,
Un rígido censor encuentra al punto.
Esta es la suerte y el suceso mismo
De aquellos que las casas ocuparon:
O rindieron su vida al plomo activo,
O del hispano prisionero fueron.
En este medio, en torno del Retiro (1)
Lugar do Buenos Aires otro tiempo
Muchas tardes buscara el regocijo,
Espectáculo ahora muy diverso
El crudo Marte ofrece. El atrevido

(1) Plaza al norte de la ciudad sobre la costa del río, distante un cuar to de legua.

Bretón emprende todo, y atacando
La ciudad en contorno, no este sitio
Perdona su furor: hasta allá intenta
Sanguinario llevar el exterminio;
Más, los bravos campeones que lo guardan,
Con impávido pecho, rebatirlo,
Escarmentarlo juran: empeñados
En hacerles sentir el poderío
Eterno de las armas españolas,
Armas que ha el mundo militar temido.
Temblad, temblad, injustos invasores;
Llegado ha el triste día, en que al abismo
Rodará despeñado vuestro orgullo.
Ellos se avanzan contra aquel recinto
Y en ráfagas de fuego todo inflaman,
Bien así como airado el monstruo Licio
Contra el joven Isthmiaco, arrojaba
Una vez y otra su hálito encendido,
Y mil lances variando carnicero,
Medio alguno no ahorraba por rendirlo;
El anglo con ataques continuados
Lanzábales de balas cruel granizo,
Y entrar tentaba por el humo espeso.
La muerte asiste á los hispanos tiros,
Y doquier ellos van, allá vuela ella;
De su guadaña ensangrentando el filo.
Crece el tesón por una y otra parte
Y arde en los pechos un volcán activo
Que á todos más y más los precipita.
En ambos bandos brilla el heroísmo,

Resplandece el valor: aquellas tropas,
Salen fuera de sí, y obran prodigios
Sus intrépidos brazos: jamás hubo
Acción más obstinada: nunca se hizo
Más acertado y más violento fuego.
¡Anglicana nación, cuantos caudillos
Ilustres te costó tan crudo choque!
Consagra á su memoria tus suspiros,
Tu llanto y tu dolor; pues ya no puede
Dar más lustre á tus armas su heroísmo.
Ellos solos pudieron á tu hueste
Animar con su ejemplo en tal conflicto,
Do á las armas hispanas toda el aura
De horror poblaban con tremendo silvo.
No amedrenta esto al valeroso Auchmuty (1)
Y armado de ira y de furor regido
Grita, embravece, enciende, precipita,
Y hollando muertos, y pisando heridos,
Lanza por fin sus irritadas tropas
En medio de la plaza. El argentino
Ve con dolor que á su robusto brazo
Un acaso fatal, con no indeciso
Impulso, influye á que las armas suelte
Y las rinda al bretón; más, su inaudito
Valor luchando con la adversa suerte,
Emprende hacia la plaza hallar camino.
Esto no es ya posible: todo en torno
Retemblar hacen los contrarios tiros:

(1) Sir Samuel Auchmuty, brigadier inglés, conquistador de Montevideo, que mandaba la columna de dos mil quinientos hombres que atacó este puerto.

Todo lo ocupa la legión britana;
Gime en tal desventura y cede invicto
Al suelo el peso honroso de sus armas.
¿Qué alma sensible habrá que aqueste sitio
No riegue con sus lágrimas? ¿Qué duro
Pecho hallarse podrá que conmovido
De dolor no se encuentre, cuando traiga
A la memoria los varones dignos
Que vertieron su sangre en la defensa,
En la heroica defensa del Retiro?
¡Oh sacras almas! ¡sobrehumanos héroes!
La gloria recogió vuestros suspiros
En su seno inmortal: en su almo templo
Colocó vuestro nombre: allí esculpido
Durará para honor de España toda;
La capital á sus futuros hijos
Lo enseñará exaltada, y vuestros hechos
Servirán á más gloria de incentivo:
Sí, varones ilustres, vuestros días
De los hijos de Albión fueron castigo;
Pero muy más allá vuestro denuedo
Durará todavía, aunque el sombrío
Sepulcro dé reposo á vuestras dignas
Y gloriosas cenizas: allí activo
Arderá siempre el fuego, el sacro fuego
Que abrazó vuestras almas: allí al niño
Sus padres llevarán, y electrizados
Le dirán: aquí posa el heroísmo.
Al tierno pecho pasará la llama
Que alimentó los vuestros, y principio

Tendrá allí su valor: he ahí los frutos
Que dareis á la patria: he ahí los hijos
Que á la patria darán vuestras cenizas
Y vosotros, ¡oh! monstruos que el abismo
Abortó para oprobio de los hombres:
Venid, venid un rato hasta el Retiro
Y observad un momento el cuadro horrendo
Que allí trazó vuestro furor inícuo.
Allí la sangre de mil dignos héroes
Hervirá al presentaros: mil castigos
Y mil venganzas demandando al cielo
Contra vosotros, que sin dar oidos
Al clamor de ya inermes prisioneros,
Vuestras almas habeis envilecido
Quitándoles la vida. Oh culta Europa,
¡Cuanto tu gloria abate el alto abrigo
Que halla en tu seno esta nación cruenta!
Entretanto que solo este recinto
Pávulo daba á la altivez britana,
El pueblo vencedor lleno de brío
Corría por las calles con la idea
De añadir á su triunfo el sacrificio
De todo cuanto inglés su suelo hollaba,
Sin estar muerto, ó sin estar rendido.
  Por doquier paso con la fuerza se abren,
Y rompen puertas fulminando excidios:
Aquí trucidan al que no se rinde,
Allí dan suave ley al más sumiso;
El falso isleño muchas veces trata
De fascinarlos con el artificio

De falsa rendición: se acercan ellos,
Y de perfídia con atroz ludibrio,
Envueltos cáen en generosa sangre;
Más, de ardimiento súbito impelidos,
Los compañeros la venganza emprenden,
Y de sus armas los agudos filos
Alfombras largas á su planta esparcen
De ruinas y de miembros divididos.
No el sacro rio espectador indemne
Es de choque tan crudo: en recios pinos
Aborda el anglo la anhelada playa,
Y asestando sus fuegos vengativo,
Talar amaga fortaleza y templos:
Responde aquella con tesón seguido,
Y entrambos puestos, lenguas de la muerte,
La difunden en torno, en fiero silvo:
Las Náyades se aterran, y medrosas
Al rededor del venerando rio
Le piden las socorra en pena tanta;
Tierno las oye, y con fervor divino
Al grande Jove aquesta prez dirige:
« Oh Padre Eterno, á cuyo poderio
Los cielos obedecen y la tierra,
Mirad de vuestro asiento este enemigo
Que atropella las leyes más sagradas,
De vil codicia el hálito nocivo
Solamente los mueve, el cruel sistema
De exterminar al que odia sus caprichos
Es el deber que su razón conoce.
Así al colmo llevando sus delitos,

No satisfechos con haber violado
Los templos vuestros, del respeto asilo,
Mi espalda oprime con navales fuegos,
Y al pueblo ataca (empeño prohibido).
Terminad pues aquí, Dios soberano,
Terminad hoy el ejemplar castigo
Que comenzasteis en el campo y calles.
Oyólo el gran Ser, y al punto mismo
La pérdida decreta del britano.
El real fuerte en un globo despedido
Introduce el desorden en las naves:
Ya sosobrar se veian, cuando activas
Los anglos las retiran, escarmiento
Llevando en premio de su empeño inícuo.
Ventura tan contínua, á los hispanos
Sirve á esfuerzos mayores de incentivo,
Y arremeten briosos las relíquias
Que doblar su cerviz aun no han querido:
Todo llena de estragos; más, su furia
La contiene prudente el gran caudillo:
Este varón que nos condujo el cielo
Para el bien de la patria, concebido
Había una árdua empresa, á cuyo alcance
No llegara el soldado ni el vecino
El veia cuanta sangre ya vertiera
Mucha parte del pueblo, los gemidos
Su compasivo espíritu escuchaba
De tanta viuda y pobre huerfanillo,
Relíquias tristes de la infausta guerra.
De allí pasando al anchuroso rio

En raudo vuelo hasta Montevideo,
Sus habitantes ve que allí afligidos
Arrastran bajo el ánglico gobierno
Del cautiverio los pesados grillos.
Si á estos libertar glorioso aspira,
De la sangre preciosa de sus hijos
Acrece la efusión que ahorrar quisiera,
Pues ejército nuevo le es preciso
Ordenar, que conduzca á aquella plaza
La lid llevando ante sus muros mismos.
Tal catástrofe pues, ¿cómo evitarla,
Y romper las cadenas del cautivo
Montevideano pueblo? ¿Tanta gloria
Realizarse podrá? Su pecho invicto
No trepida un momento: en su alta mente
La sangre expersa de los argentinos
Vale otro tanto que esta gloria vale.
«No quiero, dice, acrecentar el rio
De ese coral que sobretodo aprecio,
Y en estas calles con dolor aun miro:
No quiero no, que nazca allá otro alguno
En la banda oriental, do de contínuo
Sus palmas tiende á nos Montevideo:
Para esto lo hecho basta: yo os lo digo.
Las pequeñas reliquias que aun existen
De la falange que nos ha invadido,
Sé que están prontas á humillar su frente
Al ver de nuestras armas cerca el filo;
Más, aspiremos á mayor empresa:
Todo su estrago Whitelocke ha visto:

El comanda no solo estas legiones,
Sujeta está tambien á su dominio
La misma fortaleza San Felipe;
Servir hagamos su fatal destino
Aquí de paz; allí de reconquista.
Si aun permanece en tanto grado altivo,
Que aquestas condiciones me deseche,
Víctima entonces de vuestro heroismo
Perezca con sus tropas en el suelo
Que arrasar intentó sangriento, impío ».
Como cuando Minas el Euro rompe,
Llevando la iniquidad al mar tranquilo,
Y este se encrespa y su cerviz levanta,
Crinada con undosos remolinos,
Lo vuelven á embestir contrarios vientos,
Y ondas y espumas y horrorosos silvos,
Y espesas nubes y tronante esfera,
Y rayos, aguaceros y granizos
El reino de Neptuno averno lo hacen:
Este al ver tan turbado su dominio,
Majestuoso se eleva, increpa al Euro,
Y con su voz y su tridente divo
Aplaca el mar, y las sonantes ondas,
Cediendo todo á su poder. Lo mismo
Obrar se vieron en el pueblo bravo
Las sublimes palabras del caudillo
Resonando á su entorno alegres vivas:
Tanto es amado, tanto obedecido!
Escribe al punto en un oficio breve
Lo que su labio á los soldados dijo;

Enérgico demuestra el cruel estado
De las armas britanas; pinta al vivo
La bárbara matanza que hará el pueblo
Lleno de ira y furor en cuanto sitio
El ánglico estandarte orlando encuentre.
Más, si esto Whitelocke quiere impedirlo,
Logrando aun la ventaja de que tornen
Los anglos prisioneros al servicio,
Entregue á su legítimo monarca
A San Felipe y todo su distrito;
Devolviendo á la patria los hispanos
Que en la lid anterior fueron cautivos.
Andaba á la sazón investigando
Su estado el General: llega al Retiro,
Y reconoce á un oficial britano
Que le llevara el expresado oficio.
Corre su vista las infaustas líneas;
Obumbrase su mente, y aturdido
Señala un plazo para dar respuesta.
¡Que Ariadne aquí le enseñará algún hilo
Para que encuentre la mejor salida
De este cruel y espantoso laberinto!
Piensa, medita, se aconseja en vano,
Todo, todo concurre á confundirlo.
Acude á las deidades, les suplica
Que le libren del grande precipicio
Que su vida y sus tropas amenaza.
En este trance llega á aquel recinto
Un soldado jovial, rugoso y cano,
Muy moderado y de unos ojos vivos:

En un báculo fuerte el cuerpo afianza
Y una antorcha lumbrosa trae consigo.
Conoce Whitelocke que es el consejo,
Y llamándolo al punto así le dijo:
«¿Qué causa aquí ¡oh anciano respetable!
Te ha traido en medio de tan cruel bullicio?»
«Poderoso anglicano, le responde;
He visto tu derrota: el exterminio
Por todas partes circundarte veo,
Y á librarte tan solo aquí he venido;
Tú estás rodeado de habitantes fuertes:
La envidia los pintó con coloridos
Que impidieron brillasen á tus ojos
Su lealtad, su valor y su heroismo.
Iluso tu probaste las desgracias
De tanto esfuerzo efecto muy preciso.
Dos puestos (1) sólo fuera de éste ocupan
Las tropas tuyas, que el atroz conflicto,
O lo evitaron, ó de entre él huyeron;
Más, os es imposible el mútuo auxilio,
Segun distais los unos de los otros,
Y corto ataque bastará á rendiros:
De un modo solo evitarás tu ruina,
Y ahorrarás á tu tropa el sacrificio:
Y es, que accedas sumiso á las propuestas
Que te dirije el español invicto.
Yo he visto ya la parte más preciosa
De tu ejército en número crecido
Por las calles tendida: á los contrarios

(1) Los corrales del Miserere, y el templo y salas de la Residencia, distante 10 cuadras de la plaza mayor hacia el Sur.

He visto aprisionando á tus caudillos
De mayor graduación: yo tus guerreros
Medrosos ví, postrándose cautivos
Bajo los pies del victorioso hispano.
¿Qué esperas pues? Mavorte al argentino
Yo ví que daba sobrehumano aliento».
Tal es el tono con que al abatido
Whitelocke, el consejo desengaña:
¡Qué tristes aflicciones! ¡Qué martirio
Su corazón penetra! Llama á Gower,
Y lleno de dolor, así le dijo:
«*Guerra importuna hacemos con varones*
Del poder de los dioses revestidos;
Varones invencibles, cuyo esfuerzo
No sucumbe á la guerra: cuyo brío,
Aun subyugados, los mantiene en arma.
Ya tú echarás de ver que hemos perdido
La presente batalla; todo, todo,
Ah! dulce amigo en esta acción perdimos.
Fuerza es hoy que entreguemos San Felipe
Y la Colonia á su monarca antiguo.
Parte, Gower querido; al pueblo parte,
Y dile al gran Liniers que me ha vencido;
Que le cedo el laurel con que venía
A coronar mis sienes. Parte, amigo,
Parte y busca tan solo las ventajas
Que más convengan al que está rendido».
Este parte y concluye los tratados,
Que Liniers y Balbiani, por escrito,
Velazco y Whitelocke y Murray juran.

Cual si la noche con su manto umbrío
Sepulta en triste caos á los mortales,
Y la natura sus veloces giros
Apenada detiene, confundida
Su divina belleza en negro abismo,
Alza la luna su lumbrosa frente,
El cielo baña con hermosos brillos,
Y la enlutada humanidad respira
Al ver el horizonte, el valle, el rio,
Y el monte erguido, apareciendo todo
De la llama argentada embellecido:
Así, concluido ya el feliz tratado,
La victoria se esparce en el distrito
De la gran capital: triunfante vuelca
El carro de la muerte; al lago Estígio
Cáe despeñado el monstruo de la guerra;
Al feroz golpe en grandes remolinos
Se ensoberbece el lago, y queda el monstruo
En el báratro umbroso sumergido.
En este dulce instante alegres todos
Victoria! exclaman, al bretón vencimos:
Esta voz se difunde, y por las calles
Se oye: ¡victoria! repetir á gritos.
De metales armónico concento
En los templos resuena, fiel indicio
Del éxito feliz de nuestras armas.
Cesó ya el son del parche; los oidos
Perciben solo vítores gozosos,
Solo placer, contento y regocijo.
¡Oh heroico jefe de mi patria amada,

Corónete el laurel que te es debido
Por la segunda vez; goza felice
De un triunfo que, tu nombre hasta el Olimpo
Levantará para inmortal memoria.
A tí te ha visto de la Plata el rio
Parte hacer del estrago, que en el Sena
Napoleón á Britania ha prometido:
En su mente imperial acción de estima.
Ya el grande Carlos nuevos distintivos
Prepara en premio de tu afán y celo,
El, ya sin duda, partirá contigo
El gobierno y sostén de estas provincias
Que llenas de contento, al presentirlo,
Se dan el parabien de tal ventura.
Capital bella, que tan gran caudillo
Tener lograste, erige monumentos
Que su gloria recuerden á tus hijos,
Que aprendan á decir con lengua tierna:
¡Viva el héroe Liniers! ¡viva el invicto,
Antiguo general de nuestros padres!
¡Salve, Cabildo ilustre; salve, eximio
Congreso de patrióticos varones!
¡Que copioso raudal de beneficios
En vos hallamos! Vuestro celo exige
Eterna gratitud de los vecinos
De este gran pueblo. Salve dulce patria,
Morada del valor, del heroismo.
¡Salve; terror del anglo, honor de Iberia,
Modelo de lealtad, espejo fino
De amor á Carlos y su culto sacro!

¡Compatriotas felices, hijos dignos
De la gran Buenos Aires, ya resuelto
Ha quedado el problema; ya corrido
El velo está, con que la negra envidia
Procuraba inspirar á los amigos
De vuestra gloria, indigna desconfianza,
Atribuyendo á pompa el ejercicio
Frecuente de las armas, y el plan todo
Que en soldados tornara á los vecinos.
¡Oh, cual vengasteis esta insánia horrenda!
¡Cuan dignamente habeis correspondido
Al concepto supremo que otras gentes
Formaran de vosotros! Vuestro brio,
Vuestro valor y militar denuedo
De un mortal, inminente parasismo
La América han librado. ¡Oh defensores
Ilustres del Perú! ¡Oh esclarecidos
Restauradores de Montevideo!
¡Oh vosotros iberos, oh argentinos,
Que de Roma y Cartago sois afrenta;
Que habeis gloriosamente competido
Con los Córdobas, Ponces y Bazanes!
Yo más admiro vuestro triunfo digno
Al ver que Febo, el rutilante carro
Aun no paseara por los doce signos
Desde que al monstruo de la guerra vierais
Por la primera vez el rostro inícuo,
Cuando vuestro valor llegó al estado
De hollar legiones y rendir caudillos
En el bélico afán ejercitados.

Yo, legiones patrióticas, admiro,
Recordando las haces y la flota
Que cubrian la faz del campo y rio,
No tanto nuestra patria defendida,
Cuanto haberles ganado en un conflicto,
En un solo conflicto, dos ciudades,
Y haber de esta manera sostenido
Todo el gran continente americano.
A vuestros pies, monarca el más benigno,
Nuestro jefe se postra, y vuestro pueblo,
De la efusión más tierna conmovidos,
Implorándoos sumisos la alta gracia
De que grato admitais estos servicios.
Ellos la prueba son del alto esfuerzo
Con que ha intentado su filial cariño
Haceros ver que morirán primero
Que su gobierno abandonar nativo.
Y vosotras ¡oh sombras generosas,
Compatriótas sagrados, que perdidos
En el choque fatal contínuo lloro,
Si aqueste canto desde el alto empíreo
Os dignáreis oir, recibid gratos
Las lágrimas que vierto enternecido.
¡Oh, cómo pintaré cuanto conmueve
Vuestra memoria al triste pecho mio!
¡Memoria, oh cruel memoria! ¿Qué me muestras?
El suelo de mi pátria enrojecido
Con la sangre de tantos que otro tiempo
Su corazón ligaron con el mio,
Llamándome su amigo. ¡Ay, compañeros!

¡Ay, defensores que robó el conflicto!
La madre triste, la angustiada esposa,
El infante pequeño en sus gemidos,
En su luto funesto y lloro amargo,
Diciendo están, que de la sangre el grito
Habeis desatendido por la pátria.
Si, manes respetables, del impío
Habitador de la isla vuestra sangre
Logró verter el bárbaro cuchillo;
Pero no os quitará el eterno lauro
Que muerte tan honrosa os ha adquirido.
Vosotros sois los ínclitos campeones
Que llorará la pátria largos siglos.
Ella al orbe dirá vuestras hazañas,
Haciendo vuestro nombre esclarecido.
Y aun más que todo ¡oh almas venturosas!
Colocadas allá sobre el empíreo
En brazos de eternal contentamiento,
Recompensa halló ya vuestro heroismo,
Y pues morando estais cabe el Eterno,
Pedidle fervorosas de contínuo
Que su brazo sostenga nuestro esfuerzo,
Nuestra constancia, nuestro celo y brio,
Para que el anglo en cuanta lid intente
Humille su cerviz al argentino.

AL SR. D. ANTONIO BALCARCE

CORONEL DE LOS REALES EJÉRCITOS, MAYOR GENERAL Y VOCAL DE LA JUNTA DE LA COMISIÓN DEL EJÉRCITO AUXILIADOR: EL SECRETARIO DE LA MISMA JUNTA POR

LA VICTORIA DE SUIPACHA *

ODA

Gloria al grande Balcarce; eterna gloria
A su legión guerrera,
Que enrrojeció la espada carnicera,
Con sangre de rebeldes! La memoria
De tan bravos campeones,
Tendrá por templo indianos corazones.

¡Vive, grande Balcarce: vive y sea
Suipacha monumento,
Que eternice tu honor: Suipacha asiento
Te adquirió entre los héroes, y en la idea
De todo americano,
Sois más que el griego, y el célebre romano.

---

* Fué publicada en la «Gaceta de Buenos Aires» el Jueves 27 de Diciembre de 1810, en la pag. 465. Está incluida en la Lira Argentina, ed. de 1824, en la pag. 4, sin firma,

No ha sido incluida en la Colección de Poesías Patrióticas.

En la recopilación de la Gaceta de Zinny se dice por error que esta poesía es del Secretario de la Junta, Don Manuel Belgrano.

Ninfas del rio hermoso de la Plata,
Con angélico acento,
Celebrad el denuedo y ardimiento
Del caudillo inmortal; corona grata
De oliva inmarcesible
Tejed, para la sien del invencible.

Amadores del suelo americano
Llenaos de alegría,
Pues á tiranos mil, en solo un dia,
Balcarce derrivó con fuerte mano:
En Suipacha miradlo,
Y déspotas hundiendo, celebradlo.

¡Usurpadores del Perú; rivales
Del que tiene por cuna
El suelo que os brindó con la fortuna,
El paso detened; los inmortales
Que á Suipacha guarnecen,
Si dejais el intento, paz ofrecen.

Esa legión de indianos generosos
Los aceros no esgrime
Sino en sostén del que oprimido gime.
Quebrantad esos grillos vergonzosos
De los pueblos peruanos,
Y sereis respetados como hermanos.

Más, resuena la alarma; los tiranos,
Llegan con planta osada;
Ya la auxiliar legión bien alineada,

Superior á aguerridos veteranos,
A la muerte altanera,
Enardecida, inimitable espera.

El caudillo con alma imperturbable
Los soldados ordena,
Sus corazones de entusiasmo llena,
A la voz de la patria brilla el sable,
Y sus tropas avanzan,
Y fuego y balas y metralla lanzan.

¡Que valor, que denuedo y energía,
Inspiró á sus soldados!
Como si en leones fueran transportados
Obraban todos en tan fausto dia.
Todos á par peleaban,
Y horrible estrago á par ejecutaban.

Corre toda la línea, corre y clama:
¡O muerte, á la victoria!
¡Viva la patria, y Junta provisoria!
Todo arde á acuesta voz, todo se inflama,
Y en el momento se halla,
Teñido en sangre el campo de batalla.

Más rápido que el rayo, los cañones
Empeñoso investiga;
Habla á todos, anima, incita, hostiga:
Y al tremendo avanzar de sus campeones,
Desmaya el enemigo,
Y huye á los cerros demandando abrigo.

Armas, caudales, cajas y banderas,
Todo á sus plantas queda.
No hay orgullo, ni audacia que no ceda
A su arrogante brío. Las laderas,
Los llanos y quebrados,
De trofeos do quier se ven sembrados.

¡Incomparable capital! ¡Gloriosas
Provincias, que su alianza
Con denuedo jurasteis! ¿Qué alabanza
Bastará á las virtudes generosas
De vuestros defensores,
Al hollar la cerviz de los traidores?

¿Quién podrá bosquejar esa grande alma,
Que á todos impedía,
Cuando nuestra salud se defendía?
Ceda Esparta en Termópilas la palma,
Cédala á los indianos
Que hollaron en Suipacha á los tiranos.

Y tú, bravo Balcarce, cuyo brazo
Cual rayo fulminante
Fué sostén de la patria vacilante,
Perdona el debil númen y lo escaso
Del don que te presento,
Pues no mi númen, gratitud ostento.

Inúndete el más plácido consuelo,
Pues destruiste las penas,
Los cadalsos, los grillos, las cadenas,

Que amargaban á tu pátrio suelo;
Vive siempre felice,
Que la América toda te bendice.

Mira las tumbas de la Paz; escucha
El lamentar profundo
De los que hoy son honor del nuevo mundo,
De aquellos héroes que en gloriosa lucha
Por la patria murieron
Y de un déspota cruel víctimas fueron.

Repara á Potosí; Mira á la Plata
Sus cadenas rompiendo
Y tu mano besando y bendiciendo;
Todos, en fin, con la expresión más grata,
Al nombrarte se inflaman
Y su inmortal libertador te llaman.

¡Salve pues, oh mi heroico compatriota!
¡Vive largas edades,
Y disfruta el loor que las ciudades
Te dan, al ver su servidumbre rota!
¡Salve, mi jefe amado
Pues la América toda has libertado!

MARCHA NACIONAL *

CORO

Sean eternos los laureles,
Que supimos conseguir,
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.

Oid mortales, el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad:
Oid el ruido de rotas cadenas:
Ved en trono á la noble igualdad.
Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nación
Coronada su sien de laureles,
Y á su planta rendido un león.

CORO

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos;
A su marcha todo hacen temblar,
Se conmueven del inca las tumbas,
Y en sus huesas revive el ardor,
Lo que vé renovando á sus hijos,
De la patria el antiguo esplendor.

---

* Se publicó en hoja suelta el 14 de Mayo de 1813.
Está en la Lira ed. de 1824, pag. 1, y en la Colección de Poesías Patrióticas, ed. 1827, pag. 1.

CORO

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el país se conturba por gritos
De venganza de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel;
Su estandarte sangriento levantan
Provocando á la lid más cruel.

CORO

¿No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y cual lloran, bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, llanto y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

CORO

A vosotros se atreve argentinos
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa, contando
Tantas glorias, hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A estos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

CORO

El valiente argentino á las armas
Corre ardiente con brío y valor:
El clarín de la guerra, cual trueno,
En los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se opone á la frente
De los pueblos de la ínclita Unión
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo león.

CORO

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó:
Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló.

CORO

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado á su vista el tirano
Con infamia á la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos á la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran magestad.

CORO

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite mortales oid:
Ya su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sud.
Y los libres del mundo responden:
Al gran pueblo argentino, salud.

CORO

LOA *

Con labio respetuoso
Os saludo ¡gran pueblo! y felicito
En uno de los días más ilustres
De Mayo venturoso:
En este veinticinco el más glorioso,
Día inmortal, que debe preferirse,
Con orgullo romano
Por todo verdadero americano.
Salve ¡ó gran pueblo! cuna de varones,
Que desdeñando el círculo humillante,
Dó sus padres la vida malograron,

* Se publicó en el No. 141 del *Censor* el Sábado 30 de Mayo de 1818. Está en la Colección de Poesías Patrióticas, en la pág. 123.—No está en la Lira.

Las cadenas tiránicas trozaron,
Y de América orlando los pendones,
Desde estas cercanías del Atlante
Hasta las sierras del Perú triunfaron,
En libertad poniendo
Cuantos se hallaban opresión sufriendo.

La altiva España, viendo su potencia
Cual humo disiparse,
Y espantada mirando presentarse
Un coloso fatal de independencia,
Contra cuya existencia
Siniestramente aglomerado había
Siglos de nulidad y humillaciones,
Rompe los diques de su atroz venganza,
Y el puñal en la mano
Recorre el vasto suelo americano.
¡Qué crímenes, qué incendio, qué matanza,
Aquí recuerda el alma estremecida!
¡Compatriotas amados! ah! pasemos
En silencio siquiera aqueste día
Las escenas de sangre y amargura
Que pudieran turbar nuestra alegría:
Por este día que del suelo patrio
Los esfuerzos proclama
Y su alta gloria y su brillante fama.

Despliegue su estandarte sanguinoso
Enhora buena España,
La tierra entregue á su furor y saña;

Destruya, arrase, incendie cuanto alcance,
Nada es capaz de producir temores
En los pechos de temple diamantino,
Que de la independencia el gran camino
A nuestro país abrieron.
El rio de la Plata más se exalta
Al rudo estruendo de venganza y guerra:
Y su raudal belígero internando,
Con gloria triunfa en Tucumán y Salta,
Impetuoso arrastrando
Soldados, armas, guiones, ó tambores,
Y cuanto á su ira el invasor opone:
Victorioso revuelve: en el oriente
Su poderío estalla,
Y hunde una escuadra, abate una muralla.

Estrecha cree la esfera circunscrita
A su coraje y brio:
Atrevido la ensancha: y aparece
En las llanuras del Atlante armado.
Ante la altiva Cadiz se presenta
Y sus banderas victorioso ostenta
Vigo, Ferrol, y Vera-Cruz, y Habana
Son testigos también de su osadía
Y en estos, y otros puertos descontado
Gime el comercio hóstil encadenado.

El tiránico orgullo tras los Andes
Fortalecido amaga; más ¿qué importa?
Allá dirije bélicos torrentes,

Y alzándolos entre peligros grandes
Al nivel de las cumbres eminentes,
Los deja caer con ímpetu invencible
Sobre el opuesto lado:
Los escollos arrasa con que osado
Se opone el enemigo á su carrera,
Y es nada en un momento
En que amagó á la patria en su engreimiento.

Sus ímpetus trasmite á los valientes
Hijos de Tucapel, y de Lautaro,
Y sobre Maipo con esfuerzo raro
Repiten ambos tan ilustre escena,
Con tanta mayor gloria
Cuanto más ardua ha sido la victoria.
¡Que victoria, argentinos!
Ella ha borrado en la primer batalla
De la faz de la América unas huestes,
Que audaces en España contuvieron
El vuelo de las águilas francesas:
Unas huestes que hicieron
Creer á la Europa que á su marcha sola
Cual tímidos rebaños
Llevarían delante á las legiones
Que nuestro honor y libertad defienden.
Quién les dijera que el destino traía
Regimiento tan bravo
A servir de trofeo al año octavo.

¡Patriotas! presenté á vuestra memoria
Un bosquejo ligero
De los timbres marciales que engrandecen
De nuestra patria la brillante historia.
Mas no olvideis que fueron arrancados
De en medio de los riesgos y la sangre;
¡Oh! cuantos compañeros denodados
En la flor de sus días perecieron
Por darnos la alegria
De que tanto gozamos este día.

¡Oh! ¡quién tus vidas preservar pudiera!
Más ya que no es posible
Libertarlos del hado y de la muerte,
Sus nombres arranquemos al olvido;
Vivan contínuo en nuestros gratos pechos,
Y de estímulo sirvan, que nos hagan
Contestar al tesón de los tiranos.
Juremos por sus nombres respetables.
Que vivirá la patria independiente
Mientras la sangre en nuestras venas corra,
O toda derramada
Antes será que verla subyugada.

Supremo Director que en tanto acierto
La nave del estado engalanada
Dirijes hácia el puerto:
Patricios todos que á la grande causa
Con las armas servís, con el talento,
O de vuestros sudores con el fruto!

Confirmad el terrible juramento
Que á la presencia de los santos manes
De tantos compatriotas generosos
En vuestro nombre pronunciar he osado.
Vosotras madres que os hallais presentes,
Vosotras todas, bellas argentinas,
De vuestros dulces hijos en el nombre,
En el nombre de todos los que os aman
Yo lo pronuncio en vuestro celo fiado:
Confirmadlo también, y haced que todos.

Los que á vuestra presencia se acercaren,
En vuestro labio, y vuestros pechos dulces
Aprendan antes á morir como héroes,
Que el pie besar del orgulloso ibero.
Que aqueste juramento grande y noble
Con constancia araucana sea cumplido,
Y en muralla de acero
Cada uno de nosotros convertido.
Desde este instante abono
Las nuevas glorias de nuestro año nono.

Mayo 23 de 1818.

LOS OFICIALES

DE LA SECRETARÍA DEL SOBERANO CONGRESO
Á LA PATRIA
EN LA VICTORIA DE MAYPO

—

BUENOS AIRES.

ODA *

¡Oh! ¡si hoy mi poderío
La esfera de mis votos igualase
Para cantar el belicoso brío
De la legión Maypuana (1)
Que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaría
De Píndaro, de Horacio, y del Mantuano
Aquel estro, grandeza y armonía
Que á los siglos quebrantan,
Y siempre al alma con su magia encantan.

De Eurydice al esposo
La deliciosa voz demandaría.
El mismo Apolo su éco victorioso
Me daría con gusto,
Que siempre ha sido con los héroes justo.

---

* Está en La Lira, pag. 158, sin firma, y en la Colección, pag. 111, firmada y fechada el año 1818.
(1) A Scipión se le llamaba el Africano por el teatro de sus victorias.

Después al rutilante
Carro del sol en majestad subiendo,
De la cordura y rectitud amante,
Cual Faëton no fuera,
Principiaría la inmortal carrera.

Por delante la aurora
Más graciosa, más cándida, más bella
Que en el cielo jamás se viera hasta ora,
Las puertas me abriría,
Y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente
Admirados quedando al presentarse
Fenómeno tan raro y esplendente,
Corriendo á las alturas
Dejarían talleres y culturas.

Yo entretanto ocupando
Del Grande Tauro (1) el hyperbóreo alcázar,
Y el humilde horizonte atrás dejando
Con ráfagas de lumbre
Más vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegarse
Deliciosos poemas sembraría,
Que al leerse por el mundo y meditarse
De Maypo la victoria
Perpetuasen del mundo en la memoria.

---

(1) Actualmente se halla el Sol en la constelación de Tauro.

Al Zenit más cercano,
Y ya á la vista general del orbe
Entonará mi canto sobrehumano,
Melodiosos torrentes
Moverían las piedras y las gentes.

¡O patria! tú serías
De mis loores el sublime objeto:
Tu pasmosa constancia en tantos días
De apremio y de fatiga
Con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha
Cual si no hubiera pueblos generosos,
Nadie en el mundo tu clamor escucha.
Todos te dejan sola
En brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena
Vertiendo sangre y en sudor bañada,
Con la mano de trueno y rayos llena
Luchas con tus rivales
Y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa
Que en sus pérdidas mismas recobrado
El tirano otra vez la lid empieza,
Y te arrostra atrevido
Como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen.
¡Tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! tus conflictos á la par acrecen,
Mil monstruos parricidas
Que renuevan atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo
Que en sus favores te ha donado el cielo
Para colmo de gloria y regocijo,
Se arroja á la palestra,
Y arma en tu auxilio la robusta diestra.

A la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte
El hercúleo campeón se precipita,
Su gran maza (1) levanta,
Y la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada
De las célebres márgenes del Maypo,
En donde fuiste !oh patria! coronada
De lauro inmarcesible
Por San Martín y su legión terrible.

Gloria á tantos varones
Que á los más grandes en la guerra igualan,
Y los vencen en muchas proporciones.
En igual circunstancia
No hubo mayor destreza, ardor, constancia.

---

(1) Expresión alegórica del ejército vencedor.

Aquesto por extenso
Con majestuoso acento cantaría,
Y asombrado al oirme el orbe inmenso
Prorrumpiera cantando
América, y sus bravos alabando.

Después celebraría
Tu rico suelo que llenó natura
De dones abundosos á porfía:
Suelo privilegiado
Para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera
También diría, que en cruenta lucha
Arrebatar á todo el orbe espera
Este terreno amigo
Donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes
De do quier hasta el cielo subirían
Deseando gloria á los independientes,
Y paz pronta y durable
Que á la España negar no sea dable.

Paz que á todos ofrezca
El mercado más fácil y abundante:
A cuya sombra la opulencia crezca,
Y nazcan relaciones
Que hagan felices todas las naciones.

Yo entre tanto gozoso
Bajaría el gran Carro al horizonte;
Y celajes de un gusto primoroso
Pondrían fin al día
Que te ofrecen mis votos, patria mía.

A LA BATALLA DE MAYPO *

Aquella ingrata noche había pasado,
Aquella noche que á la patria un grito
De dolor arrancara.
El enemigo, osado
De la victoria el hijo favorito
Se cree con arrogancia: su alma avara
Las riquezas y el triunfo devorando,
Apura, impele, incita sus legiones:
Maypo, ya al oprimirlo sus pendones,
Venganza, corre al mar del Sud gritando.

Nuestro ejército allí. ¡Genio sublime
De patria libertad! Tú solamente
Obraste tal portento.
Mientras el cuidado oprime
Al pensador comun, su brava gente
Reune el héroe con inmenso aliento:
La consuela, la esfuerza, reorganiza,
De pecho en pecho imprime sus ardores...
No hay tiempo á más, que crujen los tambores
Y el enemigo encima se divisa.

* Está en la Colección de Poesías patrióticas, pág. 117.—No está en la Lira ed. 1824.

La hidra que hundir sus cuellos altaneros
Chacabuco vió en polvo, ora acrecida
Con más y más cabezas,
Los ojos reverberos
Lanza á las dos naciones: honra y vida
Amenaza arrancarles: ya pavesas
Hace, amor de la patria, tu obra santa.
¡Señor! contra tu ley así el ibero
Se cebará en nosotros carnicero?
¿Y tu diestra, Señor, no se levanta?

¡Iberia, Iberia! ¿qué haces? Hubo un día
En que la Asia, la América, la Europa
Y la Africa admiraron
La terrible osadía
De tu soberbia y numerosa tropa,
Tus glorias fué que á su zenit llegaron,
El curso natural de los Estados,
Cual de toda humanal magnificencia,
Te obliga á irresistible decadencia
¿Quieres insana combatir los hados?

¿Qué puedes prometerte en tanto crimen
Como en tu odioso nombre se consuma
De Méjico hasta el Cabo?
El viejo, el niño gimen
Bajo el azote bélico, que abruma
La extención de una tierra en que de esclavo
Sufrir no es dado el bárbaro renombre:
Sufre el sexo, los templos, las ciudades,

Y por decir de un golpe tus crueldades:
Se insulta á Dios, y se destruye al hombre.

Retira á esos verdugos... ¡Ay, que es tarde!
Rompe el cañón: impávida se arroja
Nuestra hueste á los llanos.
Toda retumba y arde
La dilatada atmósfera. Ya roja
La tierra está do quier. Probad, tiranos,
La pujanza de aquellos que defienden
Su patria y libertad. La rabia, la ira
Con que vuestra alma nuestras glorias mira,
Hoy á su vez nuestra venganza encienden.

¡El bronco trueno al trueno, el rayo al rayo
El acero al acero cual responden!
Cualquier sospecharía
Que allí Cid ó Pelayo,
Aquí Washington ó Nassau se esconden,
Y las falanges rigen este día.
La patria encima de los altos Andes
Se alza y los campos de la lid descubre:
Su bello rostro con la mano encubre;
Son ¡ay! los riesgos de sus hijos, grandes.

Madres cubrid los vuestros, que la muerte
Corriendo sobre el carro del destino
Feroz se precipita,
Y sangre en copia vierte,
Valor hijos del Sud: que el argentino
El arca de sus glorias deposita

En vuestras manos hoy. En ellas Chile
Su vida y su salud. La muerte es nada
Si ella es el precio de la patria amada.
¿Y hoy dejareis que se hunda y se aniquile?

Mas que dejar! Cual torbellino os veo
Lanzaros sobre el campo de batalla,
Y más allá lanzaros,
Hasta que ya el trofeo
En vuestras manos victoriosas se halla.
Ya el tirano se rinde. A coronaros
Se acerca la victoria, de su seno
Manando gracias y placer. Ante ella
El hondo encono súbito se estrella,
Los aceros se envainan: calla el trueno.

¡Manes del bravo Tell (1) de Orange (2) Doria (3)
Y del grande Washington! No insensibles
Sois en este momento
Del héroe á la victoria.
Vosotros os mirais en los visibles
Golpes de genio, militar talento,
Y patriótico amor reproducidos
En la escena del mundo. Conocisteis
Al grande San Martín, y le ceñisteis
Esos laureles nunca envejecidos.

---

(1) Guillermo Tell, libertador de Suiza.
(2) Príncipe de Orange, defensor de la libertad de Holanda.
(3) Andrés Doria, afianzó la libertad de Génova.

Del Camaleón (1) á la Osa (2), de Occidente
Al meridiano de la bella aurora,
Tu gloria es proclamada
San Martín eminente.
La patria que tu diestra valedora
Alzó en firmes quiciales, admirada
Tu nombre sin cansarse ha repetido;
Ella también celebra con ternura
A los héroes de insólita bravura
Que atlétas suyos á tu lado han sido.

Vive, nación ilustre, que supiste
Tu brazo asir al nuestro, y las cervises
Hollar del cruel tirano.
¡Oh! cuanto contribuiste
Preciado Chile, á días tan felices
Como hoy disfruta el suelo colombiano
A tí prez y loor. Desde hoy debiera
Al grato Maypo en eternal memoria,
El Eridano austral ceder su gloria,
Ceder su plaza á la estrellada esfera.

Empíreo gozo á los ilustres manes
De aquellos que el aliento generosos
Por la patria rindieron:
Gloria al que sus afanes
Consagró á la Nación; cuyos gravosos
Días, después el júbilo se hicieron

(1) Constelación del polo del Sud.
(2) Idem del polo del Norte.

Y la delicia nacional. En lumbre
Eterna brille el nombre americano;
Y arrojando al león tras el Océano,
Ponga América el pié sobre la cumbre.

Año 1818.

AL SEÑOR DON BARTOLOMÉ DE MUÑOZ

VICARIO GENERAL CASTRENSE EN SU PROMOCIÓN AL CORO DE LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES *

ODA

(INÉDITA)

Rayó por fin Bartolo aquella aurora
Que tanto había la amistad deseado
La aurora muy felice
En que la patria con placer te dice:

—

Tú amaste la justicia; tú abrazaste
La peligrosa causa de mis hijos,
Desde el primer momento
Que llegó á tus oídos su arduo intento.

—

* De la colección de m. s. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

El polvo, el sol, las lluvias, la guadaña
Que tantas veces afiló el tirano,
Nada ha sido bastante
A quebrantar tu espíritu constante.

—

Cuando á orlar empezaron mis banderas
La vez primera en la oriental campaña,
Ellas allí te vieron
Y tus votos filiales recibieron.

—

Y volvieron á verte al emprenderse
La segunda campaña, retirado
Del recinto oprimido,
Y del bando feroz aborrecido.

—

Los bienes que en honrado desempeño
De tus santos deberes adquirieras,
Unos allí abandonas,
Al público otros generoso donas.

—

En el preciado seno de mis hijos
Fué justo incorporarte, y siempre ha sido
Tal tu correspondencia,
Que no puedo ocultar mi complacencia.

—

En los días más lóbregos he visto
Desplegar tu acendrado patriotismo
Ya recordando ejemplos,
Ya predicando enérgico en los templos.

—

Vi á mis rivales de ponzoña henchidos
Lanzártela en las calles, prorrumpiendo
En risas y baldones,
Al verte honrado con mis distinciones.

—

Tú sin embargo de modestia lleno,
En tus principios de justicia firme
Todo lo desechabas,
Y por mis dichas al eterno orabas.

—

¡Qué contraste no ofrece tu conducta
Pura, enérgica, fiel y generosa,
Con el atroz veneno
De esos espúreos que hay entre mi seno!

—

De esas sierpes horrendas, que nacieron
Para oprobio de un suelo esclarecido,
De un suelo cuyas glorias
Tanta materia dan á las historias;

—

De esos viles á cuyos sentimientos
Jamás convino cuna americana,
Sino un lóbrego pozo
O el más sórdido y negro calabozo;

—

Que por guardar una existencia infame,
Y por honras pobrísimas, que pueden
Conseguir como siervos,
Mis rivales se han hecho más protervos;

—

Que el pecho les rebosa de alegria
En mis grandes conflictos; que en la sangre
Que vierten sus hermanos
Se alegran á la par de los tiranos.

Un cadalso debiera.... pero existan,
Y en su afrenta presencien tantos triunfos,
Como el resto querido
De mis ilustres hijos ha adquirido.

Y tú entretanto ven que ya es llegado
El tiempo de que alivie tantos días
De constancia y servicios,
Llamándote á gozar mis beneficios.

Ven, hijo mío, ven, cabe el santuario
A orar por el gran pueblo: allí yo quiero
Que tu descanso sea
Y premiado tu mérito se vea.

Dijo la patria; mi Bartolo amado
Y yo á la par de tus amigos, siento
El más completo gusto
Presenciando espectáculo tan justo.

CONTESTACIÓN

De la benigna patria los auspicios,
De amigos generosos el placer,
Es todo cuanto puedo apetecer
Por mis escasos, débiles servicios.

EN LA MUERTE DEL GENERAL BELGBANO

SONETO *

Muerto está... Su diestra vencedora
No alzará más la espada que algún día,
Terror de la española tiranía,
Dió salud á la patria! El pueblo llora,

El pueblo, á quien la muerte destructora
El broquel le robó, que lo cubria;
Y la piedra que más embellecía
Su cívica diadema. Más desde ora

Cese el dolor, que su sepulcro existe,
Y allí el genio inmortal de las virtudes
Perpétuo mantendrá su fuego activo...

Y si aún ¡Iberia! tu ambición subsiste,
Si tú ¡anarquia! tu hacha atroz sacudes,
Muerto temblad al que temblasteis vivo.

* Colec. de m. s. de Don J. M. G. existente en la Bibl. del S. N.

SONETO ELEGIACO *

Á LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO

¡Oh! no abandones á tu patria amada,
No la abandones, hijo predilecto!
De tu alto brazo, de tu pecho recto
Cuando se vió ella más necesitada,

Que en hora tan terrible y malhadada!
¿Qué poder es el mío, el de un insecto,
Contra el querer del grande, del perfecto,
Que formó el universo de la nada

Y que hoy me llama á su supremo lado?
¡No me es dado quedar; queda mi ejemplo!
¿Salvaros pretendeis? Sea imitado.

El os guiará de la salud al templo.
—¡Compatriotas! Oisteis?¿Qué dudamos?
Imitando á Belgrano nos salvamos.

(1) M. S. de la Colec. de Dn. J. M. Gutierrez existente en la Bibl. del Senado. Nacional.

SONETO *

Á LA MUERTE DEL DOCTOR DON MATIAS PATRÓN

Por el ejemplo de tu ardiente celo
La santa libertad el hombre amaba,
En su genio la patria siempre hallaba
A sus angustias eficaz consuelo.

La justicia á su voz, del alto cielo
Descendiendo propicia, le entregaba
La balanza fiel en que pesaba
El bien y el mal con incansable anhelo.

Mas la muerte ¡oh dolor! corta envidiosa
El hilo de su vida, y lastimera
Gime la humanidad. Con faz llorosa

La historia escribe, el sabio, verdadera
De su heróico vivir. Sobre su losa,
Lo invoca el justo con piedad sincera.

* No. 3 de «Argos» del Sábado 26 de Enero de 1822.

CANCIÓN PATRIÓTICA *

DEDICADA Á LOS DEFENSORES DE LA LIBERTAD EN LAS LLANURAS DEL MAIPO

Patria amada! te has cubierto
De eterno honor y de gloria.
Del Maipo la gran victoria
Al tirano deja yerto.
Un jefe bravo y experto
Conduce nuestras legiones,
Y los creídos leones
Son ya tímidos corderos,
Al brillar de sus aceros
Y al marchar de sus campeones.

CORO

Los héroes del Maipo vivan,
Viva, sin tacha, su honor
Y de la patria reciban
Tiernas lágrimas de amor.

—

Salud Nación Argentina!
Nación Chilena, salud!
Goce ya vuestra virtud
La recompensa más digna

* De un m. s. de la colec. Gutiérrez, existente en la Bibl. del Sen. Nal.

Al mirar la pura y fina
Alegria universal,
Vuestros nombres pronunciando;
Y al temblar del rey Fernando
Por unión que le es mortal.

CORO

Tendamos al vencedor
Alfombras de fresca rosa:
Coronas de oliva hermosa
A sus sienes den honor.
Cubra un eterno esplendor
A Buenos Aires y á Chile,
Y si han hecho que vacile
En Lima el poder hispano,
Levanten su fuerte mano
Y aquel yugo se aniquile.

CORO

ODA PATRIÓTICA FEDERAL *

Al hablar al gran pueblo americano,
Que en su amor á la noble independencia,
Parece lo eligió la Providencia
Para alto ejemplo á todos los demás:
Permitid compatriotas lo salude
Con toda la profunda reverencia,
Que al alma impone la magnificencia
De unos esfuerzos sin igual quizás.

Si la mano de Dios á cada pueblo,
Como á cada hombre, su destino inspira,
¡Quién al pueblo argentino no lo mira,
Con un grande destino que llenar!
Cuando la hora sonó de los trabajos
Que á su tranquila infancia fin darian,
¡Cuales indicios en la tierra habían
Para lo que este pueblo supo obrar?

Atado entonces de la España al carro,
De allá venía nuestra paz ó guerra,
Y así tenía la inocente tierra
Por venganzas extrañas que sufrir.

---

* Fué recitada en una función teatral de aficionados el día 5 de Noviembre de 1845.
No 6629 de la Gaceta Mercantil, del 10 de Noviembre de 1845.

En una de ellas nuestra patria amada
Vióse de un grande ejército invadida,
Y de tropas y de armas destituída,
Puso su pueblo mismo á combatir.

Sufrió en efecto la primer sorpresa,
Buenos Aires gimió una vez cautiva:
Más bajo el yugo extraño prende activa
La llama del furor que hace vencer.
Auxilios del oriente se le acercan:
A cuya vista de este pueblo salen
Mil de patriotas, cuyos brios valen
Cuanto puede la táctica ofrecer.

Se ataca al vencedor en sus valuartes,
Se resiste, se lidia, se le doma,
Y desde entonces esta nueva Roma
Despliega su entusiasmo militar.
En pos se apresta con tesón heróico
De la guerra á la dura disciplina:
Porque la Gran Bretaña le destina
Ejército mayor con que lidiar.

Espectáculos, músicas, paseos,
A la trompa guerrera el puesto ceden,
Los simulacros bélicos suceden
A los gustos antiguos de la paz.
Así adiestrados el momento esperan
De acercarse las huestes invasoras,
Que, como antes, no son aterradoras
A un pueblo de heroismo tan capaz.

Y llegaron los días memorables,
Nuestro río se cubre de bajeles
Que muchedumbre de soldados crueles
Vomitan nuestra tierra á desolar.
Se ordenan sus legiones, marchan, toman
De esta ciudad los puestos eminentes,
Y amenazan dejar todas sus gentes
Sin medio alguno de poder salvar.

Más ¡Qué otro medio cuando están los pechos
Los fuertes pechos de sus defensores
Que al fuego de los bronces tronadores
Contestan con el suyo aterrador!
Torres, techos y calles, todo arroja
La vista, el ruído de matanza y ruina,
Y parece que el día se destina
Al fin del pueblo, al fin del invasor.

Más poco á poco el carro de las furias
Detiene su rodar precipitado....
Es... que el breton en cada parte aislado
De sus fuerzas ve rota la unidad.
Ya entre todos sus cuerpos interpuesto
El bizarro argentino los devora,
Ya la fuerza de adentro vencedora
Da el grito de victoria, y libertad.

Libertad de las últimas cadenas
Que imponerle aspiró la Gran Bretaña,
A cuyo yugo el yugo de la España
Hacia el nacimiento preferir.

Más se acercaba el tiempo prefijado
En los decretos de la Providencia,
En que este país también su independencia
De la España debía conseguir

La independencia es siempre combatida:
Y los pueblos que aspiran á obtenerla
Es preciso que sepan sostenerla
Con el valor y militar poder.
En la guerra británica esta escuela
La Providencia trajo al argentino:
Con ella fué que conoció el camino
De hacerse independiente y de vencer.

Y se hizo independiente: y cruda guerra
Le hizo harto tiempo el español valiente:
Más el pueblo argentino alzó una frente
Que contraste ninguno ha de abatir.
Bravo en la lid, paciente en los reveses,
De en medio de sus ruinas se levanta,
Y muchas veces la victoria canta,
Donde el hispano lo pensó concluir.

Liberta en el oriente á sus hermanos
Que de los libres el poder aumentan:
Al Paraguay sus tropas se presentan,
Y se acaba el gobierno colonial.
Córdoba, Cuyo, Tucumán y Salta,
El Entre-Ríos, Santa Fé, Corrientes,
Jujuy, Rioja, Santiago, dan valientes
Al ejército libre nacional.

Y el patrio pabellón en fuertes brazos
En el alto Perú luego flamea,
Y aunque todo peruano amigo sea
Se arma y resiste el español tenaz.
Más los libres unidos lo combaten,
Apagando doquier la resistencia,
Y abrazan Potosí la independencia,
Y Cochabamba, Charcas y La Paz.

Dejar es poco ya á los argentinos
Libre el antiguo vireinato hispano:
En Chile es oprimido un pueblo hermano,
Y debe ir hasta allá la libertad.
Y en Mendoza se aprestan las legiones
Destinadas al paso de los Andes,
Paso que debe entre los hechos grandes
Pasar con gloria á la posteridad.

En vano el español los pasos todos
Cierra con armas, con valor defiende,
Nuestro hábil jefe al cabo lo sorprende
Y en batalla los Andes deja atrás.
Teatro del grande choque es Chacabuco,
Do cada bando su pujanza muestra,
Más la victoria disputada es nuestra,
Y no hay en Chile servidumbre más.

Lima, la antigua y opulenta Lima
Era un gran centro del poder hispano,
Que en el alto Perú con fuerte mano
Nuestras victorias pudo contrastar,

Que al verlas ahora repetirse en Chile,
Siente el riesgo fatal, que se aproxima,
Y nuestras tropas que el valor anima
Envía el real imperio á recobrar.

Entonces vino la funesta noche
Que lloró á nuestros bravos dispersados,
Pero el día también que recobrados
Los vió prodigios de valor hacer,
La jornada de Maipo y su victoria
Brillan del Plata y Chile en los anales:
A Chile libran de futuros males:
De España en Lima amagan el poder.

La escuadra independiente ya se apresta,
Ya arrogante el Pacífico navega;
Y el virrey español firme despliega
Su armamento en las costas de la mar.
Imposibles venciendo, el desembarco
Se hace por fin; y nuestra escuadra en tierra
Lanza los bravos que en su seno encierra:
Y esos bravos se aprestan á lidiar,

¿Quién dice en un momento tantos hechos
Como contiene tan ilustre historia?
Baste decir: cantamos la victoria
Del Perú en la opulenta capital.
Y allí los libres, más allá mirando
Tendieron á Colombia el fuerte brazo
Y con sus hijos hasta el Chimborazo
Un renombre adquirieron inmortal.

¿Inclinais, hombres libres, la cabeza
A un cuadro tan heroico con respeto?
Pues, aun no pudo mucho tiempo quieto
El argentino de la paz gozar.
Pronto vuelven los bélicos afanes
A turbar de esa paz nuestro deseo:
Que en extraña opresión Montevideo
Nuestro brazo demanda de auxiliar.

El argentino en azarosa guerra
Vuelve á entrar á la voz del pueblo hermano,
Y en Ituzaingo con valiente mano
Alza la servidubre al oriental.
Así sirve el intrépido argentino,
Para alzar, ó auxiliar nuevos Estados
Con su oro, sus desvelos, sus soldados:
Misión de gloria, mas misión fatal.

Pues de la guerra nacen las pasiones,
De la preciosa paz ahogando el fruto,
Y sembrando el desorden, sangre y luto
En el seno infeliz de la nación.
Fué preciso atacarlas, combatirlas,
Perseguirlas do quier hasta vencerlas,
Y del orden un genio supo hacerlas
Ceder ante la gran federación.

Mas, cuando cierta estaba la victoria,
Se interpone ambicioso el extranjero,
Y asumiendo el carácter de un guerrero
Su ley pretende al argentino dar,

Y abusa de sus naves superiores
Para hollar nuestra patria y su bandera,
Y fuerzas sobre fuerzas aglomera
Que avisan la intención de conquistar.

Y habrán en vano sido tantas glorias,
Tantos trabajos de alto patriotismo,
Sellos de una misión del cielo mismo,
Que América nos llama á defender?
Tiene bastante allá la engreida Europa
Con sus altos poderes y opulencia,
Dejenos nuestra amada independencia,
Que solo Dios nos quiso conceder.

Sí, solo Dios, ¿porque quién otro pudo
Dotarnos de esa fuerza y poderío,
Con que desde las playas del gran río
Llevamos la victoria al Ecuador?
Y ese don que nos viene del Excelso,
Del que anonada al fuerte de la tierra,
Nos quitarán la Francia y la Inglaterra
Hollando nuestra patria y nuestro honor?

Morir antes ¡heroicos argentinos!
Que de la libertad caiga este templo,
Daremos á la América alto ejemplo
Que enseñe á defender la libertad.
El polvo del gran pueblo de la Plata
Volará por el vasto continente,
Y al caer formará un letrero ardiente
Que diga á todos: «*A la lid volad*».

Un gobierno prudente, sabio, fuerte,
Nuestros destinos en su mano tiene:
Pesa, medita lo que más conviene
Para el bien del gran pueblo conseguir:
Y si él halla la guerra inevitable,
A batallar intrépidos volemos,
Y en hórridas batallas triunfaremos,
O sabremos intrépidos morir.

OBSEQUIO POÉTICO*

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA AGUSTINA ROZAS DE MANSILLA

De mi edad en la tarde navegando
Por el variado río de la vida,
La lumbre de mi sol veo caída
Cerca del occidente;
Y la pálida luna se va alzando
Al lado del oriente,
Mi flor si un tiempo fué de poesía,
En mi mano marchita se deshoja,
Y sus pétalos lleva la corriente,
Faltos de lozanía,
Para quien bondadosa los recoja.
¿Eres una de aquestas Agustina?
Pero á esa tu belleza peregrina,
No faltarán poetas en su oriente
Alzarse el sol, y no la luna, vean;
Esos con alma ardiente
Retratan, idealizan, hermosean
A la misma hermosura,
Y hacen versos de amor y de ternura,
Que con encanto hasta los nietos lean,
Ellos solos, la mezcla encantadora
Que hay en tu rostro de azucena y rosas;
Esos, el talle de tu cuerpo airoso,

* Se publicó en el *Comercio* de Lima.

Y negros ojos, donde el alma asoma
De tan bello organismo animadora,
Realzarán en rimas armoniosas,
En el astro gracioso
Que en Tíbulo y Propercio amaba Roma
La hoja marchita de mi flor un día,
Que impetuosa corriente se arrebata,
Ni un átomo ya exhala de ambrosía
Cual para digna ofrenda yo quería.
Puedan los vates que ora tiene el Plata,
Entre el aroma de sus frescas flores,
Esparcir argentina tus loores,
Merecidas á un tiempo por hermosa
Familia ilustre y de un guerrero esposa,
Y allá perciban los del mundo viejo
Que en nuestro Plata el luminoso cielo,
Casi siempre sin velo,
Vierte en el ser humano su reflejo,
Dándonos con largueza
Valor al hombre, á la mujer belleza.

Buenos Aires Aires, Agosto 3 de 1850.

ESTEBAN DE LUCA

MARCHA PATRIÓTICA *

COMPUESTA POR UN CIUDADANO DE BUENOS AIRES PARA CANTAR CON LA MÚSICA QUE OTRO CIUDADANO ESTÁ ARREGLANDO

CORO

Sudamericanos:
Mirad ya lucir
De la dulce patria
La aurora feliz.

La América toda
Se conmueve al fin,
Y á sus caros hijos
Convoca á la lid.
A la lid tremenda,
Que va á destruir
A cuantos tiranos
Osanla oprimir.

---

* Está en el No. 24 de «La Gaceta», del jueves 15 de Noviembre de 1810 en la pág. 382.

Está incluída en la «Lira Argentina» en la pág. 9, sin firma y con el título: Canción Patriótica y en la Colección de poesías patrióticas, pág. 7, con el título: Canción. Allí aparece firmada por D. Esteban de Luca.

CORO

De la gloria el genio (1)
Ardor varonil
Infunde en los pechos,
La fuerza sentid.
Si el déspota impío
Atentare vil
Vuestra libertad,
Al punto acudid.

CORO

España fué presa
Del Galo sutil,
Porque á los tiranos
Rindió la cerviz
Si allá la perfidia
Perdió á pueblos mil,
Libertad sagrada
Y unión reine aquí.

CORO

La patria en cadenas
No vuelva á gemir,
En su auxilio todos
La espada ceñid.

(1) Esta estrofa no está en la Colección, ni en la Lira ed. 1824.

El padre á sus hijos
Pueda ya decir:
Gozad de derechos
Que no conocí.

CORO

De la patria al seno
Volando venid,
Que el sol os preside
En su alto cenit.
Bellas argentinas,
Con afán sin fin, (1)
Os tejen coronas
De rosa y jazmín.

CORO

---

(1) «De gracia gentil» La Colec. pág. 8 y la Lira, pag.

CANCIÓN *

CORO

¡Oh pueblo americano!
¡Oh nación venturosa!
¡Viva la unión dichosa!
¡Viva la libertad!

¡Oh que hermosa hoy al mundo
América renace!
¡Oh cuanto se complace
En gloria y libertad!

CORO

Mirad el Sol que bello
Se muestra en el oriente,
Mirad en su occidente
Al déspota espirar.

CORO

Triunfó del león de Epaña
El águila francesa,
Postrada su braveza
Tristes rugidos da.

* Está en la Colección en la pag. 9. No está en La Lira, ni en la Gaceta.

CORO

Del mal el genio reina
Allá en el mar de Atlante,
El Paraná triunfante
Corre con majestad.

CORO

Los montes y collados
Conmovidos se alegran,
Cielo y tierra celebran
Nuestra feliz edad.

CORO

El consorte á sus hijos
En torno de sí llame,
El pecho les inflame
Con labio paternal.

AL SUPERIOR GOBIERNO

DE ESTAS PROVINCIAS
EN LOOR DE LOS VALIENTES COCHABAMBINOS

ODA *

En aquel tiempo aciago
En que de la virtud triunfar parece
Horrible el vicio, amenazando estrago
A la inocencia, y el orgullo crece
Del que á nombre de Dios cubre la tierra
De odios y de guerra,
Se oyeron en el suelo americano
Tristes gemidos que arrancó el tirano.

Goyeneche más fiero
Que Mahomet, armada muchedumbre
Por el Perú llevando carnicero,
A los pueblos eterna servidumbre
Decreta enfurecido y los condena
A pesada cadena,
La cuchilla en la diestra alzando él mismo
Que sangriento le diera el fanatismo.

El libro del destino,
Iluso en su favor leer pensaba,
Mas el ágil y audaz Cochabambino,
Al presentir el mal que preparaba

* Apareció en la Gaceta del viernes 8 de Mayo de 1812, No 5, pag. 17. Está incluída en la Colección, con el título: «A los valientes Cochabambinos», y es allí que aparece firmada por D. Esteban de Luca, pag. 48-52. No está incluída en la Lira.

A la patria, á sus hijos, á sus lares,
Se reune á millares,
De hermanos por el déspota insultados
Que á la venganza corren denodados.

Por la escarpada sierra
Y los amenos valles se derraman;
Se siente á su furor temblar la tierra.
A la voz: *¡Libertad!*... que ellos proclaman,
El éco vuelve el monte cavernoso,
Y resuena espantoso
En los oidos del que inícuo ofende
La humanidad, y su clamor no atiende.

Las tribus indianas
Acuden todas que el alarma oyeron,
Y el yugo sacudiendo que inhumanas
Las leyes de conquista le impusieron,
Siguen al hijo fuerte de Oropesa,
Que veloz atraviesa
Los cercos del contrario, aprisionando
Escuadras que le esperan asechando.

Las antiguas ruinas,
Al belígero acento se conmueven;
Del metal duro de las hondas minas,
Con manos diestras, á forjar se atreven
Para el combate vengadores rayos;
Y Jove sus ensayos,
Eterno protector del inocente,
Benigno aprueba á la esforzada gente.

El austro, embravecido,
Desde los Andes viene resonando
A traer la nueva hasta el contrario egido,
El pendón ominoso derribando.
Tiembla el tirano de temores lleno,
Más que si oyera el trueno,
Y ¡venganza!... retumba
También del Inca la sagrada tumba.

Como la mar undosa,
Crece la turba popular errante
Que al enemigo estrecha belicosa.
El Jefe, denudado ya el semblante,
Mira de fuerza y de consejo escaso,
Con terrible fracaso,
Al indignado pueblo que á arrojarse
Va contra el trono do pensó encumbrarse.

Hoy, escuela de Marte
Es Cochabamba; cíclopes sus hijos,
Que de Vulcano mejorando el arte,
Entre trabajos duros y prolijos,
Activos acicalan las espadas
Que dejarán vengadas
Del adalid las muertes afrentosas,
Con que inundó de llanto á sus esposas.

Cadalsos levantados
Contra el fiel hijo de la patria amada,
Son por sus fuertes brazos derribados;
La justicia les da su heroica espada

Que al monstruo de la América castiguen
Y los males mitiguen
De pueblos que aborrecen en sus pechos
Al impio forzador de sus derechos.

En la menor refriega
De una ciudad, acrecen la esperanza
Que oprime injusta la ambición más ciega;
En ademán de protección se avanza
El patriota, la virgen le corona
Del laurel, y pregona
Con himnos de victoria á las naciones
La libertad de cien generaciones.

De empresa tan gloriosa
El genio de la patria es mensajero.
La virtud oprimida, vé gozosa
Que la razón en su esplendor primero
Vuelve á ocupar el patrio continente,
Y bajando impotente,
Al abismo, el error que en nuestro daño
Mantuvieron el tiempo y el engaño.

Vosotros esforzados
Fieles caudillos: Arce y Antesana,
Recibid hoy los votos consagrados
Al valor vuestro por la gente indiana;
Buenos Aires celebra vuestra gloria,
Y la mayor victoria
Cantar espera en el tremendo día
Que aniquileis la horrenda tiranía.

A MONTEVIDEO RENDIDO *

ODA

Salve patria feliz. A la constancia,
A la heróica constancia de tus hijos,
Debes el gran trofeo, la victoria
En que miras destruída la arrogancia
Del soberbio tirano, que prolijos
Tormentos preparaba
Al noble defensor de vuestra gloria (1)
Que en los arduos combates te invocaba.

La deidad tutelar tú fuiste, el día (2)
En que, rotas las urnas sepulcrales,
Al grito: *libertad al patrio suelo*,
Viste en furor la hispana monarquía,
Y armándose de bárbaros puñales
A homicidas atroces,
Contra el patricio, que elevaba al cielo
Alegres himnos y guerreras voces.

El clamor *libertad,* va discurriendo
Cual veloz rayo el Indo continente;

* Está en la Lira Argentina, pg. 41, firmada con las iniciales E. L. Está en la Colección en la pg. 67. Dn. J. T. Medina en su obra «La imprenta en el Río de la Plata», dice que esta composición debe referirse al año 1814. Esta es la fecha que tiene en la Colección.

(1) Al noble defensor de tu alta gloria, (La colec. pg. 67).

(2) La deidad sacrosanta fuiste el día, (La colec. pg. 67).

Conmueve, aterra al fiero despotismo,
Ídolo horrible baja con estruendo
Del trono impío, y la abatida frente,
Sombría y conturbada,
No pudiendo ocultar en el abismo,
Busca en fuerte recinto su morada.

El día atroz le aflije; el día infando
De sangre en Cajamarca, y la impía guerra
En que del hado cruel señales dieron
Los montes, Chimborazo vomitando
Derretidos peñascos... ¡Ah! la tierra
A sus pies se estremece,
La tierra que sus haces oprimieron,
Y el sol horrorizado se oscurece.

Montevideo, infiel y rencorosa,
Las puertas abre al monstruo ensangrentado,
Cerrándolas con fuertes aldabones
Al númen patrio, á su deidad hermosa;
Allí compara con su antiguo estado
Límite tan estrecho,
Y al pueblo con horribles convulciones
Provoca á la venganza y al despecho.

Para su culto, gótico edificio
Le erije al punto turba alucinada,
Que infernal rabia agita asoladora:
Los ministros, con torpe maleficio,
Falsos presagios hacen; á la entrada
Del templo está pendiente

La cuchilla fatal, que vengadora
Sirve á inmolar la víctima inocente.

Arde en sus átrios la funesta pira
En que su tea la discordia enciende,
Y en sus oscuras bóvedas resuena
El lúgubre gemido del que espira;
El solo nombre de la patria ofende
Al dios aborrecible,
Y acepta el voto cruel que la condena
Al fuego, al hierro, y á la muerte horrible.

De la morada de los patrios manes
La América entretanto se levanta,
Y de los Andes en la excelsa cumbre,
Atalaya del mundo, los afanes
Ve de sus hijos en la lucha santa:
Ya los mira impacientes
Correr tras la enemiga muchedumbre,
Como rápidos corren sus torrentes.

Hoy le da Jove inaccesible esfera,
Donde á sus piés la nube fulminante
Augusta vé. Registra los imperios
Que abrasa el sol ardiendo en su carrera,
Y se goza en su ejército triunfante.
Magníficos altares,
De un polo al otro, en ambos hemisferios,
Le consagran los pueblos á millares.

A sus bravos campeones ya venciendo
Observa sobre Méjico opulenta;

Ya también en Caracas, del espanto
Del terremoto horrísono volviendo,
Del austro á los tritones ¡cual se cuenta
Su gloria, y cual retumba!
Tres siglos vengan de cadena y llanto
Vueltos los ojos hácia el Val de Otumba.

¿Pero, donde tu nombre es más temido?
¿Donde más la voz patria es voz de trueno
Que del tirano la cerviz humilla?
Ante el muro fatal, ante el ejido
Do al mirarse lanzado de tu seno
Se acogió pavoroso:
En la Banda Oriental tu gloria brilla
Del argentino río caudaloso.

¡Cómo allí tus atletas endurecen
En repetido choque el brazo fuerte!
¡Como fieros circundan la muralla
Que el bronce horrible y el furor guarnecen!
Rodando sale el carro de la muerte
De aquella mansión fiera;
Rechina el eje en la cruel batalla,
Y la patria legión firme lo espera.

Mil veces se levanta del oriente
Iluminando Febo á los mortales:
En lid mira tus fasces, y empeñadas, (1)
Las deja al sepultarse en occidente.

---

(1) En lid mira tus huestes, y empeñadas (La colec. pg. 71).

Días de gloria do sentó sus reales.
Alcanza el argentino:
Del averno las furias invocadas
En vano excecran tu poder divino.

Al plomo silvador, á la estallante
Bomba presentan los heróicos pechos;
Y en los peligros el denuedo crece
De tus guerreros, que ansían el instante
De acabar al contrario, y ver desechos
Sus restos excecrables.
Neptuno ya las iras favorece
Que los dioses hicieron implacables.

Ved como surca la velera nave
El sacro río que abundante baña
El suelo patrio: ved que la guerrera
Turba del pueblo á sus orillas sabe
El éxito esperar, mientras la saña
Valiente Palinuro
Sorprende del hispano en la rivera;
El puerto toca y amenaza el muro.

Vuestra divina paz antes turbada
Paraná augusto y Uruguay famoso,
Fué por el ruído del cañón horrendo.
De nuestras naos que en fuga acelerada
Las del contrario ponen orgulloso.
Vuestras ninfas creían
Que los titanes nueva guerra haciendo
Escalar el Olimpo pretendían

Como rabiosos canes siempre atados
Que insaciable sed y el hambre hostigan,
Así el tirano y pérfidos secuaces
Nuestras fuerzas contemplan irritados:
Los pálidos espectros les fatigan
Y las sangrientas manos
Débiles sueltan el puñal que audaces
Aguzaban verdugos inhumanos.

El ruído cesa del cañón tronante
Que el baluarte corona. Ni á tambores
Del fuerte asilo á la defensa llaman;
Solo un sordo rumor muy semejante
Al del mar en bajíos bramadores,
Se oye del vulgo ciego:
En duro trance los sitiados claman,
Y al cielo ofenden con indigno ruego,

Turban su rabia de la paz destellos
Que empiezan á dorar nuestro horizonte,
En globo ardiente y forma misteriosa
Al alma libertad hoy miran ellos
Sobre la cima del cercano monte;
Las diestras desarmadas
La turba impía vaga pavorosa,
Que sombras mil la acosan irritadas.

Eh, que se acerca ¡sin igual portento!
El altar que á la patria levantaron
Nuestros guerreros con ardiente espada:
Las puertas se abren del maligno asiento

En que Alecto y Meguera se albergaron:
La estatua sanguinosa
Del déspota, á su vista derrocada,
En el vecino mar cayó espantosa.

Salud, caudillos de la patria amparo,
Bravos héroes, salud. El duro cetro
De airado mónstruo quebrantar pudistes
Llenando al orbe vuestro nombre claro.
Antes la fama, que el heróico metro
Con éco resonante
Anuncia al mundo antiguo que vencísteis,
Y Gades tiembla pálido el semblante.

Sagradas sombras que á suprema altura
En alas de la gloria habéis volado,
En premio á uniros al celeste coro,
Nuestros votos oid: ved la ventura
Que vuestra muerte honrosa nos ha dado;
Ved que tanto merece
El inmortal Colón que en llanto adoro,
Y el laurel griego que en su tumba crece.

Á LA VICTORIA DE CHACABUCO *

POR LAS ARMAS DE LAS PROVINCIAS UNIDAS AL MANDO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR BRIGADIER GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN.

ODA

Entre guerra y venganzas,
Muertes y horrores el caudillo ibero,
Entre crueles verdugos y asechanzas
Cual Minotauro fiero,
Con centelleantes ojos asombraba
De Chile el monte, y llano que ocupaba.

Alza la erguida frente
Sobre un trono con sangre salpicado
Mil y mil veces de la indiana gente;
El cetro ya empuñado,
El férreo cetro, agudas las espadas
Cierran ya de su imperio las entradas.

Yo conquisté esta tierra,
A sus sangrietas haces les decía;
Que á esfuerzos del terror y de la guerra
Por tres siglos es mía;
En mis iras conoce el araucano
El rayo de que Jove armó mi mano.

---

* Está en La Lira, pág. 131. Las iniciales con que aparece firmada corresponden á don Esteban de Luca.
Está incluída en la Colección en la pág. 75, y allí aparece firmada por Estevan de Luca.

¿Mi dominio rodeado
De intransitables ásperas montañas
Será del argentino profanado?
¿Mil heroicas hazañas
No os gritan que este suelo subyuguemos,
O que al furor de Alecto lo entreguemos?

Así el tirano clama:
San Martín otro Anibal más famoso,
A quien celeste ardor el pecho inflama,
Practica ya el fragoso
Camino de los Andes, ya el soldado
Toma ejemplo del jefe denodado.

A un lado mole inmensa
Ve levantarse al cielo, á la otra parte
Un precipicio horrendo, y solo piensa
A fuer de brío y arte
Al término llegar de la angostura;
Pigmeo es la montaña á su bravura.

El enemigo bando
Avistan los campeones impacientes,
Sobre él ya cargan rápidos bajando
Como en gruesos torrentes
Por entre riscos el furioso Guano (1)
Que raudo corre por inmenso llano.

(1) Uno de los varios torrentes de los Andes.

Los montes carvenosos
Retumban con el bélico alarido,
Y el tronar de las armas; espantosos
Dando horrible gemido
Desdes sus hondas lóbregas entrañas
De si arrojan al *león de las Españas*.

Ruge herido del rayo
De las patrias legiones, que aguerridas
En fuga ponen y en mortal desmayo
Sus huestes homicidas;
El paso vencen, y al favor de Marte
Tremolan en el valle su estandarte.

¡O deidad que inflamaste
El sacro ardor el númen del Mantuano!
¡O tú que en plectro de oro celebraste
El valor sobrehumano
De Hércules vencedor! hoy canta solo
El paso de los Andes, sacro Apolo.

No cantes, no, este día,
La cítara divina resonando,
Del héroe de Cartago la osadía
Los Alpes traspasando:
A un otro Anibal canta, mayor gloria
Da al Nuevo Mundo eterna su memoria.

Más ¡O terrible escena!
Del hispano la armada muchedumbre
Los llanos abandona, cruel se ordena

De nuevo en la alta cumbre
De la vecina y escarpada sierra,
Y el pendón alza dc ominosa guerra.

El oprimido suelo
Mira en fuertes guerreros convertidos
Resonando los cóncavos del cielo
Con el marcial ruido;
Clamor universal oye y se aterra:
¡Venganza, Eponamón (1), venganza y guerra!

El grito heroico alcanza
Al mar del Sud en ásperos acentos
Cual austro embravecido; invicto avanza
San Martín los sangrientos
Rebeldes enemigos; ronco suena
El bélico clarín, el bronce truena.

La lid está trabada
En Chacabuco; del guerrero infante
Se ve la línea en fuegos inflamada;
Su acero fulminante
En la diestra revuelve ya el ginete,
Y en el veloz caballo ya arremete.

La intrépida carrera
Del relinchante bruto, el corvo alfange
Rompen al enemigo que lo espera
En cerrada falange:
Al duro choque retemplaba el suelo
Cual si brotara nuevo Mongibelo.

---

(1) El dios que invocan los Indios de Arauco en sus negocios más graves.

La muerte conducida
Sobre el rodante carro hiere, mata
En ambas huestes, la infelice vida
Del cuerpo la desata;
Los muertos huella, corre sin fatiga,
Que el cuádriga fatal la guerra instiga.

Frente á sus escuadrones
San Martín ya decide la victoria,
Clama, atropella, rinde las legiones;
Cubierto va de gloria
Cual otro Aquiles fuerte, invulnerable,
A las troyanas gentes espantable.

Dos rayos de Mavorte
De la patria constantes defensores,
Soler, O'Higins, cada uno en su cohorte.
Gobierna los furores;
De los fieros Titanes este dia
Triunfara en Chacabuco su osadía.

¡O patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendón de Castilla de ellos fieros
Al suelo derribaron;
Salve patria mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.

Las sombras irritadas
De Tucapel, Caupolican, Lautaro
Dejaron los patriotas hoy vengadas.

Hoy vuestro nombre caro
Llama al hijo de Arauco que la lanza
Tiñe en sangre española en la matanza.

Del arduo excelso asiento
De los nevados Andes hoy la fama
Tocando el estrellado pavimento,
En los orbes proclama
A vuestros héroes, su eco resonante
Va desde el mar del Sud al mar de Atlante.

¡O paternal gobierno
Que enérgico y prudente protegiste
Tan gigantesca empresa! honor eterno
A la patria le diste:
Tuyo es el regocijo á que se torna,
Y el precioso esplendor con que se adorna.

Vírgenes adorables,
Ninfas del argentino sacro rio,
Cantad también los hechos memorables,
Mientras el llanto mío
Tributo al campeon que en la victoria
Muriendo por la patria nos dá gloria.

LA SECRETARÍA DE ESTADO

EN EL DEPARTAMENTO DE GOBIERNO

AL VENCEDOR DE MAIPO

Buenos Aires.

CANTO *

HIC VIR, HIC EST, TIBI QUEM PROMITTI SOEPIUS AUDIS.
Virg.

Allá en la cumbre de los altos Andes
Sobre región de nieve sempiterna,
Donde más brilla el luminoso Febo,
La América inocente colocada
Domina al orbe; asiento majestuoso
Le dan las cimas de elevados montes.
Hoy es su trono mole tan soberbia,
Que servir pudo en el osado intento
De escalar el Olimpo á los titanes;
Trono que incontrastable simboliza
El que firme sus hijos le han alzado
Sobre la base de justicia santa.
Allá del polvo vil y las cadenas,
En que la hizo gemir el crudo hispano,
La levantaron sus ilustres hijos
En las alas del genio poderoso.

* Está en «La Lira», pág. 163; sin firma.
En la Colección, en la pág. 88, está firmada y fechada el año 1818.

Hoy repartido en trenzas su cabello,
Ornado el cuello de nevadas perlas,
Puesto al hombro el carcaj de flechas lleno
De tersa y fina plata fabricadas,
El arco tachonado de diamantes,
Los pies cubiertos con sandalias de oro,
Hija del sol y de tesoros llena,
Como virgen del mundo resplandece
Sobre las tres matronas respetables,
La Africa, la Asia y la ilustrada Europa.
De un polo al otro á descubrir alcanza
La extensión toda de su vasto imperio;
No mira en tanto las cavernas ondas
De sus montañas, los inmensos bosques,
Los torrentes y rios caudalosos,
Que atravesando fértiles llanuras,
Corren á enriquecer el Océano;
Un cuadro más grandioso y más terrible
Su vista ocupa, el solio vacilante
Del monarca español, que enfurecido
Impele al mar las huestes sanguinosas
Con que intenta oprimir el suelo indiano:
En sus semblantes retratados mira
Todo el furor y rabia carnicera
De Pizarro y Cortez...¡Ah! que en su seno
Hondamente gravadas permanecen
Las atroces heridas, que inundaron
De sangre el trono de los dulces incas,
De Montezuma en Mexico opulenta!
Por todas partes á sus dignos hijos

Rompiendo mira el yugo del hispano;
El grito universal de la venganza
Contra tres siglos de opresión indigna,
El ronco son del bélico instrumento,
El horrísono estruendo de las armas,
Que los ecos dilatan y repiten,
El confuso rumor resonar hacen
La bóveda celeste, el patrio suelo
Retumba todo: *Libertad ó muerte.*
El fuego, el hierro, los paternos lares,
Arrasan, yerman...más su vista fijan
Los campos que ilustró con sus victorias
El hijo renombrado de la patria,
Que en los duros trabajos de la guerra
Las belicosas huestes ejercita
Que habrán fama gloriosa de invencibles;
Ve al héroe San Martín, vé á Chacabuco
Donde muy más que invulnerable Achiles
Ató á su carro al español feroce.
No ha escarmentado su ambición insana,
Y otra vez vuelve, y el visir de Lima
Vengarse aun cree de la pasada afrenta.
Desde el alto dosel, que rojo dice
La sangre que inocente lo ha teñido,
Reuniendo á los bárbaros sayones
Que de Hesperia vinieron, les ordena
Surcar en breve el piélago anchuroso,
Y abrasar y destruir el altar santo
En que la dulce patria es adorada.

Del Pacífico mar la espalda oprimen
Preñadas naos de armada soldadesca;
Más ¡ó presagio! el Indo sacerdote
Vé entonces desde el seno de las aguas
Levantarse á los cielos una nube,
De sanguíneo color y vasta mole;
Al sol, que va marchando hacia el ocaso,
Ella se opone cual barrera inmensa.
Pero agitando su diadema de oro,
El la entreabre, la rompe y desvanece,
Y con radiante faz se precipita
En las salobres cristalinas ondas.
Consultado el oráculo declara
Prodigio tal en pro de los indianos.
Del rico Chile ya la playa abordan
Entre salvas y vivas los iberos,
Y el nombre invocan de su rey Fernando,
Como el de un dios, idólatras feroces.
La griega mole en la funesta noche
Que á sangre y fuego pereció el troyano,
No arroja de su vientre gente tanta,
Como cada una de las fuertes naves
Que transportó las huestes enemigas,
La voladora Fama anuncia luego
A San Martín, que crueles invasores
El suelo pisan que en unión juraron
Defender los chilenos y argentinos,
La nueva hace saber á las legiones
Del ejército patrio su caudillo.
«Los tiranos, les dice, ya se acercan,

«Vereis en breve mas tremendo Marte,
«Mayor será la gloria, mas laureles
«En el campo de honor alcanzaremos».

Osorio avanza, el adalid famoso
En quien confía el opresor Pezuela;
Marcha veloz hasta avistar osado
El ejército unido de la patria;
El Maule pasa, y su altivez aumenta.
¡Infundada soberbia! ¡vano orgullo!
Sus corrientes no son cual las del Xanto,
Que rebosando el anchuroso cauce,
Furiosas detuvieron á los griegos,
Cuando iban á sitiar la antigua Troya.
No de muy lejos los patriotas miran
Cubrir el cielo nube polvorosa
Que levantan las huestes del contrario;
Ya escuchan el rumor de los clarines
Con que á explorar se avanzan los ginetes;
Ya San Martín sobre el bridón fogoso
Discurre proclamando á los soldados
Del ejército patrio, y de su pecho
Llevador de trabajos, comunica
El fuego generoso que en él arde;
Ya la jornada militar ordena
En que al contrario observa y lo fatiga
Con amagos marciales repetidos.
Los pacíficos dioses, que presiden
A los valles y fértiles comarcas
Del abundoso Chile, se refugian

Al libre Arauco, al oír que fiero ruge
Herido el león soberbio de Castilla.
El ejército unido y el contrario
Sobre Talca se ven al tiempo mismo
Que el sol va á sepultarse en occidente.
Sucede el negro imperio de la noche;
Cubre toda la tierra; y el caudillo
Vigilante y activo varios planes
Medita en su alta mente; el jefe hispano,
Que las fuerzas conoce de la patria,
Y su arrojo y bravura, desconfía
De su poder furioso y agitado.
Como el redil acecha el lobo hambriento,
Que en tempestuosa noche sed rabiosa
De sangre lo devora y se embravece;
Así se halla el hispano, y en mil iras
Se abrasa por destruir la indiana hueste,
La luna con su giro silencioso
La noche acompañaba, iluminando
Con su argentada llama á los mortales;
Ningun signo fatal, ningun agüero
Pudo anunciar el mal que preparaba
La astucia del ibero á nuestras fuerzas:
A Hécate invoca y á los dioses todos
Que en las nocturnas sombras dan auxilio
Al mortal despechado; bruscamente
El patrio campo ataca; al arma, al arma
Prorrumpen los soldados, y á batirse
Y á defenderse corren; mas en vano
Su impertérrito brío; se confunden

El amigo y contrario, y retirarse
A las aliadas tropas es forzoso.
El bravo San Martín á mil peligros
Se arroja reuniendo á los soldados,
Que se dispersan por distintas rutas.
Como cuando el leopardo se ve herido
Por la turba de diestros cazadores,
Las iras reconcentra, y poderoso
Por los venablos rompe, y se abre paso;
No de otra suerte San Martín valiente
Atropella las haces enemigas,
Y del campo se aleja con los restos
Que la adversa fortuna ha perdonado.
Infatigable siempre, noches, días
Lo ve el pueblo chileno, cual invoca
El nombre de la patria, sus derechos,
Y la gloria, y el brillo de sus armas;
A voces tan sagradas, que en sus labios
Adquieren mayor fuerza, se reune
El ejército aliado, y se rehace.
Del Maypo á las llanuras se dirige,
Y arde en deseos de volver en llanto
Y luto la soberbia del ibero,
Que cual engreído Xerxes se aproxima;
Como plagas fatales sus columnas
Se mueven arrasando las campiñas,
Hasta acercarse rápidas al campo
Del ejército indiano; ya se avanzan,
Ya amagan, se retiran; nuestro jefe
Sobre él resuelto marcha... La sangrienta

Batalla va á empezar: Caliope sacra,
Inspírame propicia digno canto
Con que pueda pintar heroicos hechos.

El horrísono bronce ya retruena,
Y lejos lanza de una y otra parte
La muerte horrible; Marte sanguinoso
Rechinar hace el carro de la guerra.
Al frente San Martín de sus legiones
Da ejemplo de valor, y les ordena
Un terrible silencio, que interrumpe
El estruendo tan solo de las armas.
Unidas marchan las indianas huestes
Contra el hispano, que en horrendo fuego
Inflamando sus líneas las recibe;
Mas el jefe ha ordenado, y nada puede
La carga detener con que se avanzan
A destrozar las fuerzas enemigas.
El valor frío, la constancia asombra
De los patriotas; aun está encerrado
En su mosquete el rayo de la guerra,
Aun no hacen uso del cortante acero,
Apesar de que muchos ya regaron
Con su sangre la tierra, y muertos yacen.
Pero llegó el momento de venganza,
¡¡Homicidas feroces!! Como suelen
Estrellarse las olas montañosas
Del conturbado Océano en los muros
De la soberbia Gades, derribando
Grandes masas; así nuestros campeones

Entre el fuego y el humo acometiendo,
Destrozan, talan, queman, y derriban
Cuanto al impulso fuerte se le opone
De la terrible aguda bayoneta.

De los infantes el sangriento choque
Auxilian los ginetes, arrollando
Las enemigas lanzas; corvo el sable
Fulminan, rompen sólidas columnas,
Que en contra forma la española gente.
Los duros callos del fogoso bruto
La tierra baten, pisan y destruyen
Truncados cuerpos, miembros palpitantes,
La lid está dudosa, se enfurece
Alecto entre millares de guerreros;
La ibérica falange se reune,
Y á cargar vuelve con mas dura saña.
Aquí Balcarce, y Alvarado, y Heras,
Y Quintana sus fuerzas desplegando,
La rechazan al fin, y ocupan fieros
Regado en sangre el campo de batalla.
¡¡Cuánto la patria os debe, héroes invictos,
En tan duro conflicto!! Mas aun resta
Otro y otro combate en que la parca
Ve á torrentes la sangre derramarse.
El aire rompen con silvido horrendo
La balas del contrario, el suelo cubren
Cual lluvia de granizo conducida
En alas del austro embravecido.
En la diestra el acero fulminante

Domina San Martin á la campaña
Cercado de peligros y de muerte;
Dueño de la fortuna y de sí mismo,
Su espíritu guerrero nada turba;
Los ataques dirige, manda estragos,
Como otro Jove que á la densa nube
Reventar hace en rayos formidables.
¡Gracias, ó fiero Marte! ¡Dios terrible!
En tal matanza tu sangrienta mano
La vida respetó del gran caudillo.
Todos los jefes su valor concentran
Para el extremo decisivo impulso
Con que envuelven, y baten y acuchillan
A los fieros hispanos que á la fuga
Se dan ó rinden los soberbios cuellos.
Por todas partes gritos de victoria
De la lid en el campo ya resuenan;
El clamor sube hasta el sagrado Olimpo,
Y se alegran los seres inmortales
Del triunfo de la patria mas glorioso.

La Fama al punto por el aire vaga
Sus alas desplegando, á las naciones
Vuela á anunciar la memorable hazaña
Del fuerte San Martín. Sí, jefe invicto,
Ni leonidas al frente de los bravos
Que á Thermópilas lleva, ni Milciades
Al persa altivo en Marathon venciendo,
Tuvieron el valor, y genio ardiente
Que te inflamaba en la tremenda lucha.

Con tu égide has cubierto poderosa
La patria libertad; tú en adelante
Serás llamado Aníbal argentino
Que enseñaste la senda que conduce
De la inmortalidad al templo augusto:
En columnas de bronce, allá grabados
Los nombres se leerán de los guerreros
Que supiste llevar á la victoria
En los llanos del Maypo; siempre eterna
Será en el continente columbiano
De San Martín la gloria esclarecida.
 Y vosotras, ó sombras inmortales,
Que el fuerte heroico aliento habeis rendido
En el sangriento choque, mas gloriosas
Vais á vivir en los Eliseos campos
Entre los libres de la antigua Athenas:
Mirad de allá que del ejemplo vuestro
Mil y mil combatientes han nacido,
Que libertar la patria firmes juran,
O guerreando en sus ruinas sepultarse.

CANCIÓN *

PARA LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE MÚSICA
DE BUENOS AIRES
EN LAS FIESTAS MAYAS

CORO

De la patria el gran día, argentinos,
Con acentos festivos cantad,
Y creciendo en virtudes, hagamos
Su glorioso renombre inmortal.

Siempre en llanto la América toda
Por tres siglos gemía humillada,
Y en cadenas al carro ligada
Del ilustre ambicioso invasor;
Mas en Mayo el valiente argentino,
De su llanto y dolor penetrado,
Corrió al campo de Marte indignado
A salvarla ó morir con honor.

CORO

Buenos Aires, en Mayo, mil gritos
Levantando de guerra y venganza,
A los pueblos á firme alianza
Concitó con esfuerzo inmortal:

---

* Está en La Colección, pag. 29, firmada y fechada. No está en La Lira.

De su seno partiendo animosa
La falange de libres, aterra
Al tirano en el valle, en la sierra,
Que la espera con saña infernal.

CORO

Buenos Aires el rayo terrible
Fulminó contra el déspota fiero,
Por dos lustros blandiendo el acero
La vió el Sol combatir la opresión:
A su estruendo de guerra los montes
Del Perú ya después resonaron,
Y sus hijos ardientes clamaron:
Libertad, libertad, firme unión.

CORO

Llevó al templo del Sol sus banderas
El valiente guerrero argentino,
Llegó al mar, y cual númen divino,
A mil monstruos osó domeñar:
Y fué en vano que fuego y horrores
Vomitara en su daño el abismo,
Que logró por un nuevo heroísmo
De sus furias por siempre triunfar.

CORO

De cadenas América libre
Fué del mundo asombrado envidiada,
Y á la cumbre de gloria elevada
Del oriente al ocaso brilló:

Que sus hijos con sangre enemiga
Sus antiguas afrentas lavaron,
Y los altos destinos mostraron
Que el Eterno en su frente escribió.

CORO

Premio hallaron las arduas fatigas
De los hijos de América fieles,
Y á la sombra de hermosos laureles
Hoy disfrutan feliz libertad:
En su trono los reyes vacilan
A los cantos de gloria que entonan,
A las voces que al mundo pregonan
De los hombres la santa igualdad.

CORO

Mayo 25 de 1823.

ODA *

AL TRIUNFO DEL VICE-ALMIRANTE LORD COCHRANE SOBRE EL CALLAO, EL 6 DE DICIEMBRE DE 1820.

.... Terribil fos ti Qual tempesta, ó guerrier de flutti tuoi.

Ossian.

¿Qué varón, dime, ó musa, tan terrible,
Tan experto en las lides peligrosas,
Como el ilustre Cochrane, triunfar supo
En los mares de América y Europa
De la saña enemiga
Con vigilia inmortal y árdua fatiga?

¿Quién, como él, en el orbe fué inflamado
De un fuego tan heroico, tan sublime,
Cuando, previendo el porvenir dichoso,
Que el cielo al nuevo mundo preparaba,
Decide en su alta mente
Su esfuerzo unir al de la indiana gente?

Nadie jamás: al invencible Cochran
Enciende, agita, causa sacrosanta:
La libertad de mil generaciones,

* La Colección, pag 137. La Lira, pág. 320.

Que ya sus glorias á cantar empiezan,
Sobre los Kooks y Ansones
Que honor dieron y gloria á los bretones.

Un volcán es su pecho generoso
De virtudes guerreras; no le es dado
Más tiempo resistir, y despreciando
Los palacios y torres eminentes,
Que la Europa pregona,
Al furor de las ondas se abandona.

Luchando con los vientos borrascosos,
De la soberbia Albion, del patrio suelo
Con ánimo esforzado se retira
Para vengar a los hijos de Colombia
Del duro cautiverio,
Con que oprime la España su hemisferio.

Vuelta la faz al septentrión helado,
De las brillantes Osas se despide,
Y tendiendo al Antártico la diestra,
Como en acción de señalar las tumbas
Del Inca virtuoso,
A sus manes promete dar reposo.

¡Oh padre de los vientos, favorable
Encadena á los fieros aquilones,
Mientras navega por los altos mares
El ínclito Bretón, que ya traspasa
El Ecuador ardiente
En demanda del Indo continente!

Y vosotras, ¡oh estrellas refulgentes!
Acompañadle en su gloriosa empresa,
Que hoy más que nunca observa vuestro brillo
Hasta llegar al puerto suspirado;
Pues un fugaz momento
Un siglo vale para su alto intento.

Mas ¡oh ventura! ya á engolfarse empieza
En los mares del Sud, las altas cimas
De montes gigantescos descubriendo.
Fama es que los Tritones á su arribo
La nave circundaron,
Y á todas las riberas lo anunciaron.

El pueblo entonces del heroico Chile,
Que juró guerra eterna á los tiranos,
Al puerto corre, y entre alegres vivas
Liberal lo recibe; ya su nombre
A todo pecho inflama,
Y el genio su heroismo ya proclama.

Temblad, temblad, sangrientos opresores,
Que dominais en la opulenta Lima;
Temblad, temblad, de los terribles golpes,
Que ha de lanzaros la indomable diestra
De Cochran invencible;
Temblad, temblad en vuestro asiento horrible.

No lo quiero pintar cuando destroza,
Y hunde en los mares el bajel guerrero,
Con que el hispano su valor insulta:

No visitando intrépido las costas,
Que el Pacífico baña,
Con terror y vergüenza de la España.

No como en el Callao desde el alcázar
Fulmina nuevos aterrantes rayos, (1)
Rayos de las materias inflamadas
Que allá en su abismo encierran los volcanes,
Y son al enemigo
Un presagio fatal de su castigo.

Si me asistiera el magestuoso acento
De Píndaro sublime, si al Olimpo
Yo me elevase en vuelo arrebatado,
No bastara á pintar el nuevo arrojo,
Que ahora Cochran medita,
Y á riesgos mil y mil lo precipita.

Al medio de la noche, al sordo ruido
Con que baten las olas espumosas
El flanco de la nave, se dirije
A forzar en su puerto al enemigo,
Que no espera confiado
Ataque recibir tan denodado.

A los primeros golpes se resiste
La altiva nave (2) que combate Cochran;
Crece el clamor de la marina gente,

(1) Los cohetes incendiarios.
(2) La fragata de guerra Esmeralda.

El silencio terrible se interrumpe,
Y responden entonces
Del gran baluarte los tremendos bronces.

Retumba lejos en los hondos mares
El formidable estruendo; por momentos
Se ilumina la atmósfera y se inflama,
Cruzando con brillar interrumpido
Los globos de la muerte,
Que España arroja del castillo fuerte.

¡Oh teatro á un tiempo de pavor y gloria!
Igual era tu aspecto al que presenta
El Etna mugidor en noche obscura,
Cuando vomita un mar de ardiente lava,
Y al bramar de su seno,
El rayo siguen y espantoso trueno.

En medio Cochrane del horror y estrago
Ejemplo es del soldado y marinero,
Que ya claman ¡victoria!.. de un mosquete
El mortífero plomo despedido,
Silvando á herirlo viene;
Mas su glorioso triunfo no detiene.

Su sangre ve correr y al punto exclama,
Recibe, oh gran Colombia, este tributo,
Que á tu sagrada libertad consagro;
Y rinde en tanto la alterosa nave,
En que funda el hispano
Su naval fuerza con orgullo insano.

Tú entonces, jefe ilustre, allí la sombra
Terrible viste del invicto Nelson,
Que en el duro combate te animaba
Con su inmortal ejemplo; tú excediste
Las glorias de aquel día,
En que humilló de España la osadía.

Al frente del Callao la nueva aurora
Te vé mostrar el triunfo, que arrancaste
Del centro del poder á los tiranos:
La fama vuela hasta el visir de Lima,
Que en su dosel erguido
La santa humanidad tiene en olvido.

Se turba y oye, pálido el semblante,
La nueva que sus próceres le cuentan:
Es en vano el despecho y rabia ciega,
Con que invoca á las furias infernales;
Que el Dios del mar potente
Hoy á Cochrane ha dado su tridente.

Salve mil veces, célebre caudillo,
Que el Pacífico surcas, tremolando
En triunfo el pabellón que te confía
El estado chileno: tus hazañas
Dan hoy gloria y consuelo
Al peruano oprimido, al patrio suelo.

Tú á los altos designios consagrado
Del bravo O'Higgins y San Martín invicto
El mar del Sud dominas; tú aseguras

Un nuevo astro de paz á las naciones,
Y un templo á tu memoria,
Donde por siempre brillará tu gloria.

A LA LIBERTAD DE LIMA

POR LAS ARMAS DE LA PATRIA AL MANDO DEL GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTÍN

CANTO LÍRICO *

No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio
Sobre el globo infeliz, llevando insanos,
A doquier el terror, el llanto, el duelo,
La viudez y horfandad: en vano el trono
Ven con ardiente celo
Guardar á los ministros de su furia;
En vano fieros desde el alto asiento
Desu injusto poder miran los males
De pueblos oprimidos y obedientes
Por largo espacio al ímpetu violento
De su cruel ambición; ya las señales
De su ruina y oprobio están presentes:
Llega por fin el dia, en que hasta el polvo
Su soberbia humillada
Será de las naciones execrada.

* La colección pag. 144.—La Lira pág. 381.

Así el poder de Jerjes orgulloso,
Así el dominio del feroz Atila,
Tan solo en la memoria
Duran hoy de los hombres, y es su gloria
Del orbe aborrecida: ya pasaron:
Cual plagas espantosas, y á la tierra
Solo largos recuerdos le dejaron
De incendios, muerte, asolación y guerra.

Asi, ó España, vimos
Caer aquel vasto y gótico edificio
Que á su infausta ambición, sobre las ruinas
De dos ricos imperios, levantaste
En el nuevo hemisferio: al torpe vicio,
Al sórdido interés abandonada,
Fuiste esclava á tu vez, también probaste
En justa pena de tu horrendo crimen
El duro yugo que la ardiente espada
De Napoleón te impuso. Entonces gimen
Tus hijos degradados, los que fieros
A Colombia destrozan y la oprimen.

Cuando allá de los altos Pirineos
Hasta el soberbio muro gaditano
Los brillantes trofeos
Las águilas francesas anunciaban
Del César más altivo, heroicos gritos
Por todo el nuevo mundo resonaban
Contra la antigua España y sus decretos,
Que del colono con la sangre escritos,
A eterna esclavitud lo condenaban.

Diez años á los hijos de Colombia
Sobre los montes y tendidos llanos
Vió el sol entre fatiga,
Y muerte y destrucción, la horrenda liga
Combatir de los bárbaros tiranos,
Invocar de la patria el santo nombre,
Y constantes y fieles
Su vida consagrarle y sus laureles.

Más súbito, al estruendo formidable
Y confuso clamor, alto silencio
Se sigue, comparable
Al que vemos reinar en el oceano,
Cuando ya cesa el aquilón furioso
De agitarlo y bramar; cuando sus aguas
Blandamente del céfiro movidas,
Calma dan y reposo
A las almas de espanto confundidas;
Silencio majestuoso,
Que á la opulenta Lima ya cercano,
San Martín interrumpe cuando clama,
¡ Independencia al suelo americano !

Oye el atroz tirano
Este augusto decreto del Eterno
Con profundo terror: el negro averno
Abierto vé á sus pies, cual otras veces
Al oír la voz del trueno retumbante
Que le acusa de crímenes horrendos,
¡Oh gloria! San Martín ya entra triunfante

A la gran capital, donde reinaba
El sangriento poder, la vil codicia,
Que á ejemplo de Pizarro, devoraba
Al visir orgulloso;
Aquí los fieros déspotas, viviendo
Tres siglos en deleite escandaloso,
La miserable suerte
Del colono un momento no aliviaron,
Y á servidumbre y muerte,
Gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la patria
Marcha la Libertad, hermosa brilla
Y augusta la Razón; glorioso dia!
Ya disipan sus rayos luminosos
La noche del error que antes cubría
Con un velo fatal los espantosos
Designios del tirano:
Ya en toda Lima el himno soberano
De Libertad resuena;
Ya rota la cadena
De amarga esclavitud, canta las glorias
Del grande Capitan; ya los clamores
De un pueblo agradecido las victorias
Publican de los libres:
¡Libertad! ¡Libertad! sublime acento
Que lleva el eco desde el hondo valle
A los montes mas altos y fragosos,
Y repiten los mares procelosos.

Oh ilustre pueblo! en el más fuerte asilo
De antiguos opresores, circundando
De bárbaros sayones,
Valorar la virtud aun no te es dado
Del fuerte de los fuertes, del gran genio,
Que al frente de guerreros escuadrones,
De audaces poderosos enemigos
Venció la rabia insana:
Tú, que á la dulce libertad hoy naces,
Aun no puedes saber de cuanto lustre
Ha colmado á la gente americana:
En tu dicha inefable y suspirada
Pregúntalo á los pueblos, que del yugo
Libertó de opresión su heroica espada;
Oye los claros hechos,
Que del héroe pregonan
Los pueblos libres en sagrada alianza,
Y une á los cantos, que á su gloria entonan
El debido tributo de alabanza.

San Martín animado
De celestial impulso, en el gran libro
Leyó de los destinos, que Colombia
Largo tiempo oprimida
Por la ambición mas bárbara y funesta,
Cobrando nueva vida,
Rompiendo sus prisiones,
Alzarse debe libre, independiente
De la soberbia España,
Y triunfadora de su cruda saña

Bella y rica mostrarse á las naciones.
El intrépido jefe los peligros
Contempla y las distancias,
Que ha de arrostrar en la gloriosa empresa:
Ora al tirano vé, que armado en muerte,
Un momento no cesa
De oprimir obstinado, y á la suerte
De la patria oponerse venturosa;
En el carro tremendo
Ora lo vé en la lucha sanguinosa,
Y entre el horror de muertes mil cayendo
Vé al generoso indiano: más es justa
La causa que al caudillo el pecho inflama;
Sí, de los cielos la justicia augusta
Ordena combatir; pronto la sangre
Se verterá á torrentes,
Y caudalosos rios por tributo
La llevarán al mar en sus corrientes.

El sagrado entusiasmo en tanto crece
Del fuerte San Martín, que se imagina
El cuadro portentoso
De las generaciones venturosas,
Que á tanto precio poblarán un dia
Comarcas numerosas
En el indiano suelo:
Rasgando el denso velo
Del árduo porvenir, al firmamento
Alza los ojos y al eterno implora
En favor de la patria, á quien su aliento

Generoso consagra. Arrebatado
De tan alto pensar, allá en la cima
De los Andes que el sol eterno dora,
Vé á Colombia sentada; ella lo anima
Con expresivo maternal acento
A ejecutar, como hijo denodado,
Los planes que medita:
Ella le muestra su fecundo seno
Herido y destrozado
Por el rayo y el trueno,
Por la sangrienta guerra que lo agita;
Ella el camino de la excelsa gloria,
La senda hermosa del honor señala
Al jefe ilustre, que vengarla debe
Con eterna victoria
De su tormento á que ninguno iguala.

Portento tal de San Martín inflama
El pecho fiel, su brazo fortifica:
En la diestra el acero fulminante
El bélico furor ya comunica
A la hueste que en Cuyo preparara
Al estruendo y estragos de la guerra.
Fué entonces débil muro
A la gigante empresa que formara,
La alta y nevada sierra:
En asilo seguro,
Al otro lado de la mole inmensa,
Se creyó largo tiempo el vil tirano,
Cuando repente con asombro escucha,

El sonoro clarín del bravo indiano,
Cuando con ojos aterrados mira,
Que San Martín á la tremenda lucha
Descendía con fuertes batallones,
De la fragosa altura al fértil llano,
De libertad alzando los pendones.

¿Quién podrá retratar los movimientos
De gloria y alto, honor, que lo agitaban,
Allá en la cumbre de soberbios montes
Del éter puro en la región sublime?
¿Quién logrará los altos pensamientos
Dignamente cantar, que lo elevaban
Sobre la esfera entonces
De las pasiones viles, que obscurecen
La mente del común de los mortales?
A designios tan nobles, tan augustos
Los acentos de Clío desfallecen;
Para ejemplo y asombro los anales
Del mundo lo dirán: no fué de Anibal
Tan heróico el aliento,
Cuando el consejo y fuerza del Romano
Allá sobre los Alpes contemplaba.
Y eterno monumento
En Cannas á su gloria levantaba.

Asi fué, que, cual rayō desprendido
Del alto cielo en tempestad sonora,
Destruyó en Chacabuco el yugo infame
Que al chileno oprimía;

Despues en Maipo en más tremendo dia,
A esfuerzos de valor y de constancia,
A la patria salvó, dobló la afrenta,
Y humilló la arrogancia
Del opresor sangriento, que tornaba
Mas fiero y confiado
En huestes numerosas que mandaba,
Entonces San Martín un nuevo Estado
Dió á la sagrada causa: en premio entonces
El vió cuanto brillaba
Su heroísmo á la faz de las naciones;
El oyó resonar su claro nombre
En las dulces canciones,
En los cantos heroicos, que los hijos
De Apolo consagraban inspirados
A sus grandes hazañas; todos vimos,
Que los dardos cntonces disparados
Por la rabiosa envidia contra el héroe,
En su escudo luciente, impenetrable
Volaban á romperse: así admirable
Respondió San Martín á la esperanza,
Que un dia en él fundaron
Buenos Aires y Chile,
Cuando sus uobles armas le confiaron.

Mas aun no era bastante
A su grande alma el español orgullo,
En Chile por dos veces humillado:
Aqui tan solo ejecutaba parte
De los planes profundos que en su mente

Continuo revolvía: nuevo Marte
Debe ser y llevar rápidamente,
Mas allá de los montes,
Mas allá de los mares
Las armas de la patria: consumada
Así la libertad, así la gloria
De Colombia verá; su fuerte espada
Aun debe fulminar, hasta que en Lima
Se vea entrar triunfante
El altar de la patria; aun es forzoso
El sólio derribar, que allí arrogante
En triste aciago dia
Por tres siglos alzó la tiranía.

El jefe ilustre del heróico Chile
De San Martín la empresa favorece;
¡Cuanto se inflama el atrevido genio!
¡Cual su entusiasmo crece,
Al llegar á las playas arenosas
Del Pacífico mar! Oír le parece,
Al ruido de las olas espumosas,
Las plegarias fervientes
Del Perú, de sus pueblos numerosos,
Que contra los tiranos inclementes,
Auxilio les demandan animosos:
Esperad, esperad, gente peruana;
Favorables los vientos
Impelen ya las naves atrevidas,
Que os llevarán la hueste americana
Ellas van conducidas

Por el nuevo argonauta, el grande Cochran,
Que triunfa de los fieros elementos,
Y en tus costas humilla
El pendón ominoso de Castilla.

¡Cuánto furor enciende á los tiranos
Al éco de la Fama, que publica,
Que á su imperio los hijos belicosos
Abordan de la patria! A los prestigios
Del fanatismo odiosos,
Y á las armas acuden: asombrados
Huyen sus ojos del profundo abismo
Donde caerán por siempre sepultados.

¡Cuanta sangre y sudor, cuanta fatiga
Os esperan, soldados de la patria,
Antes que en el Perú logréis dichosos
Arrancar el laurel de la victoria!
En medio de verdugos espantosos,
Aún el visir de Lima
Eterno cree su imperio,
Aún os condena á eterno cautiverio,
Aún los brazos armados por su furia,
Impele en vuestro daño á los combates;
Mas una vez y mil en vuestro aliento
Encuentra oprobio, ruina y escarmiento.
Tened vuestro furor, crueles tiranos;
Muchas veces la tierra
Se estremeció con el horror y espanto
De asoladora guerra

Que movisteis á pueblos, que del hombre
Los sagrados derechos invocaban;
Mas de vuestra crueldad ellos triunfaban,
Y sobre vuestras ruinas muerte ó gloria
A la *divina libertad* juraban.

Decid, oh Grecia, oh Roma,
Oh Helvecia, y tú, oh Boston, en la árdua empresa
De vuestra libertad, cuantos furores
Tuvísteis que arrostrar; decid las plagas,
Las muertes, los horrores,
Que en medio de vosotros arrojaron
Los déspotas feroces; mas con gloria
De tanto mal triunfaron
Vuestro valor y sin igual constancia.
Oh Colombia inocente,
También oponen pechos de diamante
Tus hijos esta vez al gran torrente
De la devastación: ¡felice día!
Hoy un muro de bronce han levantado
Entre ellos y la horrenda tiranía.

Vano es que en el Lima el oro con el fraude
Hoy prodigue la raza de tiranos
A mercenarios viles; los valientes
De la patria se acercan,
Y con rayos ardientes
Las falanges combaten y destrozan
Del bárbaro opresor; solo en la fuga
Busca ya su salud, abandonando

A la gran capital: más ¡ay! primero
Con despecho nefando
Sus fueros más sagrados atropella,
Le arranca sus tesoros, y cargado
De crímenes horrendos, á los montes
Corre precipitado
A ocultar su ignominia; ya el soldado,
Que desmaya infeliz en su carrera
Con saña nunca vista, la mas fiera,
Por el hispano jefe es inmolado!
Como la densa nube,
Que amaga destrucción, es impelida
Al remoto horizonte por el viento,
Así de espanto herida,
Para eterno escarmiento,
Huye la hueste sanguinosa, y deja
De su ambición el poderoso asiento.

¡Libertad! ¡Libertad! Las altas torres
Del orgullo europeo convertidas
En polvo caen, y el ídolo sangriento
Del fanatismo horrible: ya el palacio
Ocupa San Martín donde las leyes
De sangre se dictaron: largo espacio
Allí adoróse la soberbia imagen
De los hispanos reyes;
Más hora en Lima el pérfido tirano
No encuentra algún asilo á su vergüenza;
Hoy muere su esperanza,
Pues no puede surcar el Océano,

Y allá en Europa concitar la saña,
Cual en un tiempo, de la fiera España.

Salve, genios ilustres (1), que inflamados
A la luz de la gran filosofía,
Pudísteis anunciar del Nuevo Mundo
La libertad á todas las naciones:
Sale una vez y mil, sabios varones;
Ved ya, para consuelo, realizada
La teoría del bien, que al hombre un día
Le fué en vuestros escritos revelada.
Cuando la espesa nube del misterio
En larga noche, tenebrosa y fria
Los pueblos infelices conservaba;
Cuando la España con pesado cetro
De América los brillos eclipsaba,
Vuestro sagrado acento
Fué una luz celestial, fué luz divina,
Que al mísero colono dió el aliento,
Con que después rompiera
El yugo abominable, que tres siglos
En oprobio del hombre le oprimiera.
Vuestros nombres el mundo agradecido
Jamás olvidará. Ved ya destruído
Para siempre el contrato, (2)
Que en ruína de los incas celebraron

(1) Montesquieu. Raynal, Filangieri y otros filosofos amantes de la humanidad. También merece la mayor consideración á los americanos Mr. De Prad, por sus escritos en favor de su libertad.

(2) Francisco Pizarro, Diego de Almagro, y Fernando de Luque se asociaron para emprender la conquista del Perú.

La vil codicia y ambición sangrienta:
Aquel contrato horrendo,
Que selló el fanatismo (1), y aún lamenta
La triste humanidad: ella aún gimiendo
Nos recuerda, que un día fué insultado
El Dios de paz en sacrificio augusto
Por tres hombres feroces invocado.

Cese, pues, gran Colombia,
El compasivo llanto, que derramas
Sobre las tumbas de tus caros hijos,
Que vibrando su espada,
Del septentrión al sud por tí murieron;
Tus ojos, largo tiempo encadenada,
Harto llanto vertieron;
Hoy libre de opresión, en ellos brille,
La más dulce alegría;
Los himnos oye, con que te saludan
De un polo al otro polo tus guerreros
En tan dichoso día.
Ved como, vencedores del tirano,
Levantan á porfía
Altares á tu nombre soberano.
A tí, patria querida, han consagrado
El código sublime
De nuevas sabias leyes, que han formado:
Ellas fruto sagrado

(1) Luque consagró públicamente una hostia, consumió parte de ella, y el resto lo repartió entre sus asociados, jurando los tres por la sangre de Dios no perdonar, para enriquecerse la vida del hombre.

Son de virtud y sangre generosa,
Con que la faz de tu hemisferio hermosa
En lides mil y mil enrojecieron,
Cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo
Crecerá majestuoso
De libertad el árbol sacrosanto;
Sobre los montes alzará su frente,
Y sus ramas pomposas
Cubrirán el más vasto continente.
Sí, que el día ha llegado,
En que el antiguo déspota humillado,
En su rabia inhumana,
Los hombres todos de diversos climas
Den aumento á la gente americana.

Ya tus altos destinos
Se pronuncian, oh patria, en los consejos
De tus sábios varones:
Tus fieles hijos todas las regiones
Pueden ya visitar; no, no está lejos
El día en que los libres de occidente
Que habitan en tu imperio,
Lleven al Indo y Ganges caudalosos,
Sus frutos y tesoros más preciosos.
Por más breve, más próspero camino
Sus naves llegarán al golfo indiano,
No como el lusitano, (1)

(1) Vasco de Gama fué el primero, que en demanda de las Indias Orientales dobló el cabo de las Tormentas, hoy llamado de Buena Esperanza.

Cuando en el Tormentorio navegaba,
Y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podréis jamás, crueles tiranos,
Tanta dicha estorbar, que el cielo envía
A la angustiada tierra:
Ni la superstición, ni el fiero orgullo,
Que en vuestros pechos de crueldad se encierra
Renovarán nuestros pasados males.
¡¡Feliz posteridad!! De vuestros bienes
Hoy nos dá la razón claras señales;
¡Mi mente, al contemplaros, cual se agita
En un furor divino!
Yo veo del alcázar del destino
Súbito abrirse las ferradas puertas,
Y allí en letras de fuego escrita leo
Vuestra dicha futura.
No, no es grata ilusión, vano deseo;
Que fiel me lo asegura
La sagrada *opinión* que al Nuevo Mundo,
Al orbe, á todos clama:
Libertad, libertad, fuera tiranos,
Que toda esclavitud al hombre infama.
¡¡¡Época memorable!!! Ya los pueblos,
Que tan altos acentos hoy escuchan,
Como las olas de la mar se agitan,
El carro de la guerra precipitan
Contra el cruel despotismo, y fieros luchan.

Y tú, España, que largo tiempo esclava
Del poder más fanático y sangriento,
Con sangre y fanatismo esclavizaste
Al Nuevo Mundo, empieza ya á ser justa.
Si es verdad, que respiras hoy el aura
De libertad augusta,
De esta eterna deidad, que el Orbe adora,
No quieras por más tiempo ser señora,
De Colombia inocente;
Reconócela libre, independiente
Del trono de tus reyes.
Si hoy al fin olvidada
De tus sangrientas leyes
Aceptares la paz, que te ofrecemos,
Con fervor sacro, y en un mismo idioma
La libertad del mundo cantaremos,

¿Pero qué monumento, oh gran Colombia,
Consagrarte debemos,
Cuando á la faz de todas las naciones
Libre, joven y hermosa te presentas?
¿Donde el sublime artífice hallaremos,
Que en su obra muestre cuanto bella ostentas?
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos
De Egipto las pirámides enormes,
Los grandes obeliscos consagrados
Hasta ahora al fanatismo y al orgullo?
No, que tus fuertes hijos inflamados
Del entusiasmo ardiente,
Te alzarán al Olimpo,

De un modo más grandioso y permanente
Que el griego y el romano,
Cuando con mano experta y atrevida
A mármoles y bronces dieron vida.

Tu prole venturosa
Subirá á la alta cima
De los nevados Andes; allí el genio
Inflamará su audacia hasta que imprima
Gigante humana forma y asombrosa
Al mayor de los montes; en la estatua
De la divina libertad la tierra
Lo verá convertido;
Estatua que resista al gran torrente,
De los siglos, y triunfe del olvido;
Estatua colosal, nuevo portento,
Que domine las tierras y los mares.
Así los navegantes,
Que osados dejan los paternos lares,
Así los fatigados caminantes,
Al ver de un horizonte más lejano,
Tan alto monumento,
Saludarán con alma reverente
A la deidad, al númen soberano,
Que por siempre será de gente en gente
Invocado en el mundo americano.

AL PUEBLO DE BUENOS AIRES *

ODA

Ya un día, para ejemplo
De los que intenten subyugar al hombre,
El grito heroico alzamos
De libertad; á tan sagrado nombre
Por dos lustros la espada fulminamos
Contra la usurpación y tiranía
De tres siglos de horror. ¿Quién de nosotros
No corrió á combatir, al fuerte acento
De la patria oprimida? ¿Quién la sangre
De ira y honor hirviendo no sentía,
Al ver flotando majestuoso al viento
El estandarte patrio? Entonces fueron
La humillación, y espanto, y agonía
Del bárbaro opresor; la gloria entonces
Los heroes patrios de su esfuerzo vieron
Entre el rayo y el trueno de los bronces,
En los rios de sangre que vertieron.
Largo tiempo Belona nuestros campos
Y en su carro Mavorte recorrieron,
Y de América el triunfo hasta los mares
Los llanos y los montes repitieron.

---

* La Abeja Argentina, núm. 10. La Colección pág. 185. La Lira páa. 434.

El sacro Dios del argentino rio,
Sus deliciosas grutas olvidando,
En la fértil orilla se mostraba,
Y con voz majestuosa
Los cantos de victoria acompañaba,
Que en coros numerosos
En tiempo tan heroicos entonamos,
Mas ¡ay! vino el momento
Fatal en que escuchamos
Los gritos engañosos
De la discordia horrible, y olvidamos
Tanta prez y alto honor; en nuestros pechos
Derramó su ponzoña el monstruo infando,
Y rotos y deshechos
Los vínculos sagrados
De unión y de amistad, abandonados
De todo númen tutelar nos vimos.
¡Oh Dios! La civil guerra
Yá yá la destrucción amenazaba
Del pueblo á quien no pudo
Ni una vez amedrar la antigua España
Con su cruel fanatismo y fiera saña.

Hoy que el génio del bien al fin triunfante
Arrojó al negro abismo
Al error ciego y ambición sangrienta;
Hoy que la Paz divina en nuestro oriente
La bienhechora oliva nos presenta,
Sobre las aguas la serena frente
Vuelve á mostrar el Paraná sagrado,

Y así nos habla en tono no escuchado,
Que el alma eleva y el corazón alienta:
¡Hijos de la victoria! ¡Prole hermosa!
Se verá en vuestro suelo un nuevo imperio
Muy más durable, de mayor grandeza,
Que el de Tiro y Cartago,
Si el lujo abandonais, que fatal mengua,
Y perdición y estrago
Fué de grandes ciudades,
Haciendo que su ruina
Pase en terrible ejemplo á las edades.
Huid de los altos y dorados techos
Donde el ocioso sibaríta rie;
Dó, cual pavon con su vistosa pluma,
Con su infausta opulencia así se engríe;
Del mundo y de sus leyes olvidado,
No escuchará jamás el triste acento
De la viuda infeliz que á sus umbrales
Le demande mil veces el sustento.

Cual funesto contagio,
Que en la mísera zona en que domina,
En veneno convierte
El aire puro y agua cristalina,
Cebándose la muerte
Bajo el influjo de maligna estrella;
En el niño, el anciano y la doncella,
Tal siempre los placeres,
Por el lujo abortados, destruyeron
A pueblos numerosos

En virtud y poder antes famosos:
Tal por el lujo corruptor fué presa
La antigua Roma del poder del godo,
La cuna de los Fabios y Camilos,
La que leyes dictaba al orbe todo.

La hermosa Buenos Aires, destinada
A dar un alto ejemplo
De justicia y poder, á abrir el templo
Del honor en su seno, atribulada
Se verá confundida, si sus hijos
El juramento olvidan,
Qne á la virtud hicieron
El dia en que emprendieron
Dar á la patria libertad y gloria;
Se olvidan que debieron
Al denuedo y trabajo la victoria.
Cierta será la ruina
De la gran capital, cuando adorada
Por la prole argentina
Llegue á verse la pompa del oriente;
Cuando en hora fatal abandonada
Al ócio muelle y femenil halago,
En engañosa paz duerma imprudente.
Empezará su estrago
El dia en que asaltare la codicia
Sus pechos generosos. ¡Ay! entonces
El trono ocuparán de la justicia
La doblez, el engaño y la malicia.

¡O fuertes argentinos!
Tanto mal evitad, abandonando
La ciudad populosa, dó mil plagas
Se están en vuestro daño preparando:
A los campos corred, que hasta hoy desiertos
Por la mano del hombre están clamando:
Volad desde las playas arenosas,
Que bañan mis corrientes,
Hasta dó marcha á sepultarse Febo;
Y ocupad en trabajos inocentes
El tiempo fugitivo, que insensible
De continuo os arrastra
Hacia la margen del sepulcro horrible,

Una fértil y vastísima llanura
Allá destina el cielo
A vuestro bien y sin igual ventura.
Como en los anchos mares,
Se espaciará por ella vuestra vista,
Y vuestros patrios lares
Un inmenso horizonte
Abarcarán hasta el lejano punto
En que se eleva el escarpado monte.
Con pasto saludable y abundoso
Vereis allí cual crece
La raza del caballo generoso,
Que libre pase por inmensos prados,
Y aunque al diestro ginete aun no obedece,
En ligereza y brio no cediera
A los que en Grecia un tiempo

Vencieron en la olímpica carrera:
Vereis la oveja que en tributo ofrece
Al pastor industrioso los vellones,
Que defienden al hombre
De los rigores del invierno helado;
Vereis en paz dichosa propagado
El útil animal, que de la tierra
Rompiendo el seno con el corvo arado,
Vuestro inocente afan deja premiado.

La benéfica Céres, siempre atenta
Del labrador honrado á las fatigas,
De doradas espigas,
Los campos cubrirá, que veis ahora
Del espinoso cardo solo llenos.
En dias envidiables y serenos
La sazonada mies, las esperanzas
A colmar bastará de nuevas gentes,
Robustas, inocentes
Darán pasmo á la tierra:
En libertad ilustres fundadores
Vais á ser de mil pueblos venturosos,
Mucho más numerosos,
Que los astros brillantes,
De que se ve sembrada
La esfera de los cielos dilatada.

No vereis en los campos la grandeza,
Y el brillo del ocioso cortesano,
Que por los atrios y las anchas plazas

Corre agitado de un furor insano:
No vereis las carrozas de oro y plata
Con exquisito gusto guarnecidas,
Y en ellas ostentando gentileza
La beldad, el orgullo y la pereza;
Ni á su correr violento
Sentireis cual retiembla el pavimento;
Ni en tanto ruido y vanos esplendores
Sentireis la algazara
De una plebe indigente y caprichosa,
Tras la sombra del bien corriendo avára.

Pero en cambio os espera,
Libres de odio, y rencor, en cada día
Una escena más grata y majestuosa,
Cuando dejando el perezoso lecho,
Tranquilos observeis la paz hermosa
Del sol, que se alza ya por el oriente;
Cuando oigais de las aves la armonía
Con que al astro naciente
Saludan con mil trinos á porfia,
Cuando aspireis gozosos
El aura matinal llena de vida,
Y la yerba mullida
Una alfombra os presenta de esmeralda
Con las perlas del alba enriquecida.

Esos feraces llanos,
Que el cielo os concedió, serán cubiertos
Después por vuestras manos

De mil bosques sombrios silenciosos.
Al par de vuestros hijos
Crecerán los frondosos
Arboles corpulentos,
Que con su sombra amiga
Suave frescor os dén, cuando sus rayos
Lanzando Febo, al orbe más fatiga.
¡Cuán misterioso asilo
En ellos hallarán vuestros amores!
¡Qué envidiable y tranquilo
Será vuestro vivir! ¡Cuán inocentes
Serán de vuestros pechos los ardores!
En ellos sentireis en dulce calma
Vuestro ser inundado, y elevarse
Al Dios de todo bien allí vuestra alma.
Tiempo vendrá que en ellos
Vuestros sabios filósofos contemplen
En silencio las leyes
De la naturaleza, ó de la Europa
El poder y el orgullo de sus leyes.

En los remotos climas
Del septentrion resonará la Fama
De todos vuestros bienes no gozados;
Y los míseros pueblos, que las aguas
Beben del Volga y del Danubio helados,
Se arrojarán al mar, buscando asilo
En vuestro patrio suelo,
Donde benigno el cielo,
La abundancia vertió con larga mano;
Donde por siempre rie

La gran naturaleza,
Poderosa venciendo
Del invierno zañudo la aspereza.

Dichosos no vereis vuestros ganados
Por el león rugiente y voraz lobo
Por el tigre alevoso devorados;
Ni será que la sierpe punzoñosa
Clave el agudo diente
Al labrador, cuando la mies sabrosa
Segando diligente,
En copioso sudor baña su frente;
El soldado cruel, acostumbrado
A llevar de los llanos á las sierras
Los estragos de Marte ensangrentado,
No asolará las tierras,
Que hubieren vuestras manos cultivado.
Sin temer de la guerra la inclemencia,
En paz las gozareis; y vuestros hijos
Las gozarán también en rica herencia.
Eternos vuestros bienes
Serán, como el imperio afortunado
De la razón divina,
Que hoy al hombre ilumina
Con lumbre bienhechora
Del septentrion al sud, desde occidente
A los floridos reinos de la aurora.

Los frutos abundantes,
Que os brindarán terrenos dilatados,

Serán luego cambiados
Por la industria de pueblos comerciantes,
El honrado alemán, el culto galo,
El britano, señor hoy de los mares,
Mayor actividad y movimiento
Darán á los telares,
De que pende el sustento
De la Europa aflijida,
Tras la guerra espantosa,
Por la plaga de fiebre contagiosa,
Y en tumba de sus hijos convertida.

Así la humanidad de gozo llena
Logrará ver, después de siglos tantos
De muertes y de llantos,
La grande y nueva escena
De mil pueblos distantes
Por el piélago inmenso divididos,
Trabajando constantes
Para su mútuo bien; verá el portento,
Sin que baste á impedirlo el mar profundo,
De un mundo unido en paz á un otro mundo.

Más en pós de los dones
Del activo europeo aun no es dado
Mis aguas traspasar, y el mar de Atlante
Surcar con pecho duro y arrojado.
Dejad para el avaro mercadante
El afrontar las ondas enemigas,
Y en mis riberas demandar los frutos

Que alcancen vuestras útiles fatigas.
Aun del tiempo presente
Está distante, aquel, en que la vida
Fieis á una frágil nave.
Por el terrible océano combatida.

Ante vuestro destino
Irrevocable os llama
A invocar en el campo los favores
De la fecunda Céres,
Y del sencillo Dios de los pastores.
Serán vuestros trabajos y placeres
Por largo tiempo visitar mis costas,
Y los undosos rios
Que á Jove plugo hacer mis tributarios;
Hacer que corran sus raudales frios,

Dando nuevo vigor al patrio suelo,
Por los anchos canales
Que abrir debeis con incansable anhelo,
Aquestos son los cultos agradables
Que rendirá á mi númen vuestro celo,
Aquestos son los que el sagrado cielo
Aceptará propicio,
Alzando á las estrellas
De vuestra libertad el edificio.
El honor y virtud las tristes huellas
Borrarán, que en el seno de la patria
Con impiedad abrieron
Sus antiguos tiranos,
Cuando á los pueblos libres combatieron,
Bañando en sangre las atroces manos

CANCIÓN FÚNEBRE

Á LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO

CORO

Ven, ó grande Belgrano,
Llega, ó sombra sublime,
Del luto nos redime,
Del llanto y del dolor.

¡Oh triste, infausta aurora!
¡Oh día! ¡Oh fiera muerte!
Al varón justo y fuerte
Lograste arrebatar.

La patria hoy triste llora
Al héroe denodado,
Al sol se ve eclipsado
Su llanto acompañar.

De Belgrano el aliento
Espanto dió al tirano,
Al suelo americano
Dió libertad y honor.

La Colección pág. 301. La Lira Argentina, pág. 315.

A su alto y noble acento
Mil héroes respondieron,
Y los días nacieron
De gloria y esplendor.

Las virtudes postradas
Sobre su tumba lloran,
Y los llantos imploran,
De los hijos del sud.

Sus glorias celebradas
Serán de gente en gente,
Ya el himno reverente
Se entona á su virtud.

Ven, ó grande Belgrano,
Llega ó sombra sublime,
Del luto nos redime,
Del llanto y del dolor.

A LA MUERTE *

DEL SEÑOR BRIGADIER DE LOS EJÉRCITOS DE LA PATRIA, Y GENERAL DE LOS EJÉRCITOS AUXILIARES DEL NORTE Y PERÚ, DON MANUEL BELGRANO.

Ya en la noche profunda del sepulcro
Hundió la parca al Capitán ilustre,
Al héroe que con ánimo esforzado
Sustentaba las aras vacilantes
De la patria aflijida; ya cumplidos
Los presagios están del llanto y luto,
Que tributamos hoy á la memoria
Del virtuoso Belgrano: anuncio horrible
Fué de su muerte la discordia impía. (1)
Cuando lanzada por el negro averno
En la gran capital, en rabia ciega
Inflamaba los pechos de sus hijos
Para eterno baldón; tremendo anuncio
Fué de su muerte el funeral semblante
De Buenos Aires, cuando envilecida
Pagaba á los rivales de su gloria
Tributo ignominioso; cuando vimos
Del hermano caer victima el hermano,
Del hijo el padre, y su infanda guerra

---

* La Colección pág. 314. La Lira Argentina, pág. 285.

(1) El general Belgrano en Buenos Aires, en medio de las agitaciones públicas del año 20.

Arder los ciudadanos... ¡Ay! entonces
La esperanza del bien todos perdimos:
Solo Belgrano en el dolor agudo,
De insanable dolencia imperturbado
Conservarla podía; en vano el ruido
De la plebe agitada, y sus clamores
Oyó desde su hogar; él la constancia
Contra el furor de la ambición funesta
Aconsejaba á los amigos fieles,
Que rodeaban su lecho; él de la patria
Se despidió tranqnilo; ella en su seno
Grata acogió los últimos suspiros
Del mejor de sus hijos. ¡Cuál entonces
Creyeron los malvados en sus triunfos
De horrenda iniquidad! ¡Cuán destructora
Se alzó con cien cabezas la anarquía,
Cuando el alma inmortal del gran Belgrano
Dejó el planeta donde habita el hombre!
¡Como en su trono de voraces llamas
Mas fiera dominó el nativo suelo,
Que el ínclito caudillo ya en la huesa
Defender no podía! ¡Oh triste patria!
Por el monstruo feroz y sus secuaces
Profanadas del héroe las cenizas,
Tu decoro ultrajado sin falanges,
Dolor, cual tu dolor en este día,
No vió jamás el mundo. Con la muerte
De tan grande varón, su fuerte escudo,
Del apoyo más firme de su gloria
Perdió entonces la hermosa Buenos Aires,

Y un mar la circundó de inmensa pena:
En ella, antes mansión de la justicia,
Habitó el homicidio; los consejos
Del inícuo vencieron, y sus calles
Quedaron ¡ay! desiertas lamentando
De los buenos la ausencia; el más terrible
Espiritu de vértigo agitaba
Todos los corazones, y aun los sabios
Erraron en sus obras. Aun mas plagas
Nos restan que sufrir, pues que no existe
Belgrano entre nosotros, y él la diestra
Desarmaba de Dios con sus virtudes,
Cuando iba á confundirnos, y del crimen,
La semilla estirpar con nuestra ruina,
Y universal estrago... Tormentoso
Ya del frígido polo se desprende
El áustro fiero, y con tremenda saña
Nos trae la tempestad; con negras nubes
Nos roba ya del claro firmamento
La lumbre bienhechora; todos temen
Siglos en noche eterna ser envueltos;
Ya hiere el rayo las mas altas cumbres;
El huracán con horroroso silvo
Embravece las aguas caudalosas
Del argentino río, (1) que bramando
Con sus hinchadas olas amenaza
Todo tragar al corrompido pueblo.

---

(1) Grande y extraordinaria creciente del Río de la Plata sucedida el año 20, al poco tiempo de la muerte del Sr. general Belgrano.

Y tragado lo hubiera en sus abismos,
A no ser que ya el héroe disfrutando
Cabe el trono de Dios palma gloriosa,
Cual númen tutelar intercedía
Por el suelo en que vió la luz primera.
Tantas y tan terribles las señales
Debieron ser de la funesta muerte
Del virtuoso patriota, del guerrero,
Que en nuestro idioma, y elocuente labio
Revelaba á los pueblos abatidos
De libertad los mas sagrados fueros;
Que nos condujo en la mas árdua empresa,
Que al hombre presentaron las edades;
Cual fué romper el yugo de ignominia
Con que España ambiciosa por tres siglos
Nos oprimió... Gran Dios!... sobre su tumba
Tendida veo la terrible espada
Antes en los combates victoriosa,
La espada, que sirvió á los juramentos
De vencer ó morir en la atroz guerra,
Con que fieros tiranos afligían
El suelo patrio. ¿Quién en adelante
Dará á la triste patria honor y gloria?
¿Quién ¡ay! puede animar el fuerte brazo
Que yace helado en el sepulcro?... ¡Oh día
El más funesto que los hombres vieron!!
Al duro golpe de la fiera Parca
Cayó Belgrano, cual robusto roble
Por el récio aquilón mil y mil veces

En ásperos inviernos combatido;
Cayó... y con él los altos pensamientos,
Que el genio de la patria le inspiraba,
Huyeron ¡ay! al reino impenetrable
De las terribles sombras. En un tiempo
Lo vimos perseguir á los tiranos,
Batallar y vencer: en las riberas
De ríos caudalosos, en la cima
De los mas altos montes colocaba
El estandarte patrio, que á los pueblos
Oprimidos llamaba á los combates.

En el augusto templo los pendones
De las vencidas huestes nos recuerdan
Que en Salta y Tucumán, siglos eternos
Dió de honor á la patria: allí ligado
El orgullo español con cien cadenas
Brama, viendo humilladas sus insignias;
Allí la envidia sus prisiones muerde
Con inútil furor, mientras la Fama
Con raudo vuelo por el orbe todo
Lleva los hechos y glorioso nombre
Del ilustre Belgrano, y acrecienta,
Y realiza las bellas esperanzas
Del hombre libre, que á la dulce patria
Consagró su vivir con alma heroica.
Grande siempre y sublime en sus empresas,
En el alto Perú, sobre los restos
Del arruinado imperio de los incas,
Consultaba á sus manes el origen,
Y sagrado carácter de sus leyes.

En su mente fatídica esculpida
La serie larga de ominosos tiempos,
Llanto de compasión sobre la sangre
Vertió de los colonos infelices
Sacrificados á la vil codicia
Del cruel conquistador... americanos,
Estatuas levantad á su memoria,
Vuélvanlo vuestros votos á la vida...
Mas ¡ay que el que una vez los ojos cierra
Al sueño sempiterno de la muerte,
No torna á ver la luz que le prestara
Benigno antes el sol! ¡Ay! para siempre,
Para siempre sin fin perdió la patria
Al gran Belgrano, cuando mas debía
De glorias coronarla, cuendo al sólio
Meditaba marchar, donde se eleva
El cruel visir de Lima, sorprenderle;
Y preguntarle sobre la injusticia
De sus guerras, y antiguo poderío.

El entonces formó nuevos campeones,
Que heredasen su honor, y que á la patria,
Salvaran en el día del peligro
¡Oh memorias amargas! ¡Quién pudiera
Atras volver los ya pasados tiempos!
Yo en mi angustia y dolor, espanto solo
En torno de mí veo... ¡ay Dios! en vano,
A mis amigos llamo y á mis deudos
Que consuelo me den; nadie me escucha,

Ninguno me responde... estéril yermo. (1)
De sangrientos cadáveres sembrado,
Imagen de los reinos de la muerte,
Me circunda sin fin... en vano ¡ay triste!
Mi vista horrorizada allí se tiende
En una horrenda inmensidad, buscando
A mis conciudadanos y á mi patria:
Mis ojos ¡ay! no ven mas que vestigios
De su gloria y poder; solo las huellas
Ven del gran capitán y sus guerreros,
De sus caballos y soberbios carros.

No es ilusión ¡oh Dios! cuanto descubro:
Estas las huestes son, estos los campos,
Donde un tiempo Belgrano infatigable
Al soldado ensayaba á nuevas lides,
Donde el clarín un tiempo resonando
Inspiraba en las almas noble aliento.

Todo despareció de entre nosotros
Desde el fatal instante en que las tropas
Sin freno de obediencia, sin caudillo,
Sirvieron á merced de impíos genios,
Que escándalo y horror serán al orbe.

¡Días llenos de gloria y de ventura,
Ya mas no tornareis para nosotros!
A Belgrano perdimos, al guerrero,

(1) Alude á las guerras civiles del año 1820.

Que con el brillo de su heroica espada
Amedrentó en su tromo á los tiranos,
Que con su aspecto de la gloria imagen,
Del valor y constancia reprimía
El violento huracán de las pasiones,
Que ora todo lo arrasan y destruyen.

Inmenso es nuestro mal, terrible el golpe,
Que causa nuestro llanto, que nos cubre
De luto universal... el cenotafio,
Los cantos de la iglesia lamentables,
Las fúnebres antorchas... todo anuncia
Que el héroe ya finó... Mas, á la Muerte
En su furia implacable no le es dado
Borrar de sus virtudes la memoria
Grabada en nuestros pechos: ellas deben
Formar el alma á nuevos ciudadanos,
Que den lustre á la patria y nombre eterno;
Ellas, para consuelo, nueva vida
A la patria darán, que hoy ultrajada
Es vana imagen, yerto simulacro;
Por ellas lucirán los bellos días
Que en medio del indiano continente
Levantemos el ara sacrosanta,
Dó de edad en edad todos sus hijos
Tributen en unión á la Concordia
De patriotismo cultos reverentes,
Y los hechos acuerden memorables
Y el ejemplo inmortal, que al nuevo mundo,
Dejó de patrio amor el jefe ilustre.

Justos son entre tanto los suspiros,
Que exhalamos piadosos y sensibles;
Justo es nuestro dolor, cuando á Colombia
Vemos, rodeada de los patrios manes,
Llorar sobre el sepulcro de Belgrano
En lúgubre ropaje; cuando gime
En angustia profunda, y entre sombras
No brillan los destinos, que en su frente
Escribió, para bien de las naciones,
Con rasgos luminosos, indelebles
La mano poderosa del Eterno.

OCTAVAS*

No bastando á la parca inexorable
Los héroes que por siglos sepultaba
En su abismo profundo, impenetrable,
Un otro Fabio á su furor buscaba
Esforzado, prudente, infatigable;
Viólo en Belgrano al fin, vió cual brillaba,
Llega, lo hiere con aleve mano,
Y es llanto, y luto el mundo americano.

Quien pátrio amor no sienta al ver la losa,
Que las cenizas cubre de Belgrano,
Quien no se inflame, y con la faz llorosa
No invoque su heroismo sobrehumano,

* La colección pg. 323.—La Lira Argentina pág. 293.

Hijo es de servidumbre vergonzosa,
Esclavo triste del poder tirano,
Que en medio de la rabia, y del espanto
Oye de libertad el himno santo.

Bravos guerreros, *hijos de la gloria,*
Llegad todos al túmulo elevado
De vuestro jefe ilustre á la memoria;
No os intimide el triunfo que ha logrado
La Parca atroz: si en vida á la victoria
El os llevó mil veces denodado,
Muerto aún os habla en este santo templo,
Con su noble virtud y heróico ejemplo.

Ved á la Patria en tan aciago dia
Triste, eclipsada la apacible frente,
Que antes con gloria y majestad lucía;
Vedla sobre el sepulcro, amargamente,
De Belgrano llorar sensible y pía;
Llorad todos, sentid, como ella siente,
Mientras admiran todas las naciones
Del héroe más virtuoso las acciones.

AL SEÑOR DON BERNARDINO RIVADAVIA *

MINISTRO DE GOBIERNO Y DE RELACIONES EXTERIORES, EN LA MUERTE DE SU HERMANO DON SANTIAGO RIVADAVIA.

Profunda pena conmovió tu pecho,
Y embargó tus sentidos, en la muerte
Temprana, injusta, de tu caro hermano.
¡Ay! ¡Cual entonces aprisionó tu lengua
El fúnebre silencio hasta que el llanto,
El llanto del dolor brotó en tus ojos,
Y abundante bañó sus restos fríos!
Hoy la patria lamenta inconsolable
La pérdida del hijo más amado,
Y gime la virtud; aun los varones
Mas fuertes hoy sollozan y vacilan,
Viendo cual fué al sepulcro arrebatado
Su compañero ilustre, el que invencible
Mil veces humilló al error impío,
Cuando más orgulloso amenazaba
Destruir de la verdad el justo imperio.
¡Oh! si ora el llanto de dolor pudiera
Darle vida, verías cómo el tuyo,
Y el que alimentan sus amigos fieles,

* La colección pág. 333. No está en La Lira.

Tanto bien alcanzaban; mas, no puede
Ninguno los estragos ominosos
Evitar de la reina de las sombras,
Eternamente atroz. Asi en su carro
Espantoso, ¡oh dolor! fué conducido
Al lugar solitario, do algún dia
En pompa funeral iremos todos
A dormir en silencio perdurable.
¿Quién te dijera, cuando el plan formabas
De esta triste mansión, que muy en breve
De tu hermano, el cadáver cubriría?
Su negra tierra lo cubrió por siempre,
Y yacerá sin fin: más de esta deuda,
Que todos pagaremos, tu has sabido
Formar para la patria un gran tesoro,
Alzando á la piedad un monumento.
Aqui del opulento el fiero orgullo,
Aqui el que piensa en ilusiones vanas
Que nació á ser señor del orbe entero,
Se humillarán al ver que un corto espacio
De tierra han de ocupar, como el más triste
Mendigo de la plebe numerosa.
Obra es tuya; medítala, y consuelo
En ella encontrarás, viendo los bienes
Que á la afligida humanidad produce.
¡Ah! no es posible: que tu blando pecho
Hoy negando al placer, las tiernas voces
De la naturaleza solo escuchas,
Que te manda llorar sobre la tumba,
Que allí se eleva, de tu caro hermano;

Tus tristes ojos ¡ay! en ella clavas,
Y el abismo descubres insondable,
Que de tí lo separa; más terrible,
Que las hondas cavernas de los Andes,
El ha tragado sus floridos días,
Y con ellos las dulces esperanzas
De la naciente patria; un pueblo entero
Gime en su muerte, y con razón; que él era
Su ilustre defensor, robusto atleta
De la sagrada libertad, su pecho
Muro fué de diamante en que las iras
Del fanático cruel, del ambicioso
Vinieron á estrellarse, y moribundas,
A buscar se arrastraron almas viles,
Que á su imperio funesto se rindiesen.
Un trueno era su voz, cuando aclamaba
Los derechos del pueblo en el santuario
Augusto de la ley (1) cuando su esfuerzo
Evitó que una ley austera, injusta,
La libertad de imprenta encadenase,
Y consiguió que el pueblo á la luz diera
En mil formas y en mil sus pensamientos;
Cuando calmado de la atroz discordia
El insano furor, que largos dias
A la patria angustió, pidió sensible
Tornasen los expulsos de su seno
A gozar de mil bienes, abrazando

(1) Don Santiago Rivadavia, diputado del pueblo de Morón en la campaña, se distinguió por su enérgico espíritu liberal en las discusiones de la Sala de Representantes, sobre las leyes de la libertad de imprenta, de olvido, y de reforma eclesiástica en el año 1822. (Nota de la composición).

A las esposas, y á los tiernos hijos,
Que en llanto y orfandad tristes gemían:
Un trueno era su voz, y el fuego santo
De la razón su espíritu inflamaba,
Cuando osado rasgando el denso velo
Que la superstición alzado había
Ante la religión sencilla y pura,
Mostró al pueblo el semblante luminoso
De paz y caridad que le dió el cielo;
Cuando enseñó con elocuente labio
La sublime moral que ella nos dicta
Libre del torpe rito y las ficciones
Que su divino origen ocultaron
A tímidos creyentes. A tan altas
Voces del orador se disiparon
Veinte siglos de error, y ya la patria
Hoy cultos rinde al Dios de nuestros padres
Como conviene á su bondad inmensa,
¿Y que premio, después de tanta lucha
Contra enemigos fuertes y obstinados,
Esperaba tu hermano? ,Él que desea
El justo en su fatiga, el placer puro
De obrar el bien, sin esperar del hombre
Gratitud ni fortuna: jamás pudo
Deslumbrarse al mirarle en el asiento
Del poder colocado, y los destinos
Dirigir de la patria: noble y fiero
Solo á tí se acercaba, como á hermano
Del afecto cordial siempre movido
Con que te amó desde la tierna infancia,

Nunca humillóse á demandar favores
Del magistrado, detestó las artes
Del palaciego vil, que el alto puesto
Logra sobre la ruina del mas sabio
Y honrado ciudadano; en las labores
Inocentes del campo se ocupaba
Cual otro Cincinnato, y aunque en ellas
Fundaba su fortuna, el sacrificio
Hizo casi una vez de abandonarlas,
Porque la voz del pueblo irresistible
Lo llamó al templo de la ley augusto,
Donde su voluntad fiel expresara.
Esto y más fué... ¡Oh dolor! él ya no existe
Que la parca, queriendo inexorable
Una víctima ilustre que á la tierra
De horror colmase y desusado llanto,
Nos privó de su vida: por el pueblo,
Se esparció al punto la funesta nueva,
Y todos de dolor mudos quedaron.
!Oh! ¿Cual fué su constancia y fortaleza
En aquel trance amargo en que debemos
Con ronca voz al globo que habitamos
Dar el último vale? Imperturbable
Vió de la eternidad las anchas puertas
Abrirse con estruendo á recibirlo
Lejos allá en su espacio inmensurable,
Donde generaciones ya sin cuento
Entraron á servir á los destinos
De un todo inmenso. ¡Oh Dios! ¡Del aclamado
Por el pueblo varón de fortaleza

Se extinguió ya el aliento, y tronco yace!!
Asi cayó tu hermano, cual la encina,
Pompa, gala y honor del prado ameno,
Cuando es herida del ardiente rayo
Desprendido de nube tormentosa:
Los sencillos pastores que á su sombra,
Viviendo en paz dichosa, siempre hallaron
Suave frescor en los estivos meses,
Se horrorizan al verla ya en el suelo
Marchita y destrozada por la furia
Del meteoro terrible, inesperado;
Todos á una la pérdida lamentan
Del árbol bienhechor, y hasta los hijos
De sus hijos después, de lengua en lengua,
Durará la memoria del estrago,
Fija en la tuya está la infausta muerte,
De tu llorado hermano...¡Ay! Por la espada
Del dolor es tu pecho traspasado,
Hoy que mayor aliento necesitas,
Para salvar la nave del Estado
De continuo asaltada por las olas
Del irritado mar de las pasiones.
Serena ya tu mente, recordando
Que la fió á tu saber un pueblo libre,
Que, cual piloto experto y animoso
Debes llevarla al suspirado puerto,
Consulta tu razón, y larga tregua
Hallará tu penar; medita el orden
De este bajo planeta en que moramos,
Y él te dirá, que al más sereno dia

Una noche sucede borrascosa,
Y al céfiro suave en un momento
El furioso huracán que al suelo abate
Los cedros más añosos y elevados.
Gime entonce el mortal sin esperanza
De que torne la calma apetecida,
Mas el dulce momento no está lejos
De gozarla mayor, y á sus afanes
Acostumbrados vuelve y regocijos.
Asi en el mundo, pues, fueron por siempre.
Los bienes con los males alternados.
¿Tú lo sabes, y aun lloras? ¿Que? ¿No esperas
Consuelo á tu dolor? El tiempo solo,
El tiempo destructor de los imperios,
De penas y placeres, puede en breve
Cicatrizar la herida que en tu seno
La parca abrió, desde el fatal instante
Que en flor cegó la vida de tu hermano.
¡Mil veces yo feliz, si ora el acento
De mi musa, venciendo el largo plazo
Del tiempo y su rigor, darte pudiera,
Pronto alivio en el golpe lastimero!
¡Oh! ¡Si al menos, la musa de la historia
Mi númen inflamando, á las edades
Pudiese transmitir los nobles hechos
De tu querido hermano! Ellas dijeran,
Al contemplar mi cuadro verdadero:
El fué un amigo fiel, un hombre recto.
Un buen republicano, y allá en Roma
Fuera tribuno justo del gran pueblo.

Año de 1823.

JUAN RAMÓN ROJAS

A LA EXMA. JUNTA GUBERNATIVA *

DE LAS PROVINCIAS DEL RIO DE LA PLATA
EL CUARTEL NÚM. IX

Júpiter dijo á Venus: la bella Ilía
Vestal de regia sangre, los halagos
De Marte consintiendo, dos mellizos
A luz dará. Ya Rómulo adornado
Con la bermeja piel de aquella loba
Que alimento le dió, tomará el mando,
Y establecida la ciudad de Marte,
Formará de su nombre el de Romanos.
Soberanía inmensa les concedo,
Sin prescribirles límite, ni plazo.
Y aun la implacable Juno que hoy excita
En cielo, en mar y en tierra sobresaltos,
Con más prudente acuerdo, ha de ayudarme
A promover las dichas del togado
Pueblo de Roma, del señor del orbe.
Esta es mi voluntad. (1) Por largos años

---

* Está en La Lira Argentina, pág. 13, sin firma.
Está también en la Colección, en la pag. 39, sin firma, y fechada el año 11.

(1) Iriarte. En la traducción del Libro 10 de *La Eneida*.

Imperará feliz. Solo reservo
Para manifestar el sumo grado
De mi poder, hacer más poderosos
A los pueblos del suelo americano.
Estos países hasta hoy desconocidos,
De la soberbia Europa al fin hallados,
Provocarán de España la codicia.
Ella armará bajeles y soldados,
Y atravesando por buscar riquezas
La extensión formidable del oceano,
Arribará del Paraná á las costas.
Allí á plomo y cuchillo derramando
La sangre de sencillos moradores,
Arrancará de sus inermes manos
El natural dominio, y extendiendo
El suyo con las armas, á su mando
Sujetará dichosa dos imperios
Que el *Nuevo Mundo* llamará, no en vano.
Dará leyes en él, hará ciudades,
Y cerca de tres siglos dominando,
Gozará de riquezas cuantas puede
Solicitar el genio más avaro.
Pero entonces Europa conmovida
Abortará en la Córcega un tirano,
Que excediendo ambicioso á los guerreros
Que le habrán precedido, en luto y llanto
Volverá su fortuna, victorioso
Casi todos sus reinos conquistando,
Y haciendo de los reyes más temidos
Siervos humildes, míseros esclavos.

Rendida España por la enorme fuerza
Del déspota opresor, al duro carro
De sus sangrientos triunfos será uncida
Con sus reyes legítimos; mas cuando
Desde los altos Alpes ya sus miras
En la América ponga, el pueblo sabio,
Mi predilecto pueblo (á quien los hombres
Llamarán Buenos Aires), de las manos
De los ministros que venderla intenten,
Arrancará debidamente el mando.
Pondrálo á cargo de patriotas fieles;
Y estos dignos varones esforzados,
Modelos de valor y de prudencia,
Levantarán el edificio sacro
De la perpétua libertad augusta
Que á la América toda yo preparo.
En vano los satélites impíos
Del despotismo del gobierno hispano
Promoverán la división, á intento
De que sus propios hijos destinados
A la felicidad é independencia,
De España sigan el destino infausto;
Pues no habrá dado el luminoso Febo
Por la celeste esfera un giro anuo,
Cuando ya los ejércitos valientes
De mi elegido pueblo, colocados
Sobre los altos Andes harán verse,
Y á un mismo tiempo en los feraces campos
De la Banda Oriental de su distrito,
Invencibles rindiendo á sus contrarios,

Imponiendo terror á los rebeldes,
Y en libertad poniendo á sus hermanos.
Removidas serán por mí las causas,
Que opongan á mis fines los humanos;
Y tranquilo ya todo el continente,
Elegirá gobiernos justos, sabios.
No habrá en ellas jamás la tiranía,
Que Europa tantas veces ha llorado,
Ni déspotas crueles que atropellen
Los derechos del hombre más sagrados.
Buenos Aires, unido á sus provincias,
El primero será que combinando
Un sistema benéfico y virtuoso,
Su gobierno establezca. Los aplausos
En breve llevará del orbe entero,
Las ciencias y las artes desertando
De la afligida Europa, harán asiento
Entre aquellos dichosos ciudadanos,
Veráse entonces al comercio activo
Sus puertos y bahías frecuentando,
La agricultura haciendo que dependan
De sus frutos los reinos más lejanos,
Y la abundancia pródiga sus bienes
En aquel hemisferio derramando,
Hará que de la América los hijos
Se propaguen sin número. Los lauros
De Marte todos, ceñirán sus sienes;
Y en grandezas, poder, ciencias y fausto,
Excederán los tiempos más felices

De Atenienses, de Griegos y Romanos. (1)
Harán piadosos memorable el día
En que la dulce libertad hallando, (2)
A sus piés caigan rotas las cadenas (3)
Que atrás ligaban sus robustos brazos.
Y los nombres excelsos y gloriosos
De los varones próvidos y sabios
Que habrán de dirigir el templo augusto
De la felicidad del suelo patrio,
Esculpidos en mármoles y bronces,
Admirables serán y respetados
De las posteridades más remotas.
La Historia y la Poesía en prosa y cantos (4)
Perpetuarán sublimes su memoria;
Sus nietos con magnífico aparato
Honrarán sus cenizas ofreciendo
De gratitud sobre sus huesos llanto, (5)
Y ya concluidos sus heroicos hechos
Recibirán el premio de mi mano.
Estos son los arcanos del destino.
Dijo así el sumo Jove; y Venus dando
Humildemente un ósculo á su diestra,
En señal de respeto á sus mandatos,
Gozosa descendió del alto empíreo,
Y fuese á presenciar los holocaustos
Que en mil aras ofrecen cada día
Al ciego Dios, los débiles humanos.

Año 1811,

---

(1) De Atenienses, Fenicios y Romanos. La (Colección pag. 45).
(2) En que la dulce libertad hallaron. (La Colección pag. 43).
(3) A sus pies caerán rotas las cadenas. (La Colección).
(4) La Historia y Poesía en prosa y cantos. La Colección.
(5) De gratitud sobre sus héroes llanto. (La Colección).

CANCIÓN HERÓICA *

EN QUE SE DESCRIBE LA SITUACIÓN DE MONTEVIDEO Y LA RUINA QUE AGUARDA Á SU TIRANO POR EL VALOR DE LAS TROPAS DE BUENOS AIRES; POR UN OFICIAL DEL SITIO.

¡Hélo al déspota atroz, del ardor patrio (1)
Que al heroismo dominó, cual fiero
Conmina en vano ante sus puertas mismas
Al indo dulce, que ha excedido al griego!
¡Oh cual hoy azoradas sus legiones,
Expectadoras del marcial denuedo,
Su asombro ocultan en el débil muro!
¡Ni hay provocarlas á la lid temiendo! (2)

Bambolean sus murallas al embate (3)
Del plomo matador, y el fatal eco

---

* Se publicó en la Gaceta, el Jueves 10 de Agosto de 1811, pg. 862, con la siguiente carta en que el oficial Rojas la presenta al general Rondeau:

Señor general del ejército.

Tengo el honor de elevar á manos de V. E. cse pequeño rasgo poético en que me ha hecho prorrumpir el amor de mi patria, y el valor de las tropas qne militan á las órdenes de V. E.

Me llena la satisfacción de creer que el Superior Gobierno que nos rije no mirará con indiferencia el tributo de mi gratitud sincera y uno de los sentimientos que me animan en obsequio de la causa.

Soy entretanto de V. S. con el mayor respeto.

Juan Ramón Rojas.

Al Sr. General Dn. José Rondeau.

Está en La Lira Argentina, en la pg. 10.

Está incluída en la Colección en la pg. 45, con algunas correcciones que la hacen ganar bastante y son las siguientes.

(1) ¡Hélo al déspota atroz, del ardor patrio
Domeñado bramó! Ved como fiero
Conmina en vano ante las puertas mismas
Al indo fuerte que ha excedido al griego!
(2) Ni has provocarlas á la lid de nuevo!
(3) Retiemblan sus murallas al embate

Que raudo gira la ciudad rebelde
Pavor infunde en sus cobardes siervos.
Sus escuadras sutiles, las intrigas
De Salazar, de Ponce (1) y sus perversos,
Estallan ora, y de la hueste el paso
Fausto preside de la gloria el genio.
¡Prez inmortal ilustres vencedores
De San José y las Piedras! Tanto esfuerzo
A vuestros nombres reservó el destino!
Gozaos en la obra y este loor sea eterno.
Los campos del oriente, dominados
Del eterno opresor, el monumento (2)
Serán de la constancia, del arrojo
Del argentino heróico, y de su fuego. (3)
Ellos derramarán por todas partes
La abundancía y la vida, dando el feudo
Al auxiliar, que ya á su carro ha uncido
La guerra, la fortuna, el mundo, el tiempo.
¡Salud una y mil veces, campeones,
Y la patria del solio decendiendo, .
Y el néctar suave de su boca os dando,
Plegue que os diga: «¡Libertad! Los pueblos
Confiesan de hoy la independencia indiana, (4)
Vivid felices, que mi honor es vuestro!»
En tanto que el patricio, del futuro (5)
Se abre á la emoción dulce, y goza el precio (6)

(1) El uno comandante de marina, y el otro mayor de plaza.
(2) Del tirano opresor, el monumento (pg. 46)
(3) Del argentino heróico y de su fuego.
(4) Comienzan de hoy la independencia indiana.
(5) En tanto que el patricio, en el dichoso
(6) Porvenir se complace alto y supremo

El último tirano que nos resta,
La copa apura que entronó el ibero.
  Acá grita atrevido gobernante;
Allá entre sus satélites protervos
Perpetuar trata su poder precario,
Y aquí fascina estrepitoso al pueblo.
  Vedlo ya en los horrores de una guerra, (1)
Su rostro hundido, doblegado el cuello, (2)
Ora gemir famélico á sus solas,
Ora fingir victorias y refuerzos.
  El corre... más, ¿qué veo? Héroes invictos
Que esgrimís bravos el cortante acero,
A la lid furibunda. Marte os guía
Y brio os infunde bonanzoso el cielo. (3)
  A la lid otra vez; ya sus espíritus (4)
Reviven á la paz, y al mónstruo horrendo
Entre sus brazos para ahogarlo corren, (5)
Y ya su sangre ha inficionado el suelo.
  Exánime, expirante, de su crimen
Dado á la imagen pavorosa, vedlo
Girar en torno su nublosa vista
Y prorrumpir por fin: ¡«Montevideo, (6)
Yo fuí tirano de los hombres libres;
  Tu opresión ya cesó: vencieron ellos!»

Año 11.

---

(1) Vedlo ya en los horrores de la guerra, (La Colección)
(2) Pálido el rostro, doblegado el cuello, » »
(3) Y os infunde valor propicio el cielo. » »
(4) A la lid otra vez... ya generosos » »
(5) Desgarran con sus brazos no cansados » »
(6) Y prorrumpir al fin: ¡«Montevideo», » »

Á LAS PROVINCIAS DEL INTERIOR OPRIMIDAS *

PARA QUE NO DESMAYEN EN SUS ESFUERZOS CON LA MARCHA DEL EJÉRCITO DE BUENOS AIRES Á LA BANDA ORIENTAL, EN CUYOS TRIUNFOS SE CIFRA SU ABSOLUTA LIBERTAD.

SILVA

Pueblos del continente americano
Que aherroja aún el opresor furioso
En su orgullo impotente;
¡Ay no os arredre su amagar tirano!
Esos prestigios que abultó la mente,
Las tristes sombras que el error producen,
Del déspota el semblante
Artero y ominoso,
Fósforos son, que en un minuto lucen,
Exalación errante,
Que se evaporan, cual el humo, al viento.
Ved al mandón, en su entrañal encono
Asechando el momento
De echar al indo otra feroz cadena, (1)

---

* Esta poesía fué publicada por primera vez en *El Grito del Sud*, tom. 1, No. 3, pg. 21. del Martes 28 de Julio de 1812.
Está incluída en *La Lira Argentina* en la pg. 54 y en la Colección: pag. 53.

(1) De echar al Indo otra vez cadena (La Colección pg. 53).

Y perpetuar su servidumbre dura:
El falla el exterminio
Del mísero colono,
Con frente denodada,
Y hasta su extirpe á esclavitud condena.
  Empero se oye *libertad:* el trueno
Sonó de Dios, que con su diestra airada
Despide de su seno
Hácia la patria, en ademán de gloria;
Y la tiniebla de la noche oscura
Te hundió bajo su sombra,
Mónstruo afrentoso, y tu procaz dominio,
Y si tu ruína asombra,
De tu existencia ni quedó memoria.
  Buscad esos colosos altaneros,
Que vomitando saña
La India domeñan por trescientos años:
En su embriaguez ¡ay fieros
Cuàl se complacen en los tristes daños
De nuestra infausta suerte!
¡Cual insultaron nuestro amargo lloro! (1)
  ¡Bárbaros, crueles... ¿acorrer la queja
Debiérais de este modo? ¿Así la España...?
Mas, ya bajaron á la tumba umbría
De execración cargados; y su muerte,
Su llorar sempiterno, su desdoro,
El caer de su osadía,
Fué la obra augusta de tan solo un día. (2)

(1) Cual insultaron nuestro amargo lloro (Colec. pg. 54).
(2) Fué la obra grande de tan solo un día (Colec. pg. 54).

Allí aún la ruina humèa
De su tragedia atroz; y en su circuito
Ni el ala bate el animal medroso;
No hay quien del caso dolorido sea, (1)
Ni quien disculpe su fatal delito.
Los profundos cimientos
Del despotismo odioso,
Sí; los mismos cimientos retemblaron
Al bambolear de la obra, cuando ardiente
El argentino prorrumpió en acentos
El hosanna placiente,
Y libertad y su esplendor cantaron.

De entonces tremolóse el estandarte
De nuestra independencia: el cielo santo
Se asombra conmovido
De la fuerza de juramento tanto.
Dá la señal de alarma á la venganza
La discordia ominosa
Que la tea enciende, y se rasgó el vestido, (2)
Y sacudiendo al norte y mediodía
Incita al patrio á la feroz matanza: (3)
Corre á la paŕ el furibundo Marte
El templo abriendo del biforme Jano:
Sacúdese la tierra
Del aldabón al estampido horrendo,
Que el eco vuelve, por la enhiesta sierra:

(1) Ni hay quien del caso dolorido sea (colec. pg. 54).
(2) La tea enciende, y se rasgó el vestido (colec. pg. 55).
(3) Incita al patrio á la feroz matanza (colec. pg. 55).

Retumba ya la selva silenciosa,
Y la caverna umbría
Solo repite: ¡guerra, americano!
¡Mónstruos, temblad! ¡Hijos del Inca, guerra!

Este grito del genio, entonces era
Quien guiaba á la victoria,
Cuando las huestes, el Perú pisaban
Dando en sus triunfos, á la patria gloria.
La espada que blandía
El ínclito guerrero
Al opresor de Potosí, despera,
Y los restantes déspotas acaban
¡Tanto la unión y el entusiasmo hacía!

Ved ora más que nunca
¡Cual la hueste argentina
Cubre las costas de la banda opuesta
Y el lauro lleva á su carroza atado!
Aquí se cifra de la patria el nombre.
Allí á la lid se apresta
Impávido el soldado,
Que en Tacuarí y las Piedras se ha ensayado;
Y el país, y la comarca convecina
No abarcan ya tanto auxiliar, tanto hombre.
Contemplad las naciones poderosas
Que al buscar nuestra alianza
Dejan á los rebeldes despechados,
Y al mónstruo de Arequipa vacilante.
En el oriente, en su feraz campaña,
Ha fijado su trono, la venganza;

Allí, allí es nuestro teatro: en adelante, (1)
Que á esta deidad se acalle con los dones
De víctimas: los cuerpos desangrados
A par de palpitantes corazones,
Tiñendo de la parca la guadaña
Que empapen nuestro suelo, y enrojezcan
Las villas, las comarcas deliciosas,
Sí; flotarán muy breve los pendones
Del ínclito argentino
Sobre ese muro vil. Montevideo,
Que tus tiranos pérfidos perezcan,
Y sellen el destino
Que allí nos preparaban, y los males
Cesarán para siempre. ¡Oh día, oh trofeo, (2)
Tú nos darás el último occidente!
Volemos á la empresa, que ya el muro
Conmovido se siente,
Ya cayó entre las ruínas... ¡Oh mortales!
Llegad y leed el lema que escribieron
Con sangre de los monstros, los indianos: (3)
« Aquí hizo gravitar su cetro duro
« La horrenda tiranía
« Sobre sus infelices moradores;
« Al soplo de la patria revivieron, (4)
« Y un golpe de energía
« Hundió cadenas, pueblo y opresores ».

---

(1) Aquel es nuestro teatro; en adelante. (Colec. pg. 56).

(2) Cesarán para siempre.—Oh grande día, (Colec. pg. 57). Oh sin igual trofeo.

(3) Con sangre de los mónstruos los indianos, (Colec. pg. 57).

(4) Que al soplo de la patria revivieron, (Colec. pg. 57).

EL ESTADO MAYOR GENERAL

DE LOS EJÉRCITOS DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA

AL TRIUNFO DE LAS ARMAS AMERICANAS

EN LAS LLANURAS DE MAYPO EL 5 DE ABRIL DE 1818

ODA *

Levanta al cielo tu virgínea frente
Muy más que Grecia y Roma,
Madre Columbia, que triunfante asoma
Bonaría y Chile, y su escuadrón valiente,
La patria embebecida,
La sien del héroe de laurel ceñida.

Y el grito á muerte de la horrenda guerra
Que ayer lanzara Marte,
Calle al hosanna que el placer reparte,
Que en rededor lo entonará la tierra,
La tierra que amagada
Postró al ibero, la cerviz domada.

Jove había escrito á nuestros votos tierno,
Que Chile á ser volviera,
Y que su lustre, y su renombre hiciera

* Está en La Lira, pág. 180, sin firma No está en la Colección.

De Arauco el hijo, el argentino eterno;
El decreto expedido,
En Chacabuco se miró cumplido.

El despotismo entre el bramar horrendo
A las furias convoca,
Pisa sus sierpes, y á otra lid provoca,
Matanza el monstruo, y deshonor diciendo;
El éco que corría,
La legión para, que arrollada huía.

¡Ay! que te miro en sempiterno lloro,
Mísero Talcahuano
Cediendo al golpe del feroz hispano,
Y en mengua vuelto tu primer decoro!
Veo sobre tu alto asiento,
Flotando ya su pabellón al viento.

Y en la obra misma que el recinto ciñe
Asentados sus reales:
¡Ay del día atroz! ¡Qué manantial de males!
¡Ay que la sangre el pavimento tiñe!
Y el Maule, el caso aciago
Y Talca llora, y lo lloró Santiago.

Más no gemirá más ... que el pesar frena
El Maipo que famoso,
Desde la sierra se despeña undoso,
Y los collados serpenteando, llena:
Aquí, aquí el teatro estaba,
Donde de Chile el tutelar moraba.

Audaz Osorio, de jactancia lleno
Que exitára un acaso,
Vence, y redobla de su hueste el paso,
Y grita, y manda, y avanzó sereno;
Y en Maipo aparece,
Y salva el vado que Longuen le ofrece.

Pero aquí parará, que la falanje
De los libres lo acecha;
Dirección cambia, y su distancia estrecha,
Y el bronce luce, y el fusil, y alfanje,
Los brutos relinchaban,
Tascan los fresnos, y corcobos daban.

Ejecutada esta feliz maniobra
Que á Santiago asegura,
Toma el ibero ventajosa altura,
Mil y mil bocas coronaban la obra,
Y el aparato ardiente
Podía barrer la posición del frente.

Ya se oyó la señal; y las legiones
Cual el aire oprimido
Que rompe suelto su elaterio, han ido
Unas contras otras, cual feroces leones;
Ya el bronce disparando,
Retiembla, y manda el proyectil matando.

Ya el granadero, como audaz jinete
Con la espada tendida,
Al potro lleva que cedió á la brida,

Y sabléa, y rompe, y repasó, y remete,
Y en guardia está, y cercado
Se rehace, y carga, y escapó cargado.

Ya entre la selva que la pica escuda,
Cerca el cañón tronante,
Fusil al brazo, se lanzó el infante,
Y el plomo cruza, y las hileras muda;
Y guía á la bayoneta,
La calacuerda, y la marcial trompeta.

La grita aquí, y el alarido triste,
Aquí el feroz avance,
Más acá cáe, cuanto se ve al alcance,
Allí otro solo despechado embiste;
Aquel en la matanza
Vence, y le roba su laurel la lanza.

¡Oh día de execración! el campo entero
Que la sangre enrojece,
Ni más que troncos sin aliento ofrece,
Ni más que miembros que trozó el acero,
Ni más que confundidos
Los muertos, los contusos, los heridos.

Ya había cinco horas, que el furor y encono
A éste y á aquél cegaba,
Aún indecisa la victoria estaba,
Aún pedía sangre de Fernando el trono,

Aun se veía la tropa,
Que en treinta acciones se batió en Europa (1)

El padre de la luz, que de su prole
Le afrenta golpe tanto,
Su faz esconde entre el purpúreo manto,
Y lanzó al mar su esplenderosa mole;
El Tártaro profundo
Monstruos ya enviaba á traer la noche al mundo

No.... que al Olimpo, oro en cambiantes cubre,
Y de genios cercada
Baja la nube al rededor bordada
De Maipo en torno, y una deidad descubre:
Las haces que la vieron
Su ardor frenaron, ni pelear pudieron.

«Basta de sangre, y de matanza, y ruina,
«Prorrumpió la matrona;
«Acción más brava no verá Belona,
«Ni defensa mayor... Jove destina
«Hoy la palma al indiano,
«Y á San Martín coronará mi mano».

Dijo: y besando al general famoso
En quien tu honor, Sud, tienes,
Ciñe de lauro sus lumbrosas sienes
Y entre sus héroes lo mostró glorioso;

---

(1) El regimiento de Burgos muy acreditado en la Europa por sus proezas en la última guerra de España contra los franceses. Han sobrevivido muy pocos. Era sin duda el cuerpo más bravo que tenía Fernando en América.

Y *victor* le decía,
Y *victor* la comarca repetía.

Hecho pedazos el protervo godo,
Sus caudillos rendidos,
Parque, tesoros, y su tren perdidos,
El resto muerto, prisionero y todo,
Se cantó la victoria
Que á España humilla, y es del Sud la gloria.

Prez á Maipo, y á sus soldados dignos,
Prez, general bizarro,
Que montar debes el triunfante carro,
Este cuerpo hoy te seguirá con himnos,
Y á el estro que lo inflama,
También su jefe sonará y su fama. (1)

Sonará sí, que en situación brillante
Desplegó su ardimiento,
Su vasto genio, el militar talento,
Que aquí mil ramos arregló constante;
Ni dar puede al olvido,
Cuanto emprendiste por tu patria, Guido. (2)

Y el dulce voto al consagrar ardiente
A su gobierno sabio,

(1) El señor Bier, D. Antonio González Balcarce, general en jefe sustituido del ejército de los Andes, es el jefe del estado mayor general.

(2) Don Tomás Guido, oficial mayor de la secretarìa de estado en el departamento de guerra y marina y diputado de esta capital ante el director supremo de Chile, se ha hecho acreedor al reconocimiento público por su actividad, su conducta diplomática, y su vasto génio. Ha sido muy recomendado por el Excmo. señor Capitán General de los Andes en oficio del 11 de Abril.

No halla expresión que corresponda al labio,
Y en su silencio, sus transportes siente;
Este cuerpo no sabe
Volar tan alto, otro feliz lo alabe.

Urna preciosa, que los restos llevas
Del héroe que ha finado,
Un genio absorto se postró á tu lado
Cuando á la patria el monumento elevas;
¡Ay! ella les da loores,
Los baña en llanto, y les derrama flores.

A LA HEROICA VICTORIA DE LOS ANDES

EL 12 DE FEBRERO DE 1817 EN LA CUESTA DE CHACABUCO

ODA *

¿Será que al fin no asomará la mano
Que enjugue, patria mía,
Ese llorar que te brotó del día
Que en Rancagua halló tumba el araucano?
¿No habrá á Chile consuelo?
¿Oh al Sud sin culpa ha de aherrojar el cielo?

* La Lira Argentina pág. 137 firmada: Un soldado de la libertad. Está incluida en la colección en la pág. 58 allí aparece firmada por Juan Ramón Rojas.

¿La América verá de San Felipe
Otra serie de males?
¿Oh el Perú malhadado á sus umbrales
El azar aun tendrá de Sipe-sipe?
El anárquico bando
¡Del pueblo irá la majestad minando?

Mirad los hijos de Colombia cara
Cual mies que el fuego enciende.
¡Cómo los brazos el opreso tiende
Cerca el puñal que el español prepara!
!Ay! los veo divididos
Caer á la tumba, en deshonor sumidos.

Más no hay desesperar: que el genio mismo
Hoy suscita el guerrero (1)
Que de la patria el esplendor primero
Renovará sin fin. Su alto heroismo, (2)
Su tesón, su constancia,
Epoca harán, que imponga á la distancia.

En tres años de horrores repetidos
Que inundan nuestro suelo,
El héroe San Martín fija su anhelo
En educar soldados aguerridos;
Y á par que ve el estrago,
Medita solo en recobrar Santiago.

---

(1) Hoy exita al guerrero. Colección de Poesias Patriotas, pág. 58.
(2) Renovará sin fin su alto heroismo. (Colección pág. 58.)

Ni de los Andes destempló su aliento
La enhiesta cordillera;
Ni la hueste opresora que lo espera,
Ni la pobreza suma: á todo evento
Superior, lee en su suerte
El grande lema: *Libertad* ó *Muerte.*

¿Dónde te lleva ese furor sublime,
Caudillo denodado?
¿Las serias consecuencias has pesado
De tu empresa atrevida? ¿No te oprime
La idea de retirada?
¿La rigidez? ¿Y la distancia es nada?

Más todo está á tu alcance, y la alta mente
Obstáculos allana
Que sondeó tu saber .... Ea corre: ufana
Orne la palma tu lumbrosa frente;
Y esclavos á millares
Venguen, al caer, los ultrajados lares.

Vuelve á los climas de la opuesta sierra
Tu nombre y loor eterno:
La égida viste, que te dió el gobierno;
Que amigos cuentas los que el país encierra
Corre al ataque .... ¿Qué haces?
Hé allí la gloria y tus marciales haces.

La hora sonó .... el general se mueve (1)
Que la alma patria guia.

(1) Sonó la hora...el general se mueve. (Colección pág. 60.)

Ya se avista la inmensa serranía;
Ya el pié deshace la escarchada nieve.
Los Andes que divisa,
Ya los domina; ya su falda pisa.

¡Héroe, salud! Muy más hoy te levantas
Que Anibal de Catargo
Cuando al trepar los Alpes, el estrago
Lleva marcado, do fijó las plantas:
La barrera salvaste:
Tuyo es el triunfo: el Rubicón pasaste.

Hélas, que al paso, las columnas fuertes
Te buscan del ibero:
Las miras, las provocas, y tu acero
Fundió sobre ellas cual el rayo. Inertes, (1)
Sin plan, de terror llenas,
La fuga emprenden, que las salva apenas.

Más Chacabuco al frente.... y de su cuesta
El opresor te incita
Que el contraste olvidó. Suena la grita;
Y en las maniobras que al subir apresta,
En su tropa y terreno
Triunfos se ofrece, de ventajas lleno.

Cada palmo, no obstante, nuestra gente
Gana y de sangre riega:
Ya se enciende la bárbara refriega;

---

(1) Cayó sobre ellas cual el rayo. Inertes, (Colección pág. 60.)

Ya el clamor retumbó del combatiente;
Y se confunden luego
El relincho, el clarín, la voz, el fuego.

Entrambos trozos en distintos puntos
Que eran uno dijeras:
Ora dóblase el fundo; las hileras
Ora deshechas son. Bátense juntos,
Y en la tendida sierra
Caen unos y otros, que en su seno entierra. (1)

El bizarro Leonidas que al indiano
Valor y orden encarga,
Sus falanges alínea; va á la carga;
Y desbarata, y unde sable en mano:
Los tiranos lo vieron,
Y los libres, *¡Oh triunfo!* repitieron. (2)

Cual Augereau y Napoleón mirando
De Lodi el feroz puente,
Dos aguilas empuñan; y la gente
Va á la inmortalidad, su ejemplo obrando;
Tal, hijo de la gloria,
San Martín por sí lleva á la victoria.

Héroes de Chacabuco, nombre eterno,
A la ínclita bravura
De esfuerzos tan gigantes: ya asegura

---

(1) Caen unos y otros, que su seno entierra. (Colección pág. 61.)
(2) Y los libres: ¡triunfos! repitieron. (Colección pág. 61.)

Chile su libertad; y en gozo tierno
Por sus bravos os canta:
¡Vivid, vivid autores de obra tanta!

¡Y vosotras, ó sombras inmortales!
Que en la arena quedasteis,
Y la victoria, el timbre asegurasteis
A la posteridad: en los anales
Sereis en metro ardiente
A Chacabuco unidos tiernamente.

Recibe loores, paternal gobierno,
Que así el plan protegiste.
Y tú, jóven virtuoso (1), que insististe
En tal empresa con tesón eterno,
La patria hoy elevada
Os bendice en tan ínclita jornada (2).

Y vosotros del pais prole querida,
Abrios á otra esperanza,
Que ya el genio del Maule se alabanza
Al cerro de Anconquija; y conmovida
Lima, el feraz Oriente
Se unen á la Nación independiente.

(1) Don Tomás Guido, oficial mayor de la secretaría del Estado en el Departamento de Guerra y Marina.

(2) Te bendice en tan ìnclita jornada. (Colección pág. 62.)

A DON JUAN BERNARDO VELEZ

CARTA SOBRE LA BENDICIÓN DE LAS BANDERAS *

Ya vuelvo á tí mi idolatrado amigo:
Ya derramo de nuevo entre tu seno
De la bondad dechado
Mis sentimientos: ya de gozo lleno
Ledo transmito á tí el dulzor que abrigo.
Oh! y qué divino estado
Qué época tan distante y diferente
De aquella en que apenado,
Mis tristes ansías, mi dolor ferviente
Lloraba, herencia del viváz Cupido,
Cuando mi lira ardiente
Mostró mi alma colmada de tristeza:
De mi tristeza atroz que modulaba
La inaudita crudeza
De mi dueño querido
Y mi pasión y mi penar pintaba
Hundiéronse; ay! en la caverna oscura
Del tiempo estos instantes,
Y suscitó en su cólera el Eterno

---

* Copiado de la colección formada por el Dr. D. Pedro J. Agrelo m. s. de D. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Sen. Nal.

Una aflicción mas dura
Que aquella infausta que dolióme en antes
El aterido invierno
De nuestra suerte triste
Al bretón orgulloso
Trajo á las playas que en tu patria viste;
Llorando el argentino
Su perdido reposo
Y el lúgubre esperar de su destino
En mi dolor absorto
Henchido de feroz melancolía
Y el ominoso vuelo me era corto
Para llorar del malhadado dia:
Y á la par que gemía
El triste cuento nuestro lamentaba
Con cítara armoniosa.
Deslizábase el tiempo y engañaba
A las horas fugaces,
Y el imán de la rima sonorosa
Al país de las ficciones conduciendo
Mis penas contumaces
Ya minoraba mi pesar horrendo.
Más tiremos el velo á aquella escena
Y un cuadro salpicado
De unas tan negras tintas detestemos,
Que espectáculo tal ¡ay! nos apena.
¿A qué angustiar queremos
De nuevo un pecho á los contentos dados?
Borremos unas líneas tan terribles
Y el pincel tire diestro.

Cansado el Hacedor de los mortales
De derramar la mísera amargura
De tan contínuos males
Sobre los pobres días
Sembrados en su tiempo de dulzura,
A las súplicas
Atiende, y olvidando los agravios
Una afable sonrisa
Hace vagar por sus eternos labios,
Que de su paz, alianza nos avisa
Suscita un héroe fuerte
Un caudillo inflexible y denodado
Que ya tropas levanta
Ya afanes sufre intrépido y osado,
Ya se espone á la muerte
Y junta gente tanta
Que al poco tiempo su victoria canta.
Déjame un rato abandonarme entero
A idea tan gustosa
Y repetir á par de mi entusiasmo:
« Buenos Aires famosa
« Tus hazañas heróicas son el pasmo
« Del orbe todo y pruebas de su esmero:
« Vive de hoy fortunada
« Muy más allá del tiempo, y reverente
« Te doble la rodilla
« La Gran Bretaña osada
« Y venza, y corra ya de gente en gente
« La gloria de la América y Castilla.
« Pura, felice patria, y rauda vuela

« En alas de la fama
« Y el muy noble argentino
« Que tus timbres anhela
« Llegue ferviente al inmortal destino
« Del terso honor que ama
Y que el ibero ufano
Mire grato al humilde americano.
  Más ¿do voy? dulce amigo
Yo me estravío al momento
Y estático me embebo y arrebato
Al repasar contento
Viva á la par contigo
Este noble ardimiento
Y muy gustoso sus quilates trazo
Yo, si de mi salido, me consuelo
Que á paso presuroso
Llega el feliz momento ¡ilusión grata!
A la que me abandono... ¡esplendoroso
Dia cuya aurora en el fulgente cielo (1)
De mi patria rayó! Más! ah insensata
¡Idea! Do vuelo? qué discurro? qué oigo? (2)
Si allá Bernardo es tu despierto ingenio
Penetras lo que pasa
En este pecho mío, si aquel genio
Tu discurso compara
Que alumbra y rige á tu extremado amigo,
Dispensa si me excedo,
Y los ratos que por mi patria siento,
Si tus ideas ofenden,

(1) Verso mal medido en el m. s.
(2) » » » » » »

Deséchalos, pero sabrás de cierto
Que nada mas pretenden
Que una fortuna que esperar no puedo
Y hablando siempre, compendioso quedo.
Cayó, si amigo, el pertenaz britano
Y de entonces rompióse el denso velo
Que antes, nos facinaba: el rudo hispano
El impávido galo, el argentino
Después de alzar la voz con noble celo
Proscribiendo al insigne, y repitiendo
Unánime continuo
No quiero: yo no quiero: esto pretendo...
Tratan de dirigir el voráz fuego
Que había prendido en el su heróico pecho,
Y en una misma pira
Ardiendo todos en igual derecho
Cualquiera de ellos conspira
A adiestrarse muy luego
En el bélico arte,
Y obsequio prestan al soñado Marte
Viva convocatoria
Aquel valor ingente
Ya brotando antes, relució más claro
Con resplandor fulgente:
Y al templo augusto de la invicta gloria
Corrimos sin reparo
Trepando con descaro
Por vías árduas dignas de memoria
Que mas encubran nuestra excelsa historia.
¡Oh mi amigo! si vieses

Un mil y un mil y miles de habitantes
Que hoy estrecha la madre patria amada
En su área afortunada
Amigos, y constantes
Respirando unos mismos sentimientos
Animando placenteros y contentos
Da una prueba alzada
De su fidelidad! no, no creyeses
Que era la capital la de otras veces
¡Oh! si mirando, bostezando al dia
En brazos de las horas aun pintando
Con sus dedos de rosas
El lindo emporio de la esfera hermosa
La refulgente aurora, y ya sonando
El clarín y atambor estrepitoso,
Y la alegre y confusa gritería
De nuestros habitantes
Yendo á fatigas! ay! que odiaban antes
Con paso presuroso!
Cual, Velez, te llenaras
De marcial entusiasmo! Cuánto fuego
Discurriría en tus ardientes venas!
Cuán grato te sería el desosiego
Cuando consideraras
Que ya rotas estaban las cadenas
Que aherrojó el despotismo... si escucharas
El bélico sonido
Del cañón relumbroso
Y si absorto miraras
La ondeada harmonía

De un batallón alegre y numeroso
Con los fuegos que envía
Haciendo noche con el humo unido
El esplendente día!
Desde el oscuro súbito saliendo
Otras luces recientes y mas vivas
Y el tun, tun, recorriendo
Del uno al otro extremo!
A emociones tan dulces y afectivos
Te darias todo, al autor supremo
Mil gracias demandaras
Y al jefe invicto y á su gente loaras
Si al decrépito anciano
A la virgen tiernecita, al jovencillo,
A todos, todos valentía brotando
Corriendo ansiosos á partir fervientes
El lauro con nosotros, soberano
Miraces!... ¡oh, mi amigo!... mas yo humillo
Tan relevante mérito, pintando
Con mi escaso caudal tal heroismo
Que orna la sien de estas muy nobles gentes
Y el verla solo estático me abisma.
Quien dirá que mi patria estancia quieta
No reinaba la paz, donde albergaba
Una suma inacción y confianza
Con posesión completa;
Confianza ¡ay! perniciosa, así saliera
Del letargo que toda la embargaba
Y su mansión el Dios Mavorte hiciera
En el asilo que antes detestaba?

Yo me extravío entre los laberintos
De mi razón metido,
Y una tal metamórfosis no explico.
Dejemos los misterios tan distintos
A otra pluma mejor; mientra abatido
Aunque de vena poética algo rico
Te cuento de un honor que hemos tenido.
El nueve del corriente ya alistados
Los patricios en el manejo y modo
De las armas, quisieron
Dar auténticas pruebas esmeradas
De su valor, pericia y sobre todo
De leales al rey y Dios que le dieron:
Y pues tres son los nuestros batallones
Fueron á bendecirse sus pendones.
Nuestras filas, compuestas y arregladas
En grupos diferentes
Con arrebatadora melodía
De una celestial música marcharon,
Y la orquesta divina presidía
Nuestras marchas pausadas
Convocando las gentes
Por tal espectáculo apiñadas
Desde el largo Retiro do empezaron
A andar, hasta la Catedral que entraron.
Las calles alfombradas de mil flores
La escena presentaban mas rumbosa
Y al compás de cromáticos sonoros
Y una á la par de esencias y de olores,
La atmósfera de vivas se poblaba

Que un pueblo inmenso, con su voz graciosa
En uniformes coros
Con alegría exausta modulaba
Y el alma dentro el pecho vuelos daba.
Las rosas y claveles que caían
De todos los balcones
Una nube odorífera fingían
Muy densa y apiñada,
Y nuestros aguerridos batallones
Que de ella se cubrían
Figuraban un genio, que de fiesta
Y de mansos favonios conducido
A visitar se apresta
Al mortal de su mal compadecido
Y vuelve y sube hasta el Olimpo erguido
Los invencibles cántabros propicios.
Con hermanal contento
A nuestra guardia entonces recibieron
Y el métrico concento
De viva nuestra patria, y los patricios,
«Con nobles montañeses»
Hacía aquí las veces
De los triunfos que en Roma se veían
Que al emporio del mundo ennoblecían.
¡Cual torrente de gloria nuestros pechos
Entonces inundaba! Cual gustoso
Nos era ver á un pueblo ya ilustrado
Que volvía á nuestra patria sus derechos
Que un vil había ultrajado
Fuimos á par de un pueblo numeroso

Hasta aquel lugar santo
Do el Dios y majestad grande preside
Llenando el alma de pavor y encanto
Un silencio y cristiano recogimiento
Y la deidad tremenda
Que tierra y cielo con un dedo mide
Le veía en los semblantes: á la ofrenda
Del holocausto incruento
Le unía los sacrificios
Que exhalaban ferviente los patricios.
Allí la opaca nube
Formada del incienso y—
Hasta los cielos sube,
Y cubre el trono augusto
De la alta majestad... ¿Mas hay quien saque
Copia bien imitada
De aquel divinal busto
De acción tan religiosa y sagrada?
Nuestras banderas, tres, luego subieron
Y por nuestro prelado bendecidas
A la plaza salieron
Y nosotros juramos dar las vidas
Por conservar depósito tan rico.
¡Cual amigo llenáraste de gozo
Si vieras que la plaza
Era un lugar muy chico
Una area muy escasa
Para encerrar tan dilatados trozos
De soldadesca armada!
Toda ella se notaba coronada

De las tropas guerreras,
Que el distintivo llevan de su anhelo
En catorce banderas
Pruebas de su lealtad y de su celo.
Este grandioso cuadro me arrebata
Y lleva mi entusiasmo hasta el extremo,
Y me avisa ¡oh que día! no dilata
El bonanzón instante
Que con ruego anhelante
Pido ferviente al Hacedor supremo.
El Cabildo se muéstra placentero
Y otro y otro día
El estandarte insigne custodiamos
Viendo igual alegría
En todo el pueblo entero;
Y solo deseamos
Dar mas pruebas del celo que encerramos
Yo, Bernardo, concluyo,
Disimula te ruego mi entusiasmo,
Pues pide tanto tanta grande gloria.
A la posteridad dará ella pasmo,
Al orbe inmenso servirá de ejemplo,
Para mayor prez suyo
Y segun yo contemplo
Ella eternizará nuestra memoria
Que es aurora de una gran victoria.
Esas huestes de Albión tan codiciosas
Trasládeme á este país guerrero
Que hallareis á millares Washingtones
Y el trofeo estas falanges victoriosas

Llevarían por entero
Banderas apresando y batallones
Del ambicioso rey Jorge tercero.
Mas ¿te canso? Ya basta. Adios, mi amigo
Mi amor siempre es y lo será contigo. (1)

---

(1) La composición tiene muchos versos mal medidos, pero la incluímos tal como está en el manuscrito á fin de no alterar su valor histórico.

EUSEBIO VALDENEGRO Y LEAL

CANCIÓN PATRIÓTICA *

CORO

Viva compatriotas
Nuestro patrio suelo
Y la heroica Junta
De nuestro Gobierno.

Heroicos patriotas
En unión cantemos
A la madre patria
Sonoros concentos.
Ella que os ofrece
Tesoros inmensos,
Unión fraternal
Solo os pide en premio.

---

* Apareció en la Gaceta el Jueves 25 de Octubre de 1810, núm. 21; página 335; con la siguiente Carta Dedicatoria:

Exmo. Sr. Presidente y Vocales de la Junta Gubernativa de estas Provincias.

Exmo. Señor.

El amor y el agradecimiento concurren á presentar á V. E. esta canción patriótica; aunque siendo el obsequio tan corto, es preciso deje al agradecimiento empeñado y al amor mal satisfecho. Tributo tan humilde, ni para el agradecimiento es recompensa, ni para el amor bizarría.

Mi amor á la Patria se mide por mi obligación, y la obligación es tan grande que solo puede satisfacer con el amor. No hay cariño más noble que aquel que nace del agradecimiento; ni agradecimiento más feliz que que aquel que solo puede pagar el cariño. Carga el hijo con la deuda del padre: pensión que impuso la ley natural á su ilustre cuna; y al fin, el agradecimiento queda desconsolado porque no puede corresponder de otro

CORO

Cantemos alegres
Himnos, pues tenemos
La aurora felice
En nuestro hemisferio.
Ya está en nuestra esfera
El brillante Febo,
Dejando en su ocaso
Los celajes negros.

CORO

Si ayer oprimido
De América el suelo,
Era de sus hijos
Duro cautiverio:

---

modo, y el amor triste porque, lo que es obligación no puede llamarlo fineza.

Yo, que estrechado con la obligación que adeudo á la patria mía, solo puedo corresponder con las demostraciones del cariño (entretanto que V. E. se digna proporcionarme el que contribuya con mis servicios personales,) le dedico este pequeño obsequio en honor de la justa causa que defiende la heroicidad de V. E.

El objeto de mi obra solo es el de estimular la juventud patriótica á la defensa de los sagrados derechos de la patria, y con tan loable fin espero quedar indultado en el juzgado de la censura de los yerros que ésta descubra en mi canción.

Todo el mérito de la ofrenda está cifrado en la voluntad con que la consagro; y si á esta la empobrece la pequeñez del autor, sobra para enriquecerla la magnanimidad de V. E. á quien suplico rendidamente se digne por un efecto de su benignidad admitir este pequeño tributo de mi humildad.

Dios guarde la importante vida de V. E. muchos años para felicidad de nuestra patria.

Exmo. Señor:

El más atento subdito y humilde servidor.
Q. B. L. M. de V. E.

EUSEBIO VALDENEGRO Y LEAL.

Hoy á todos llama
Con reclamos tiernos,
Para hacerles ver
Que libres nacieron.

CORO

No es la libertad
Que en Francia tuvieron
Crueles regicidas
Vasallos perversos;
Si aquellos regaron
De su patria el suelo
Con sangre, nosotros
Flores alfombremos.

CORO

La infamia y el vicio
Fué el blanco de aquellos;
Heroica virtud
Es el blanco nuestro.
Allá la anarquía
Extendió su imperio;
Lo que es en nosotros
Natural derecho.

CORO

Nuestro Rey Fernando
Tendrá en nuestros pechos
Su solio sagrado
Con amor eterno.

Por Rey lo juramos,
Lo que cumpliremos,
Con demostraciones
De vasallos tiernos.

CORO

Más si con perfidia
El Corso sangriento
A nuestro monarca
Le usurpare el cetro,
Muro inexpunable
En unión serenos,
Para no admitir
Su tirano imperio.

CORO

Si la dinastía
Del Borbón excelso.
Llega á recaer
En José primero,
Nosotros unidos
Con heroico esfuerzo
No hemos de adoptar
Su intruso gobierno.

CORO

La América tiene
El mismo derecho
Que tiene la España
De elegir gobierno.

Si aquella lo pierde
Por algún evento,
No hemos de seguir
La suerte de aquellos.

CORO

Todos los mandones
Crueles pretendieron
Vender nuestra sangre
A tan bajo precio;
Pero en esta feria
La venta perdieron
Porque ha superado
Nuestro patrio genio.

CORO

La infame doctrina
Del víl Maquiavelo
Esos egoistas
Tenaces siguieron;
Sin amor al Rey,
Ni á la patria menos,
Son de nuestra ruina
El cruel instrumento.

CORO

Nuestra desunión
Fué el primer proyecto
Que para destruirnos
Inventaron ellos.

Heroicos patriotas,
Ahora estais á tiempo
De hacer que se frustre
Un plan tan funesto.

CORO

Amor, paz y unión
Sean nuestro objeto,
Y la religión
Del Dios verdadero.
Con las bellas artes
Será nuestro suelo
Otra antigua Roma. .
Paraiso ameno.

CORO

Guerras intestinas
Destruyen los reinos,
Pero con la unión
Se forman imperios.
Unión compatriotas,
Que así triunfaremos,
Sellando en los fastos
Futuros recuerdos.

CORO

Si hubo un Washington
En el Norte suelo,
Muchos Washingtones
En el Sud tenemos.

Si allí han prosperado
Artes y comercio,
Valor compatriotas,
Sigamos su ejemplo.

CORO

Nobles Peruanos,
Heroicos Limeños,
¿Hasta cuando dura
El letargo vuestro?
O sois insensibles,
O yo no os entiendo,
Pues no desplegais
Vuestros sentimientos.

CORO

La patria exclamando
Dice en sus acentos:
Hijos, despertad,
Levantad del suelo.
Y á tan tiernas voces
Hermanos ¿qué hacemos?
Vamos á vivir
Con honor eterno.

CORO

¿Y sereis omisos
Nobles compañeros,
Si la patria implora
El auxilio vuestro?

Pues ella os invoca,
Llegad que ya es tiempo
De hacer por la patria
El último esfuerzo.

CORO

Venid, no temais,
Nos está diciendo,
Que la causa justa
La protege el cielo.
Ya nuestros hermanos
Marchan placenteros
A erigir los bustos
De su mausoleo.

CORO

Sus yertas cenizas
Serán con el tiempo
Eterna memoria
De sus nobles hechos:
Las futuras gentes
Con sumo respeto
Al pie del sepulcro
Cantarán diciendo.

CORO

INDICE

PÁGINAS

ANTOLOGÍA

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO II—LA REVOLUCIÓN

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910